

¿QUIÉN ES TU COBERTURA?

UNA MIRADA FRESCA AL LIDERAZGO, LA AUTORIDAD Y LA
RESPONSABILIDAD DE RENDIR CUENTAS

Por FRANK A. VIOLA

Traducido al Castellano por José Antonio Septién

*A todos los Cristianos que buscan reunirse
bajo la Jefatura de Jesucristo,
con la misma simplicidad y pureza
que distinguió a los primeros creyentes.*

CONTENIDO:

Prólogo.....	4
<i>Prefacio a la Primera Edición.....</i>	<i>5</i>
<i>Prefacio a la Tercera Edición.....</i>	<i>6</i>

<i>Introducción</i>	7
---------------------------	---

1. Modelos de Liderazgo	9
2. Objeciones Tradicionales.....	19
3. Autoridad y Sumisión.....	31
4. Cobertura Denominacional.....	41
5. Autoridad Apostólica.....	46
6. Resumen y Conclusión.....	56

<i>Bibliografía</i>	59
---------------------------	----

PRÓLOGO

¿Recuerdan el cuento infantil, *El Traje Nuevo del Emperador*? En él, un niño expresó lo que los adultos ya sabían pero que no se atrevían a admitir. Frank Viola, en este relevante tratado acerca de la “autoridad en la iglesia”, es como el niño que finalmente lo espetó: “¡El emperador no lleva traje!”

La mayoría de los creyentes probablemente ya sospechan que no todo va bien en Sión, pero son lentos para cuestionar el status quo. Después de todo ¿quién quiere que se le tilde de perturbador? El hecho asombroso del asunto es que la mayoría de los sistemas de política eclesiástica ¡no llevan traje Escritural!

De modo que, ¿quién exactamente tiene autoridad sobre quién en la iglesia? ¿debe un pastor o aún una pluralidad de ancianos controlar a una iglesia? ¿Qué significa la responsabilidad de dar cuentas?¹ [1] ¿Proporcionan las denominaciones protección contra el error doctrinal y el fracaso moral? ¿Necesitamos de apóstoles modernos que nos digan qué

1[1] “Responsabilidad de dar cuentas” –Traducimos así el término Inglés “Accountability”. Por ejemplo, una persona es accountable para con Dios, porque tiene que explicar a Dios la razón de su acción. [N. del Trad.]

debemos hacer? ¿Cómo encaja en todo esto el don espiritual de “gobernar”?

Cuando yo era pastor de carrera, luché con estos temas. De modo sorprendente, cuando estudié en el seminario, no se trató realmente con ninguno de ellos. Una vez ya en el ministerio, descubrí que la mayoría de los pastores con quienes yo discutía estas cosas nunca habían pensado realmente en ellas. Dejar de creer que debía de haber un solo pastor en cada iglesia para creer en una pluralidad de ancianos significó para mí un cambio mayúsculo de paradigma. Como sucedió, esto era solamente la punta del iceberg –el tema del liderazgo encierra tanto más, que el asunto de cuántos ancianos debe de haber en una iglesia viene a ser casi irrelevante.

La exposición de Frank es minuciosa y Bíblica. Pone atención a cada pasaje relevante que trata del liderazgo y la autoridad. Les aseguro que este libro enriquecerá su comprensión de lo que es la autoridad en el reino de Dios.

Quiera nuestro Señor agradarse de la verdad contenida en estas páginas y la utilice para libertar a las legiones de seguidores y líderes que están atrapados en la esclavitud de los sistemas jerárquicos eclesiásticos. Como dijo Jesús, “*La verdad os hará libres*”.

Steve Atkerson

Atlanta, Georgia

PREFACIO A LA PRIMERA EDICIÓN

En mi último libro, *Rethinking the Wineskin: The Practice of the New Testament Church*² [2] , expongo los principios fundamentales que gobernaban a la iglesia primitiva. El libro fue recibido favorablemente, y ha sido una influencia en el nacimiento de un grupo de iglesias constituidas según el modelo del Nuevo Testamento (NT).

Como era de esperar, algunas de estas asambleas frescas e incipientes han sufrido la oposición de los líderes de la iglesia organizada. En particular, han generado penetrantes preguntas con respecto a la autoridad eclesiástica. De hecho, han planteado las mismas preguntas que los líderes religiosos hicieron a nuestro Señor hace muchos siglos:

“¿Con qué clase de autoridad haces estas cosas? ¿y quién te dio esta autoridad?” (Mat. 21:23).

Desafortunadamente, no se ha escrito mucho para dar respuesta a esta pregunta, de modo que me sentí con la carga de abordar el tema aquí y ahora.

Parte del contenido de este libro coincide con el de *Repensando los Odres*, pero completa la manera en que abordo los temas del liderazgo y la autoridad. Hay también una variedad considerable de material nuevo que he añadido que no aparece en el libro anterior. Por esta razón, esta obra es un verdadero compañero de *Repensando los Odres*.

En mi opinión, el valor principal de este libro consiste en esto: presenta un modelo fresco que nos permitirá entender el liderazgo, la autoridad y la responsabilidad de dar cuentas. Este modelo es único y origina una contracultura. No es teórico. Lo he visto funcionar en muchas iglesias que han vuelto al principio del NT para fundamentar su vida corporativa.

Mi objetivo al escribir, por lo tanto, es práctico y teológico. Es constructivo y no controversial. Sin embargo, ya que lo que he escrito es tan radicalmente diferente del concepto tradicional, no hay duda de que causará sorpresa -y aun hostilidad.

Frank A. Viola

²[2] Existe versión Castellana de este libro con el título, *Repensando los Odres*. Puede obtenerse una copia de él acudiendo a la siguiente dirección: www.ptmin.org

Brandon, Florida

Enero, 1998

PREFACIO A LA TERCERA EDICIÓN

Esta nueva edición de *¿Quién es tu Cobertura?* es más clara y fácil de leer que la original.

Como ocurrió con mi primer libro, *Repensando los Odres* este volumen continúa siendo traducido a muchos y distintos idiomas. Ya que esto es así, he sentido la necesidad de hacer más sencilla su lectura para que mi mensaje llegue a una audiencia más amplia.

Todos aquellos que han leído la obra original podrán apreciar cuan cómodamente puede leerse esta edición, así como el aspecto nuevo que presenta. El tipo de letra es ahora más grande y la cubierta luce más atractiva.

Quiero agradecer a Mike Biggerstaff por el intenso trabajo de prueba en la imprenta. Por consiguiente, cualquier error tipográfico puede ponerse a los pies de Mike.

Frank A. Viola

Brandon, Florida

Enero 2001

INTRODUCCIÓN

“Así que, ¿quién es tu cobertura?”

Esta es la pregunta concisa que hacen muchos Cristianos modernos en todas partes a los que se reúnen fuera de iglesia institucional. Pero ¿qué hay en el corazón de esta pregunta? y ¿cuál es su base Bíblica? Estas son las preguntas que nos ocuparán en este libro.

Sostengo que la enseñanza moderna conocida como “cobertura protectora” ha generado una enorme confusión y una conducta Cristiana anómala. Esta enseñanza sostiene que los Cristianos están protegidos del error doctrinal y del fracaso moral cuando se someten a la autoridad de otro creyente u organización.

La dolorosa experiencia de muchos me ha llevado a concluir que la enseñanza de la “cobertura” es un asunto que perturba grandemente a Sión en nuestros días y demanda reflexión crítica.

En las páginas que siguen, intento abrir camino a través de la niebla que rodea a los temas difíciles que van vinculados con esta enseñanza. Me refiero a temas tan espinosos como el del liderazgo en la iglesia, la autoridad espiritual, el discipulado y la responsabilidad de dar cuentas. Además, busco bosquejar un modelo integral que nos permita entender cómo opera la autoridad en la *ekklesia* (iglesia).

¿Está la “Cobertura” Cubierta por la Biblia?

Es sorprendente que la palabra “cobertura” aparece solamente una vez en todo el NT. Se usa en relación con la cabeza cubierta de la mujer (1 Cor. 11:15). Mientras que el Antiguo Testamento (AT) utiliza poco este término, siempre lo emplea para referirse a una pieza del vestido natural. Nunca lo utiliza de manera espiritual para referirse a la autoridad o la sumisión.

Por lo tanto, lo primero que podemos decir acerca de la “cobertura” es que hay escasa evidencia Bíblica con la que pueda construirse una doctrina. No obstante este hecho, incontables cristianos repiten como loros la pregunta “¿quién-es-tu-cobertura?” e insisten en ella como si fuera la prueba de ácido que mide la autenticidad de una iglesia o un ministerio.

Si la Biblia guarda silencio con respecto a la idea de “cobertura” ¿qué se quiere decir con la pregunta, “¿Quién es tu cobertura?” La mayoría (si se les

insiste) formularía de nueva cuenta la pregunta de este modo: “¿A quién le entregas cuentas?”

Pero esto suscita otro punto difícil. ¿La Biblia *nunca* nos remite a los seres humanos para entregarles cuentas, sino exclusivamente a Dios! (Mat. 12:36; 18:23; Luc. 16:2; Rom. 3:19; 14:12; 1 Cor. 4:5; Heb. 4:13; 13:17; 1 Ped. 4:5).

Por consiguiente, la sana respuesta Bíblica a la pregunta “¿A quién le entregas cuentas?” es muy simple: “*le entrego cuentas a la misma persona que tú: a Dios*” Sin embargo, es extraño que a menudo esta respuesta es causa de malentendidos y acusaciones falsas.

De este modo, mientras que el tono y el timbre de “entregar cuentas” difieren apenas del de “cobertura”, la canción es esencialmente la misma, y sin duda no armoniza con el canto inconfundible de la Escritura.

Sacando a la Luz la Verdadera Pregunta Detrás de la Cobertura

Amplíemos la pregunta un poco más. ¿Qué se quiere decir *realmente* cuando se insiste en la pregunta acerca de la “cobertura”? Me permito señalar que lo que en verdad se pregunta es, “¿*Quién te controla?*”

La (mala) enseñanza común acerca de la “cobertura” realmente se reduce a cuestiones acerca de quién controla a quién. De hecho, la iglesia institucional moderna está construida sobre este control.

Por supuesto, la gente raras veces reconoce que esto es lo que está en el fondo del asunto, porque esta enseñanza está supuestamente bien arropada con vestiduras Bíblicas. Son muchos los cristianos que creen que la “cobertura” es solamente un mecanismo protector.

Sin embargo, si examinamos la enseñanza de la “cobertura”, descubriremos que está fundada en un estilo de liderazgo del tipo cadena de mando uno-arriba/uno-abajo. En este estilo de liderazgo, los que están en posiciones eclesiásticas más altas ejercen un dominio tenaz sobre los que están debajo de ellos. Es absurdo que por medio de este control de dirección jerárquica arriba/abajo se afirme que los creyentes están protegidos del error.

El concepto es más o menos el siguiente: todos deben responder a alguien que está en una posición eclesiástica más alta. En la gran variedad de las iglesias evangélicas de la posguerra, esto se traduce en: los “laicos”

deben dar cuentas al pastor. A su vez, el pastor debe dar cuentas a una persona que tiene más autoridad.

El pastor, típicamente, da cuentas a la sede denominacional, a otra iglesia (a menudo llamada “iglesia madre”), o a un obrero cristiano influyente a quien se considera que tiene un rango más alto en la pirámide eclesiástica.

De modo que el “laico” está “cubierto” por el pastor, y éste, a su vez, está “cubierto” por la denominación, la iglesia madre, o el obrero cristiano. Ya que cada uno da cuentas a una autoridad eclesiástica más alta, cada uno está protegido (“cubierto”) por esa autoridad. Esta es la idea.

Este patrón de “cobertura-responsabilidad de dar cuentas” se aplica a todas las relaciones espirituales de la iglesia. Y cada relación está modelada artificialmente para que encaje en este patrón. No puede establecerse ninguna relación fuera de éste –especialmente la de los “laicos” con respecto a los “líderes”.

Pero esta manera de pensar genera las siguientes preguntas: ¿Quién cubre a la iglesia madre? ¿Quién cubre a la sede denominacional? ¿Quién cubre al obrero cristiano?

Algunos han ofrecido la respuesta fácil de que *Dios* es quien cubre a estas autoridades “más altas”. Pero esta respuesta enlatada elude el problema, porque ¿qué impide que Dios sea directamente la “cobertura” de los “laicos”, o aun del pastor?

Sin duda, el problema real con el modelo “Dios-denominación-clero-laicos” va más allá de la lógica incoherente y deleznable a la que ésta conduce. El problema más grande es que este modelo viola el espíritu del NT, porque detrás de la retórica piadosa de “proveer de responsabilidad de dar cuentas” y de “tener una cobertura”, surge amenazador un sistema de gobierno que carece de sustento Bíblico y que está impulsado por un espíritu de control.

CAPÍTULO 1

MODELOS DE LIDERAZGO

Si vamos a las raíces, la idea de la “cobertura” descansa sobre una noción jerárquica de autoridad altamente organizativa. Esta noción está

tomada de las estructuras que pertenecen al sistema de este mundo. De ningún modo refleja el reino de Dios.

Expliquemos esto un poco más.

La estructura de liderazgo jerárquico que caracteriza a la iglesia Occidental, se deriva de una *mentalidad posicional*. Esta manera de pensar otorga autoridad en términos de espacios para llenar, descripciones de trabajo objetivas que realizar, títulos para lucir, y rangos que hacen valer sus privilegios.

La manera de pensar posicional muestra un gran interés en las estructuras explícitas de liderazgo. Términos tales como “pastor”, “anciano”, “profeta”, “obispo”, etcétera, son títulos que representan oficios eclesiásticos.

Entre paréntesis, un oficio es el espacio que un grupo define. Tiene realidad aparte de la persona que lo llena. También posee realidad aparte de las acciones que realiza la persona en ese oficio.

Por contraste, la noción de liderazgo del NT está arraigada en una *mentalidad funcional*. Describe a la autoridad en términos de cómo las cosas operan orgánicamente. Es decir, cómo funcionan por medio de la vida de Dios.

El liderazgo descrito en el NT asigna un alto valor a los dones especiales, la madurez espiritual y el servicio sacrificado de cada miembro. Enfatiza las funciones en vez de los oficios, las tareas en vez de los títulos. Su interés principal está en actividades tales como *pastore-ar*, *profetiz-ar*, *supervis-ar*, etcétera. Para decirlo de otro modo, el pensamiento posicional se apasiona por los sustantivos, mientras que el pensamiento funcional acentúa los verbos.

En el marco posicional, la iglesia debe modelarse según las estructuras de los corporativos empresariales y militares de nuestra cultura. En el marco funcional, la iglesia opera por medio de la vida. El ministerio mutuo surge de manera natural. La estructura y los rangos están ausentes.

Es común que en las iglesias orientadas en un marco posicional/jerárquico existe una maquinaria política que funciona detrás del escenario, que promueve a gente diversa a posiciones de poder eclesiástico.

Es habitual que en las iglesias orientadas funcionalmente se manifiesta la responsabilidad mutua y la interacción colegiada de sus miembros.

Escuchan juntos al Señor y se afirman unos a otros en los dones que han recibido del Espíritu.

En una palabra, la orientación que el NT imprime al liderazgo es orgánica y funcional. Por el contrario, la orientación del liderazgo posicional/oficial es fundamentalmente mundana. Existe una afinidad natural entre la orientación posicional/jerárquica y el concepto de “cobertura protectora”.

Jesús y la Idea de Liderazgo Gentil/Político

El ministerio de Jesús con respecto a la cuestión de la autoridad clarifica los temas fundamentales que están detrás de la moderna doctrina de la “cobertura”. Consideremos cómo el Señor contrastaba el modelo jerárquico de liderazgo del mundo gentil con el liderazgo en el reino de Dios. Después de que Jacobo y Juan le pidieron que les concediera los sitios de poder y gloria más altos al lado de Su trono, Jesús contestó diciendo,

Sabéis que los gobernantes de las naciones SE ENSEÑOREAN de ellas, y los grandes EJERCEN su AUTORIDAD sobre ellas. NO SERÁ ASÍ ENTRE VOSOTROS; sino el que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor. Y el que quiera ser primero entre vosotros, será vuestro esclavo, así como el Hijo del Hombre no vino a ser servido, sino a servir, y dar su vida en rescate por muchos. (Mat. 20:25-28)

Y una vez más,

...Los reyes de las naciones SE ENSEÑOREAN de ellas, y los que TIENEN AUTORIDAD sobre ellas son llamados bienhechores; MAS NO ASÍ VOSOTROS; sino que el mayor entre vosotros hágase como el menor; y el que dirige, como el que sirve. Porque, ¿quién es mayor, el que se reclina a la mesa, o el que sirve? ¿No es el que se reclina a la mesa? Y yo estoy entre vosotros como el que sirve. (Luc. 22:25-27)

La palabra griega traducida “ejercen autoridad” en Mateo es *katexousiazō* que es una combinación de dos palabras Griegas: *katá*, que significa sobre, y *exousiazō*, que significa ejercer autoridad. El Señor también utiliza en este pasaje la palabra griega *katakuriēuo* que significa “enseñorearse” o “dominar” a los demás. Lo que Jesús condena en estos pasajes no es a los *líderes* opresores como tales, sino la *forma* jerárquica de liderazgo que dominaba al mundo gentil.

Esto merece repetirse: ¡Jesús no sólo condenó a los líderes tiranos, sino la forma jerárquica misma de liderazgo!

¿Cuál es la forma jerárquica de liderazgo? Es el estilo de liderazgo fundado en la pobre idea de que el poder y la autoridad fluyen de arriba hacia abajo. Esencialmente, está construida en una estructura social de cadena de mando.

El liderazgo jerárquico está basado en un concepto mundano del poder. Esto explica por qué es común a todas las burocracias tradicionales. Está presente en las formas corruptas del feudalismo señor/vasallo y amo/esclavo. También se ve en las esferas altamente estilizadas y reguladas de las sociedades militares y empresariales del primer mundo.

El estilo de liderazgo jerárquico, si bien a menudo no es cruel, es perjudicial para el pueblo de Dios, porque reduce las relaciones humanas a asociaciones estilo comando. Con esto quiero decir que las relaciones se ordenan de acuerdo a una estructura militar del tipo cadena de mando. Estas relaciones son ajenas a la práctica y el pensamiento del NT.

El liderazgo jerárquico está establecido en todas las esferas de la cultura pagana. Lamentablemente ha sido adoptado por la mayoría de las iglesias cristianas hoy en día.

Al resumir la enseñanza de nuestro Señor acerca de este estilo de liderazgo, se hacen evidentes estos marcados contrastes.

- En el mundo Gentil, los líderes operan sobre la base de una estructura social política, al estilo cadena de mando –una jerarquía. En el reino de Dios, el liderazgo fluye de la mansedumbre y el servicio sacrificado.
- En el mundo Gentil, la autoridad está basada en la posición y el rango. En el reino de Dios, la autoridad está cimentada en un carácter piadoso. Note la descripción que Cristo hace de los líderes: “*será* vuestro esclavo” y “*sea...* como el menor”. A los ojos del Señor, *ser* precede al *hacer*, y el *hacer* surge de *ser*. En otras palabras, la función sigue al carácter. Los que sirven, hacen así porque *son* siervos.
- En el mundo gentil, la grandeza se mide por la prominencia, el poder externo y la influencia política. En el reino de Dios, la grandeza se mide por la humildad interna y el servicio externo.

- En el mundo gentil, los líderes se aprovechan de sus posiciones cuando gobiernan a los demás. En el reino de Dios, los líderes rechazan toda clase de reverencia especial y se ven a sí mismos como “el menor”.

En suma, las estructuras jerárquicas de liderazgo caracterizan el espíritu de los gentiles. Por lo tanto, la implantación de estas estructuras está en pugna con el cristianismo del NT.

Nuestro Señor no se anda con rodeos cuando declara Su implícito desprecio hacia la noción gentil de liderazgo, porque claramente dice: “no será así entre vosotros”.

Considerándolo todo, no hay lugar en la enseñanza de Cristo para el modelo de liderazgo jerárquico que caracteriza a la iglesia moderna.

Jesús y el Modelo de Liderazgo Judío/Religioso

Jesús también contrastó el liderazgo en el reino con el modelo de liderazgo que caracteriza al mundo religioso. En el texto que sigue, el Señor expresa vívidamente la perspectiva de Dios con respecto a la autoridad, en contraste con el concepto Judío:

Mas vosotros no seáis llamados Rabbí, porque uno solo es vuestro Maestro, Y TODOS VOSOTROS SOIS HERMANOS. Y NO LLAMÉIS PADRE VUESTRO A NADIE EN LA TIERRA, porque uno solo es vuestro Padre: el celestial; NI SEÁIS LLAMADOS CAUDILLOS, porque uno es vuestro caudillo: el Mesías. Y el mayor de vosotros será vuestro servido, porque el que se enaltezca será humillado, y el que se humille, será enaltecido. (Mat. 23:8-12)

La enseñanza de Cristo en este pasaje, es la siguiente:

- En el clima religioso de los Judíos existía un sistema de clases formado por los religiosos, especialistas del tipo gurú, y los no especialistas. En el reino, *todos* son hermanos de la misma familia.
- En el mundo Judío, a los líderes religiosos se les otorgan títulos honoríficos (p. ej. Maestro, Padre, Reverendo, Pastor, Sacerdote, Ministro, etcétera). En el reino no hay distinciones de protocolo. Estos títulos oscurecen el incomparable sitio de honor que corresponde a Jesús y empañan la revelación del NT la cual contempla a todos los cristianos como ministros y sacerdotes.

- En el mundo Judío, se exalta a los líderes a posiciones de prominencia en un despliegue de poder. En el reino, los líderes encuentran su trabajo en la toalla sencilla del servicio y el modesto lebrillo de la humildad.
- En el mundo Judío, el liderazgo se fundamenta en el status, los títulos y la posición. En el reino, el liderazgo se arraiga en la vida interior y el carácter. (En el mismo tono, la manía tan común de otorgar “doctorados” honoris causa a un incontable número de clérigos es sólo un ejemplo de cómo la iglesia moderna refleja aquellos valores de liderazgo que van en contra del reino de Dios).

En resumen, hay un gran abismo entre el liderazgo según Jesús y lo que vemos en la mayoría de las iglesias modernas. El Señor asestó un golpe de muerte a los modelos de liderazgo Gentil/jerárquico y Judío/posicional.

Estos modelos que hinchán el ego son incompatibles con la sencillez de la iglesia primitiva y el reino de Jesucristo. Ambos sistemas impiden el progreso del pueblo de Dios, eliminan la funcionalidad del sacerdocio de los creyentes, rompen la imagen de la iglesia como una familia, y ponen severas limitaciones al Gobierno de Cristo. Por estas razones “no será así” entre los que llevan el nombre del Salvador.

Los Apóstoles y el Liderazgo Posicional/Jerárquico

Hemos visto que nuestro Señor condenó las estructuras de liderazgo posicionales/jerárquicas. Pero ¿qué hay de Pablo y los otros apóstoles?

Contrario a la idea popular, las cartas del NT nunca hablan de los líderes de la iglesia en términos de “oficios” y otros convencionalismos de la organización social humana. (Un poco más adelante trataremos con los varios pasajes que algunos han usado para respaldar los “oficios” eclesiásticos).

No hay duda de que nuestro Señor condenó las estructuras de liderazgo posicional/jerárquicas. Pero, ¿qué hay de Pablo y los demás apóstoles?

Siempre que el NT describe a los que son *principalmente* responsables de la supervisión espiritual, se refiere al trabajo que desempeñan. Por esta razón, domina el lenguaje funcional. Los verbos son prominentes.

Los sobreveedores locales son llamados ancianos y supervisores (Tito 1: 5-7). Esto se debe a que cumplían con su labor como ancianos, actuando como modelos de madurez para los menos maduros (1Ped. 5.3).

También supervisaban -tenían cuidado del bienestar espiritual de la iglesia (1 Ped. 5:2).

La tarea de los ancianos también se describe por medio de la metáfora del “pastor” (Hech. 20:28; 1 Ped. 5:1-4). Esto se debe a que eran vigilantes, del mismo modo que los pastores literales cuidan de las ovejas literales.

Por consiguiente, si igualamos a los sobreveedores con un espacio sociológico (un oficio) corremos un riesgo considerable. Tenemos que vaciar el término “pastor” de su significado esencial (uno que se ocupa de las ovejas).

También debemos vaciar el vocablo “anciano” de su significado básico (un hombre viejo). Sin dejar de mencionar que hay que hacer lo mismo con la palabra “sobreveedor” (uno que tiene cuidado de los demás).

Es importante tomar en cuenta que todos los cristianos participan del liderazgo corporativo. Cada miembro dirige cuando ejercita su don espiritual. Como he demostrado en *Repensando los Odres*, la dirección y la toma de decisiones pertenecen a toda la iglesia. La supervisión viene de los ancianos una vez que éstos emergen (y esto toma tiempo).

El rol de los Ancianos/Supervisores

En el idioma griego, anciano (*presbíteros*) sencillamente significa un hombre de más edad. Por consiguiente, un anciano es un santo maduro o un hermano mayor.

Los ancianos del NT, por consiguiente, eran simplemente hombres espiritualmente maduros –cristianos ejemplares que supervisaban (no controlaban o dirigían) los asuntos de la iglesia local.

Los ancianos no eran figuras decorativas de la organización, predicadores asalariados, clérigos profesionales o altos funcionarios eclesiásticos. Simplemente eran hermanos más maduros (ancianos de hecho) llevando a cabo funciones reales (*pastor-eando*, *supervis-ando*, etcétera).

Su labor principal era triple: ser *modelos* de servicio en la asamblea, *motivar* a los santos para las obras del servicio y *moldear* el desarrollo espiritual de los creyentes más jóvenes

(1 Pe. 5:1-3). Los ancianos eran también los que trataban con las situaciones difíciles en la iglesia (Hech. 15:6ss).

Pero los ancianos nunca tomaban decisiones por la iglesia. Como he demostrado en mi libro *Repensando los Odres*, el método del NT para la toma de decisiones no era dictatorial ni democrático, sino consensual, e involucraba a todos los hermanos y hermanas.

Como vigilantes, los ancianos *supervisaban* la obra de los demás (en vez de *sustituirla*). Oraban con los ojos abiertos y tenían sus antenas espirituales levantadas perpetuamente para descubrir y contener a los lobos. Como hombres de más edad, se buscaba su sabiduría en tiempos de crisis, y cuando hablaban, sus voces tenían el peso de la experiencia.

Ya que poseían el corazón de un pastor, los ancianos llevaban continuamente las cargas de la iglesia. Ayudaban a guiar, proteger y alimentar a los creyentes más jóvenes hasta que éstos pudieran estar sobre su propio pie.

Dicho de manera sencilla, los ancianos eran facilitadores espirituales que proporcionaban dirección, abastecían de alimento, y alentaban el compromiso entre los miembros de la iglesia. Ser anciano, por lo tanto, es algo que uno *hace* en vez de un espacio que uno *llena*.

El NT confirma esto muy claramente; porque si Pablo y los otros apóstoles hubieran querido describir a los líderes de la iglesia como oficiales, tenían a la mano numerosos términos griegos que pudieron haber utilizado para el caso.

Sin embargo, es muy significativo que los siguientes términos griegos están ausentes del vocabulario eclesiástico de los apóstoles:

- *Arjé* (jefe, gobernante, oficial de tropa)
- *time* (un oficial o dignatario)
- *telos* (el poder inherente de un gobernante)
- *arjisináogos* (oficial de la sinagoga)
- *hazzan* (un líder de la adoración pública)
- *taxis* (un puesto, posición o rango)
- *hieratéia* (el oficio de un sacerdote)
- *arjón* (un gobernante o principal)

El NT nunca emplea alguna de estas palabras para describir a los líderes en la iglesia. Como sucede con Cristo, la palabra favorita de los apóstoles para describir a los líderes de la iglesia es *diákonos* -que significa servidor o ayudante.

La tendencia a referirse a los líderes-siervos de la iglesia como oficiales y clérigos profesionales vacía de su verdadero significado el lenguaje Bíblico e imposibilita el sacerdocio de los creyentes.

El Problema del Rol Pastoral Moderno

Por la misma razón, la noción comúnmente aceptada de “sola pastora” (un sólo pastor) está en pugna con la noción del NT. No hay una palabra en la Biblia que describa a una persona que lleve el timón de una iglesia local, dirija sus asuntos, le predique cada domingo, conduzca sus bautismos, y oficie el servicio de la comunión (o Cena del Señor).

El “rol pastoral” profesional altamente especializado del Protestantismo moderno es una novedad postbíblica que evoca una tradición sacerdotal inventada por los hombres.

En su esencia, es un lastre del Romanismo (el sacerdote) que refleja los pobres y débiles elementos de la economía Levítica.

El rol pastoral es tan pernicioso que pervierte a los muchos que ocupan esta posición. Los que son seducidos por los símbolos del éxito que rodean al clericalismo profesional, siempre terminan siendo virtualmente corrompidos por él. Dios nunca ha llamado a nadie para que lleve sobre sí mismo la pesada carga de ministrar a las necesidades de la iglesia.

Quizás la característica más desalentadora del moderno rol pastoral es que mantiene en la infancia espiritual a la gente que afirma servir. Ya que el rol pastoral usurpa el derecho del creyente a ministrar de una manera espiritual, termina deformando al pueblo de Dios, haciéndolo débil e inseguro.

Es cierto que muchos que desempeñan este rol lo hacen por razones laudables, y no pocos de ellos desean sinceramente que sus hermanos asuman una responsabilidad espiritual. (Muchos pastores viven con esta frustración, pero pocos han relacionado el problema con su profesión).

Sin embargo, el moderno oficio de “pastor” siempre sofoca y arrebató el poder al sacerdocio de los creyentes, sin tener en cuenta qué tan fuera de control puede llegar a ser la persona que llena esta posición.

Ya que el pastor lleva la carga del trabajo, la mayoría de los hermanos se vuelven pasivos, perezosos, egoístas y dejan de crecer espiritualmente. De esta manera, es inevitable que pastores y congregaciones igualmente

terminen convirtiéndose en inválidos espirituales, inutilizados por este oficio antibíblico.

Mientras que el NT llama “apóstol” a Pablo, “evangelista” a Felipe, “maestro” a Manaén y “profeta” a Agabo, ¡nunca identifica a alguien como pastor! De hecho, la palabra “pastor” se utiliza solamente una vez en todo el NT (vea Efesios 4:11). “Pastor” se usa como *metáfora* descriptiva, nunca como título u oficio eclesiástico. Esto no se toma en cuenta en la práctica común. En nuestros días se tiene al “pastor” como la figura más valiosa de la iglesia, y su nombre se pone entre luminarias en las marquesinas de las iglesias en todas partes de la Unión Americana. (Uno se pregunta por qué los nombres de otros ministerios no aparecen en estas marquesinas cuando el NT les otorga mucha mayor atención).

El rol pastoral moderno socava la Jefatura de Jesucristo y tiene un efecto espiritual paralizante en la iglesia. Despoja de su plena función al sacerdocio (de *todos* los creyentes) tan amado por Dios.

Además, su sola presencia diluye y ahoga a los creyentes “ordinarios” que están igualmente talentosos para pastorear y enseñar al rebaño. (No pone atención al hecho que la Biblia enseña que cada iglesia debe tener múltiples pastores y que todos los miembros tienen una responsabilidad pastoral).

Típicamente, si alguien, aparte del pastor, se atreve a pastorear o enseñar a las ovejas (aun si ese alguien es digno de confianza, maduro y está espiritualmente inteligentes), el pastor se sentirá amenazado y terminará con ello con el pretexto de “proteger” al rebaño.

Siendo más específica y directa, la idea que se tiene hoy en día del “pastor” está muy lejos del pensamiento de Dios. Impone a la dinámica de la comunidad del NT la camisa de fuerza del Antiguo Testamento.

No obstante, a pesar de las tragedias espirituales que esto engendra, las masas continúan dependiendo, defendiendo e insistiendo en la existencia de este rol tan antibíblico. Por esta razón los así llamados “laicos” son tan responsables del problema del clericalismo como lo es el mismo “clero”. Como dice Jer. 5.3, *“los sacerdotes bajo su dirección gobiernan; y mi pueblo en ello se complace; pero ¿qué haréis cuando toque a su fin?”*

Hablando con toda franqueza, los cristianos prefieren la comodidad de tener a alguien aparte de ellos que cargue con la responsabilidad del ministerio y el pastoreo. Para ellos, es mejor pagar a un especialista religioso que atienda las necesidades de los hermanos, que molestarse con

las demandas espirituales del servicio y el cuidado pastoral las cuales nos llevan a sacrificar aun la propia vida.

Las palabras del antiguo profeta captan el disgusto del Señor con esta manera de pensar: “*Establecen reyes que yo no apruebo, y escogen autoridades que no conozco...*” (Ose 8:4a).

A la luz de estos hechos graves, uno puede preguntar inteligentemente cómo es que el moderno rol pastoral continúa siendo la forma generalmente aceptada de liderazgo en la iglesia de hoy. La respuesta está profundamente arraigada en la historia de la Reforma, y continúa siendo reforzada por los imperativos culturales actuales.

Nuestra obsesión Occidental en el siglo XX por los oficios y títulos nos ha llevado a anteponer nuestras propias ideas del orden eclesiástico por encima del NT. No obstante, el espíritu y los valores de las epístolas del NT militan contra la idea del sistema de un solo pastor, así como el del anciano, entendido éste como oficio.

La Escritura está en pugna igualmente contra el concepto del “pastor *principal*”, que consiste en la práctica común de elevar a uno de los pastores (ancianos) a una posición prominente de autoridad. Pero el NT en ninguna parte aprueba la noción de *primos inter pares* – “primero entre iguales”. Al menos no de una manera oficial o formal.

Esta ruptura entre “el pastor” y los demás ancianos es un accidente de la historia. Sin embargo, ya que ésta encaja perfectamente bien con nuestra manera de pensar aculturada a la Americana, los creyentes modernos no tienen problema en creer que la Escritura enseña esta falsa dicotomía.

En resumen, el moderno rol pastoral es poco más que una mezcla de liderazgo, administración, sicología y oratoria del tipo “una-talla-para-todos”; todo en un solo paquete para el consumo religioso. Como tal, el rol sociológico del pastor, como se practica en el Occidente, tiene pocos puntos de contacto con algo o alguien del NT.

La Dramática Falta de Atención que Se

Da al Liderazgo en el Nuevo Testamento

Las cartas de Pablo tienen mucho que decir con respecto a la importancia de una vida ejemplar, pero *no* muestran interés en la posición titular o formal. Este hecho merece mucha más atención que la que hasta ahora se le ha dado.

Considere lo que sigue. Cada vez que Pablo escribía a una iglesia en crisis siempre se dirigía a *la iglesia misma* en vez de a sus líderes. Esta práctica es constante desde la primera hasta la última de sus epístolas. (Note que las “Epístolas Pastorales” –1 Timoteo, 2 Timoteo y Tito- fueron escritas a los colaboradores *apostólicos* de Pablo y no a las iglesias).

Permítame repetir esto. Cada vez que Pablo escribía una carta a una iglesia, la dirigía a *toda* la iglesia. ¡Pablo nunca escribió a un líder o a los líderes!

Gálatas 1: 1-2: *Pablo, un apóstol. . . a las iglesias de Galacia.*

1 Tesalonicenses 1:1: *Pablo, Silvano y Timoteo, a la iglesia de los tesalonicenses...*

2 Tesalonicenses 1:1: *Pablo y Silvano y Timoteo, a las iglesias de los tesalonicenses en Dios nuestro Padre y en el Señor Jesucristo...*

1 Corintios 1:1-2: *Pablo, llamado a ser apóstol de Cristo Jesús, por voluntad de Dios. . .a la iglesia de Dios que está en Corinto, a los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos, con todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo, de ellos y nuestro.*

2 Corintios 1:1: *Pablo, apóstol de Cristo Jesús por voluntad de Dios, y el hermano Timoteo, a la iglesia de Dios que está en Corinto, en compañía de todos los santos que están en toda Acaya.*

Romanos 1:1,7: *Pablo, siervo de Cristo Jesús, llamado a ser apóstol, apartado para el evangelio de Dios. . .a todos los que estáis en Roma, amados de Dios, llamados a ser santos.*

Colosenses 1:1: *Pablo, un apóstol de Cristo Jesús por la voluntad de Dios, y el hermano Timoteo, a los santos y fieles hermanos en Cristo Jesús que están en Colosas.*

Efesios 1:1 *Pablo, un apóstol de Cristo Jesús por voluntad de Dios, a los santos, los que también son fieles en Cristo Jesús.*

Filipenses 1:1: *Pablo y Timoteo, siervos de Cristo Jesús, a todos los santos que están en Cristo Jesús, con los obispos (episkópois = sobreveedores) y los diáconos (diakónois = servidores).*

Es notable observar que cada iglesia a la que Pablo escribió estaba en crisis (excepto la de Efeso). No obstante, ¡Pablo nunca recurre a los ancianos de ninguna de ellas!

Tomemos por ejemplo a Corinto, la iglesia con mayores problemas que se menciona en el NT. En toda la correspondencia a los Corintios, Pablo no se dirige a los ancianos, ni les reprende, ni recomienda que se les obedezca. De hecho, ¡ni siquiera los menciona!

En cambio, Pablo recurre a *toda la iglesia*. Les muestra que su responsabilidad es tratar con las heridas que la iglesia se ha infligido a sí misma. Pablo encarga e implora “a los hermanos” más de treinta veces en 1 Corintios, y les escribe como si no existieran oficiales.

Si existieran oficiales en Corinto, ciertamente Pablo se habría dirigido a ellos para solucionar sus males. Pero nunca lo hace. Al final del libro, llama a los Corintios a que se pusieran a disposición de Estéfanas, quien se había dedicado a servir a los creyentes. En seguida, amplía este grupo, incluyendo a otros más, diciéndoles: “*y a todos los que cooperan y trabajan*”. (1 Cor. 16:15-16).

Note que Pablo enfatiza la función, y no la posición. Carga el acento en toda la iglesia. Toda la carta a los Corintios es una súplica a toda la asamblea para que se haga cargo de sus propios problemas.

Probablemente, el ejemplo más claro de la ausencia de ancianos-oficiales en Corinto se encuentra en 1 Corintios 5. Allí Pablo convoca a toda la iglesia para disciplinar a un miembro caído entregándolo a Satanás (1 Cor. 5:1ss.). Su exhortación se opone a la idea muy en boga de que solamente los que poseen “poder eclesiástico” están calificados para estas delicadas tareas.

La diferencia en la manera en que Pablo considera a los ancianos y la forma en que las iglesias modernas los consideran es extraordinaria. ¡Pablo no menciona a los ancianos ni una sola vez en ninguna de sus nueve cartas a las iglesias! Incluyendo su tratado ultra correctivo a los Gálatas. En cambio, Pablo persistentemente insta a “los hermanos” a la acción.

En la última carta que dirige a una iglesia, Pablo finalmente menciona a los *sobreveedores* en el saludo inicial, y de una manera muy breve. Saluda a los sobreveedores solamente *después* de saludar a toda la iglesia (Fil. 1.1).

Esta tendencia es notable en el libro de los Hebreos. A lo largo de toda la epístola el escritor se dirige a la iglesia entera. Solamente hacia el final de la carta y de manera informal pide a los santos que saluden a sus sobreveedores (Heb. 13:24).

En suma, la evidente falta de atención que Pablo da a los líderes de la iglesia demuestra que rechazaba la idea de que ciertas personas en la iglesia poseían derechos formales sobre otros. También subraya el hecho de que Pablo no creía en oficiales eclesiásticos.

Las cartas de Pedro enseñan lo mismo. Como Pablo, Pedro escribe sus cartas a las iglesias, y nunca a sus líderes. Concede un espacio limitado a los ancianos, y cuando lo hace, les advierte que no adopten el espíritu de los Gentiles. Señala específicamente que los ancianos están *entre* el rebaño y no *sobre* él (1 Pedro 5:1-2).

Los ancianos, dice, no deben enseñorearse (*katakuriéuo*) sobre los que están a su cuidado (1 Ped. 5.3). De modo significativo, Pedro usa la misma palabra que Jesús empleó en su discusión acerca de la autoridad. Estas fueron sus palabras precisas: “. . . los gobernantes de las naciones se enseñorean (*katakuriéuo*) de ellas. . . no será así entre vosotros” (Mat. 20:25).

Encontramos este mismo énfasis en el libro de los Hechos. Allí Lucas cuenta la historia de cómo Pablo exhortaba a los ancianos de Efeso: “tened cuidado de vosotros mismos y de toda la grey, *en medio* de la cual el Espíritu Santo os ha hecho sobreveedores...” (Hech. 20:28 NASB). Note que los ancianos están “en medio”, y no “sobre” el rebaño.

Santiago, Juan y Judas escriben en el mismo tono. Dirigen sus cartas a las iglesias y no a los líderes. Tienen muy poco qué decir acerca del liderazgo y nada qué decir acerca de los ancianos como oficiales.

Por consiguiente, es muy claro que el NT rechaza sistemáticamente la noción de oficiales eclesiásticos en la iglesia. Asimismo, minimiza grandemente el rol de los ancianos.

Los Ancianos vs. la Hermandad

Haríamos bien en preguntar por qué el NT concede tan poco espacio a los ancianos de las iglesias. La razón, a menudo ignorada, sonará sorprendente a los oídos institucionales es simplemente ésta: ¡la mayor parte de la responsabilidad del cuidado pastoral, la enseñanza y el

ministerio en la *ekklesia* descansa directamente sobre los hombros de *todos* los hermanos y hermanas!

Las riquezas de la visión del Cuerpo de Cristo que emanan de la visión de Pablo se derivan de su énfasis constante en que *cada miembro* posee un don del Espíritu (1 Cor. 12:7,11), tiene un ministerio y es un “creyente responsable” en el Cuerpo (Rom. 12:6; 1 Cor. 12:1ss.; Efe. 4:7; 1 Ped. 4:10). Como consecuencia, la responsabilidad ministerial nunca debe estar restringida a unos cuantos.

Esto explica por qué la palabra *adelphoi* traducida “hermanos” aparece 346 veces en el NT y 134 veces en las epístolas de Pablo solamente. La mayoría de las veces, esta palabra es la forma abreviada que Pablo usa para referirse a *todos* los creyentes de la iglesia, hombres y mujeres. En contraste, la palabra “ancianos” aparece solamente cinco veces en las epístolas de Pablo. El vocablo “sobrevedores” nada más cuatro veces y “pastores” ¡sólo aparece una vez!

El NT hace hincapié en la responsabilidad *corporativa*. Es la *comunidad creyente* que está llamada a llevar a cabo las funciones pastorales. Los hermanos y las hermanas (= toda la iglesia) son llamados a:

- organizar sus propios asuntos (1 Cor. 11:33-34; 14: 39-40; 16:2-3)
- disciplinar a los miembros caídos (1 Cor. 5:3-5; 6:1-6)
- amonestar a los desordenados (1 Tes. 5:14)
- animar a los desanimados (1 Tes. 5:14)
- apoyar a los débiles (1 Tes. 5:14)
- abundar en la obra del Señor (1 Cor. 15:58)
- amonestarse unos a otros (Rom. 15:14)
- enseñar los unos a otros (Col. 3:16)
- profetizar todos (1 Cor. 14:31)
- servirse los unos a los otros (Gál. 5:13)
- sobrellevar los unos las cargas de los otros (Gál. 6:2)
- preocuparse los unos por los otros (1 Cor. 12:25)
- amarse unos a otros (Rom. 13:8; 1 Tes. 4:9)
- honrarse y preferirse los unos a los otros (Rom. 12:10)
- mostrarse bondadosos y compasivos los unos a los otros (Efe. 4:32)
- edificar los unos a los otros (Rom. 14:19; 1 Tes. 5:11b)
- ser tolerantes y pacientes unos con otros (Efe. 4:2; Col. 3:13)
- exhortarse unos a otros (Heb. 3:13; 10:25)
- estimularse unos a otros al amor y a las buenas obras (Heb. 10:24)
- animarse los unos a los otros (1 Tes. 5:11a)

- orar unos por otros (Stg. 5:16)
- practicar la hospitalidad entre unos y otros (1 Ped. 4:9)
- tener comunión unos con otros (1 Jn 1:7)
- confesar los pecados unos a otros (Stg. 5:16)

Con dramática claridad, todas estas exhortaciones “uno a otro” encarnan la indiscutible realidad de que cada miembro de la comunidad creyente debe llevar la responsabilidad del cuidado pastoral. El liderazgo es un asunto corporativo y no algo que realiza uno solo. Todo el Cuerpo debe llevar a costas esta responsabilidad.

Por consiguiente, la idea de que los ancianos dirigen los asuntos de la iglesia, toman decisiones por la asamblea, tratan con todos sus problemas, y proveen toda su enseñanza es ajena al pensamiento de Pablo. Semejante idea es una fantasía y carece de respaldo Bíblico. No es de extrañar que en las iglesias guiadas por ancianos se atrofie la madurez espiritual y la mayoría de los miembros se conviertan en espectadores pasivos e indolentes.

En pocas palabras, ¡el NT no contiene una sola palabra acerca de una iglesia gobernada o dirigida por ancianos. ¡Y menos aún de una iglesia conducida por un pastor! La iglesia del primer siglo estaba en las manos de una hermandad compuesta de hermanos y hermanas. Simple y sencillamente.

El ejemplo de la iglesia primitiva nos muestra cómo el ministerio de todo el Cuerpo debe sobrepasar el rol de supervisión de los ancianos. Debido a su madurez espiritual, los ancianos presentan a los demás un modelo de cuidado pastoral (Hech. 20:28-29; Gál 6:1; Heb. 13:17b). Su meta, junto con los obreros extra locales, es la de habilitar a los santos para que asuman su responsabilidad a favor del rebaño (Efe. 4:11-12; 1 Tes. 5:12-13). Los ancianos pueden ser simultáneamente profetas, maestros y evangelistas; pero no todos los profetas, evangelistas y maestros son ancianos. (Una vez más, los ancianos son los hombres más confiables y maduros de la iglesia).

El NT enfatiza la responsabilidad de toda la iglesia. El liderazgo y la responsabilidad pastoral reposan sobre los hombros de *cada miembro* de la iglesia, y no sobre la espalda de una persona o un grupo selecto.

En la eclesiología de Dios, la *hermandad* aventaja y suplanta *al grupo de ancianos*. Esto explica por qué la cartas de Pablo se leen pesadamente cuando tratamos de forzar en ellas la idea de títulos y oficios. Pablo enseña un liderazgo corporativo, y condena el caciquismo espiritual de una jefatura

suprema. Por esta razón, habla mucho más acerca de la *hermandad* que de los ancianos.

El testimonio del NT denunciando la autoridad posicional/jerárquica es evidentemente claro, y está en perfecta armonía con la enseñanza de nuestro Señor Jesús. Como tal, la palabra final al Cristiano con respecto a las estructuras de liderazgo Gentiles y Judías está encarnada en la penetrante frase de nuestro Señor: “*No será así entre vosotros*” (Mat. 20:26). Éste es el eje de todo el asunto.

CAPÍTULO 2

OBJECIONES TRADICIONALES

Al paso de los siglos, ciertos textos del NT han sido manipulados para respaldar estructuras de liderazgo posicionales y jerárquicas en la iglesia. Esto ha provocado no poco daño al Cuerpo de Cristo.

Como vimos en nuestro último capítulo, el énfasis del NT con respecto al ministerio y al liderazgo está en “hacer” y “trabajar”, y no en “oficio” y “posición”. De hecho, en la iglesia primitiva no había tal cosa como “oficiales eclesiásticos”.

La noción de autoridad posicional/jerárquica es parcialmente el resultado de malas traducciones y peores interpretaciones de ciertos pasajes Bíblicos. Estas malas traducciones e interpretaciones han sido el resultado de la influencia de diversos prejuicios culturales. Estos prejuicios han tergiversado el significado original del lenguaje Bíblico. Han transformado sus sencillas palabras en títulos eclesiásticos fuertemente sobrecargados.

Sin embargo, estos títulos no tienen su origen en la santa escritura. Por esto, es necesaria una lectura fresca del NT en su lengua original para

entender adecuadamente ciertos textos. Un vistazo al texto Griego nos permite arribar sobriamente a los hechos siguientes:

- Los obispos son simples guardianes (*episkópoi*), y no altos dignatarios eclesiásticos.
- Los pastores son vigilantes (*poiménes*), y no estrellas profesionales del púlpito.
- Los ministros son ayudantes (*diákonoi*), y no clérigos.
- Los ancianos son gente de edad y madurez (*presbúteroi*) y no oficiales eclesiásticos.

Es con gratitud que vemos cómo un creciente número de eruditos del NT están descubriendo que la terminología del “liderazgo” del NT posee matices descriptivos que denotan funciones especiales en la iglesia, en vez de posiciones formales. Lo que sigue es una lista de objeciones comunes que han surgido con respecto a la idea de que el liderazgo en la iglesia no es oficial, titular, ni jerárquico. Cada objeción está seguida de una clara respuesta.

Objeciones del Libro de los Hechos y del Corpus Paulino

(1) ¿No es así que Hechos 1:20, Romanos 11:13, 12:4 y 1 Timoteo 3:1,10,13 hablan de oficiales eclesiásticos?

La palabra “oficio” en todos estos pasajes es inapropiada, porque no tiene equivalente en el texto original. De hecho, en ninguna parte del texto Griego del NT encontramos el equivalente de “oficio” usado en conexión con algún ministerio, función o líder en la iglesia. La palabra Griega para “oficio” se emplea únicamente para referirse al Señor Jesús en Su oficio de Sumo Sacerdote (Heb. 5-7). También se usaba para referirse al sacerdocio Levítico (Luc. 1:8).

La versión inglesa King James [KJV] traduce equivocadamente Romanos 11:13: “. . . I magnify mine office” [“enaltezco mi oficio”].

La palabra Griega que aquí se tradujo como “oficio” significa servicio, y no oficio. Por consiguiente, una traducción mejor de Romanos 11.13 sería, “...honro mi servicio [o ministerio] (*diakonía*)”.

De manera semejante, Romanos 12:4 se traduce mejor así: “...no todos los miembros tienen la misma función (*praxis*)”. En el Griego la palabra *praxis* significa una actividad, una práctica o función, en vez de un oficio o

posición (vea la Biblia Textual [BT], la Nueva Versión Internacional [NVI] y la Biblia de las Américas [BA]).

Por último, 1 Timoteo 3:1 dice así en la KJV: “If a man desires the office of a bishop...” [“Si un hombre desea el oficio de un obispo...”]³ [4] . Pero una traducción más exacta sería: “Si alguno aspira a vigilar...” (vea también la traducción de la Biblia de J.N. Darby).

(2) La lista de requisitos que Pablo presenta en las Epístolas Pastorales, es decir, 1 Timoteo 3:1-7 y Tito 1:7-9 ¿no indica que los ancianos son oficiales?

Las cartas de Pablo a Timoteo y a Tito, fueron llamadas “Epístolas Pastorales” en el siglo XVIII (“Pastoral Letters”, *Dictionary of Paul and His Letters*, InterVarsity Press). Pero este título no es acertado.

Timoteo y Tito ¡nunca fueron pastores! Eran colaboradores apostólicos que estaban mayormente de viaje. Muy rara vez se detenían en algún lugar por un largo período de tiempo. (Por ejemplo, Pablo envió a Tito a Creta y a Timoteo a Efeso para fortalecer a aquellas iglesias y arreglar algunos problemas internos).

Debido a que viajaban por diversos lugares plantando iglesias, Pablo nunca llamó pastores o ancianos a Timoteo o a Tito. Estos hombres formaban parte del círculo apostólico de Pablo –un grupo que se hizo notar por sus continuos viajes. (Rom. 16:21; 1 Cor. 16:10; 2 Cor. 8:23; 1 Tes. 1:1; 2:6; 3:2; 2 Tim. 2:15; 4:10).

Todo lo que está escrito en 1 Timoteo, 2 Timoteo y Tito debe entenderse desde este punto de vista. Esto explica ciertamente algunas de las diferencias entre estas epístolas y el resto de las cartas de Pablo. En 1 y 2 Timoteo y Tito, la metáfora del Cuerpo está ausente por completo. Se menciona ocasionalmente a los “hermanos”, y hay poco énfasis en el ministerio mutuo.

Por la misma razón, en estas epístolas no encontramos nada que se parezca al Catolicismo naciente. Se menciona al Espíritu de Dios, así

³[4] Algunas versiones Castellanas, sin embargo, también transmiten la idea de “oficio” al añadir el vocablo “*cargo*” que no aparece en el texto Griego, por ejemplo: “Si alguien aspira *al cargo* de presidir la comunidad...” (Versión Dios Habla Hoy [VP]; “Si alguno aspira *al cargo* de obispo...” (BA). [N. del Trad.]

como a Sus dones, y se dice que los líderes deben lograr reconocimiento por su ejemplo, y no por el hecho de ocupar alguna posición.

Lo que tenemos en estos textos, entonces, son las *cualidades* esenciales de un verdadero vigilante, y no una lista de *requisitos* para un oficio que puede ser marcado con una señal de visto bueno.

La suma de todas estas cualidades son: rectitud moral y responsabilidad. Piedad y estabilidad. Las listas de Pablo, por lo tanto, sirvieron meramente como guías para ayudar a Timoteo y a Tito a identificar y afirmar a los sobreveedores [o vigilantes] de las iglesias locales en las que trabajaban (1 Tim. 5:22; Tito 1:5).

Además, el sabor de estos textos en el Griego es el de función en vez de círculos oficiales. Pablo no llama a un vigilante o sobreveedor “titular del cargo”. Lo llama “noble función” (1 Tim. 3:1b, NVI). Por otra parte, en 1 Timoteo 5:17, emplea un lenguaje funcional cuando recomienda que se honre a los ancianos que “guían bien” y que “dedican sus esfuerzos” a la proclamación y la enseñanza.

Por consiguiente, confundir a los vigilantes o supervisores de estos textos con los modernos “funcionarios” eclesiásticos –como el pastor actual- es pura fantasía. Esto se debe a nuestra tendencia a imponer sobre el NT nuestros convencionalismos organizativos. Es el resultado de una estructura cultural aprendida que introducimos en el texto y nada más. En resumen, el lenguaje de función en vez del de oficio domina a las “Epístolas Pastorales” así como ocurre con las demás epístolas de Pablo.

(3) 1 Corintios 12:28 dice: “Y, ciertamente, a unos Dios puso en la iglesia, primeramente apóstoles; lo segundo, profetas; lo tercero, maestros. . .” ¿No describe este texto una jerarquía de oficiales eclesiásticos?

Esta pregunta deja ver nuestra inclinación a leer la Escritura con los lentes contaminados de la jerarquía humana. Insistir en que cada relación debe entenderse en términos jerárquicos uno-arriba/uno-abajo es una manía peculiarmente Norteamericana. De aquí que cada vez que encontramos en el NT una lista estructurada (como 1 Corintios 12:28), parece que no podemos escapar de inferir que allí se implica una jerarquía.

Sin embargo, a nosotros como Occidentales del siglo XX, nos gusta pensar en términos organizativos al estilo organigrama, pero la Biblia nunca hace así. Pensar que toda lista estructurada que vemos en la

Escritura contiene alguna clase de jerarquía velada es un supuesto injustificado.

Tratar de ver una jerarquía en el catálogo de dones de 1 Corintios 12:28 no muestra sino una mala interpretación de Pablo, influenciada culturalmente. La cuestión de las estructuras de autoridad no aparece en ninguna parte en este texto. Una buena exégesis de este pasaje no nos conducirá a ninguna idea de jerarquía. ¡Somos nosotros los que imponemos esta idea al texto!

Una lectura más natural de este pasaje entiende que el orden refleja una prioridad lógica, en vez de jerárquica. En otras palabras, el orden muestra algunos *dones más grandes* con respecto a la edificación de la iglesia (compárese con 1 Cor. 12:7,31; 14:4,12,26). Esta interpretación armoniza perfectamente con el contexto inmediato en que aparece (1 Cor. 12-14).

Pablo está diciendo que dentro del ámbito de la edificación de la iglesia, el ministerio del apóstol es fundamental. Esto se debe a que los apóstoles dan nacimiento a la iglesia y la sostienen durante su desarrollo prenatal. Los apóstoles rompen el terruño y plantan la semilla de la *ekklesia*. (Y esa semilla es Cristo).

Ya que los apóstoles ponen el cimiento de la iglesia, se les coloca primero (cronológicamente) en la obra de la edificación de la iglesia (Rom. 15:19-20; 1 Cor. 3:10; Efe. 2:20). Es significativo que mientras que los apóstoles son colocados *en primer lugar* en el esquema de formación de la iglesia, ¡figuran *al último* a los ojos del mundo –Mat.20:16; 1 Cor. 4:9!

Los profetas aparecen en segundo lugar en la lista. Esto indica que siguen inmediatamente a los apóstoles por lo que valen para la edificación de la iglesia. Mucha confusión (y abuso) rodea la función del profeta.

En pocas palabras, los profetas proveen a la iglesia de visión y estímulo espiritual. Como los apóstoles, los profetas revelan el misterio del propósito de Dios para el presente y el futuro (Hech. 15:32; Efe. 3:4-5). También arrancan de raíz las malas hierbas para que la iglesia pueda crecer libre de estorbos.

A los maestros se les menciona en tercer lugar, indicando con ello que siguen a los profetas en el valor de sus dones para la edificación de la iglesia. Los maestros colocan a la iglesia sobre terreno doctrinal sólido y proveen de instrucción con respecto a los caminos de Dios. También pastorean a los santos en tiempos difíciles.

Continuando con la metáfora, el maestro riega la semilla y fertiliza la tierra para que la iglesia pueda crecer y florecer. Si examinamos al maestro de una manera cronológica, los maestros construyen la superestructura de la iglesia *después* de que los apóstoles y los profetas han erigido la planta baja.

Esta interpretación de 1 Corintios 12:28 sigue mucho mejor el hilo del pensamiento de Pablo, que la idea de una estructura de mando jerárquica donde los apóstoles “hacen valer sus privilegios” sobre los profetas - y los profetas hacen lo mismo con los maestros. Además, esta interpretación trae a un primer plano un importante principio espiritual: ¡la ausencia de autoridad jerárquica no significa que hay igualdad en los dones!

Mientras que el NT afirma que todos han recibido dones y tienen un ministerio, asimismo demuestra que Dios distribuye Sus dones de una manera variada (1 Cor. 12:4-6). Si bien cada don es valioso para el Cuerpo de Cristo, algunos dones son más grandes que otros dentro de sus respectivas esferas (Mat. 25:14-15; 1 Cor. 12:22-24,31; 14:5).

Esto no significa que los que tienen dones más grandes son más grandes en autoridad (o valía intrínseca) en algún sentido formal. Pero Dios ha llamado a cada uno de nosotros a una obra diferente. Y algunos tienen dones más grandes para distintas tareas.

Por ejemplo, algunos son llamados para plantar iglesias. Otros, para el evangelismo local. Y aún otros reciben dones para mostrar misericordia. Todos tienen diferentes dones diferentes con diferentes responsabilidades. Algunos tienen mayor responsabilidad que otros (Rom. 12:6; Ef. 4:7).

Dentro de la esfera de nuestros dones, cada miembro es indispensable para la sobreedificación general de la iglesia –aun aquellos miembros cuyos dones no son externamente impresionantes (1 Cor. 12:22-25). Por consiguiente, cada cristiano en la casa del Señor es responsable de usar e incrementar sus dones. A todos se nos advierte contra la tentación de ocultarlos bajo tierra por temor (Mat. 25:25).

En suma, la idea de que 1 Corintios 12:28 denota alguna clase de jerarquía eclesiástica carece de fuerza argumentativa. El texto tiene en mente los dones más grandes, considerados en el trasfondo del orden cronológico de la construcción de la iglesia. Esto no señala a la ley del más

fuerte de una jerarquía eclesiástica o a una escalera autoritativa por la que los cristianos deben de subir.

(4) ¿No es así que Hechos 20:28, 1 Timoteo 5:17, 1 Tesalonicenses 5:12 y Hebreos 13:7,17,24 muestran que los ancianos tienen que “gobernar” a la iglesia?

La palabra “gobernar” en estos textos no solo no encaja bien con el resto del NT, sino que no hay un solo término que se le parezca en todo el texto Griego del NT. Este es, sin embargo, otro caso donde ciertas traducciones han confundido al lector moderno al emplear terminología religiosa condicionada culturalmente.

Vayamos ahora a cada pasaje mencionado en la objeción anterior. La palabra “gobernar” en Hebreos 13:7,17,24 es una traducción del vocablo Griego *hegéomai*, que significa simplemente guiar, conducir o ir delante. F.F. Bruce, un profundo conocedor del NT, en su comentario a la carta a los Hebreos traduce *hegéomai* como “guiar” (*La Epístola a los Hebreos*, Ed. Nueva Creación). Estos textos comunican la idea de “los que les guían”, en vez de “los que les gobiernan”.

Asimismo, en 1 Tesalonicenses 5:12, la palabra “presidir” (RV-1960) es una traducción de la palabra Griega *proístemi*. Este término conlleva la idea de estar al frente, hacer obra de supervisor, guardar y proveer cuidado. Eruditos del NT como F.F. Bruce y Robert Banks explican que este término no tiene la fuerza técnica de una designación oficial porque se usa como participio en vez de su forma sustantiva. Además, está colocado en medio de otros dos participios que no tienen carácter oficial (F.F. Bruce, *1 & 2 Thessalonians*, WBC, Word; Robert Banks *Paul’s Idea of Community*, Hendrickson).

Bruce traduce 1 Tesalonicenses 5:12-13 así: “Ahora les pedimos hermanos que reconozcan a los que trabajan arduamente entre ustedes y les cuidan en el Señor y les instruyen, y que les tengan en alta estima a causa de su obra”. La misma palabra (*proístemi*) aparece en 1 Timoteo 5:17 y también está traducida incorrectamente como “gobernar” en la RV-1960 y en la BA. Además, en Hechos 20:28, el texto Griego dice que los ancianos están “en” (en medio de) el rebaño y no “sobre” él (como traduce la NVI).

En el mismo tenor, la declaración de Pablo en 1 Timoteo 3:4-5 respecto a que los vigilantes o supervisores deben “gobernar (*proístemi*) también su propia casa” no se refiere a su habilidad para ejercer poder. Más bien, señala a su capacidad de llevar la responsabilidad de la supervisión, y

nutrimento de los demás. El hogar es el lugar donde nuestro el carácter se prueba más severamente, por esto Pablo se refiere a él cuando describe el carácter de los vigilantes o supervisores.

En todos estos pasajes, la idea básica es la de vigilar en vez de mandar. Supervisar en vez de dominar. Facilitar en vez de dictar órdenes. Ofrecer dirección en vez de gobernar.

El texto Griego presenta la imagen de uno que está en medio del rebaño, guardándolo y cuidando de él (como lo haría un siervo eminente). Evoca al pastor que está atento a las ovejas. ¡No uno que las conduce desde atrás o las gobierna desde arriba!

Una vez más, el propósito de la enseñanza apostólica demuestra sistemáticamente que la idea de Dios acerca del liderazgo en la iglesia está en pugna con aquellos roles convencionales del liderazgo empresarial compuesto de altos ejecutivos.

(5) ¿No es verdad que Romanos 12:8 enseña que Dios dota a algunos creyentes para gobernar en la iglesia, porque Pablo dice, “el que preside [que lo haga] con diligencia”?

La versión Inglesa KJV usa la palabra “ruleth” [“gobierna”] en este texto⁴ [5] . Pero la palabra Griega que aparece aquí es *proístemi*. Esta palabra alude al que vigila y brinda ayuda a los demás. No se refiere al que los gobierna y controla.

El texto se traduce mejor así: “...el que vigila y cuida, que lo haga con diligencia” La idea de Pablo aquí claramente es de ferviente cuidado en vez de poder dictatorial.

(6) ¿No es verdad que Hechos 14:23 y Tito 1:5 enseñan que los ancianos son ordenados, lo que implica el establecimiento de un oficio?

La mención de reconocimiento apostólico (nombramiento) favorece tanto a la manera de pensar funcional como a la interpretación posicional. En Tito 1:5 la palabra traducida como “designar”, en el Griego es *kathístemi* y significa “poner”.

⁴[5] Así lo traducen algunas versiones Castellanas: “el que preside” (RV-1960); “el que ocupa un puesto de responsabilidad” (V P); “el que dirige” (BA y NVI). Todas ellas favorecen la idea posicional/jerárquica. [N. del Trad.]

En Hechos 14.23, la palabra es *jeirotoneo* y significa “extender la mano”⁵ [6] . Ambos términos conllevan la idea de reconocer a los que otros ya han aprobado. Así se usaban estas palabras en la literatura del primer siglo, fuera del NT.

Segundo, no hay la menor prueba de evidencia textual que apoye la idea de que el reconocimiento Bíblico otorga o confiere autoridad. Pablo nunca concedió autoridad a algunos por encima del resto de los miembros de la comunidad. El Espíritu Santo es quien establece sobreveedores (Hech. 20:28). Los ancianos existen en la iglesia *antes* de que sean reconocidos externamente.

El reconocimiento apostólico meramente hace público lo que el Espíritu Santo ya ha realizado. La imposición de manos es un signo de comunión, unidad y afirmación, y no una gracia especial o autoridad transmitida. Por consiguiente, es un tremendo error confundir el reconocimiento Bíblico con la ordenación eclesiástica. ¡La imposición de manos no califica a ciertos especialistas religiosos a hacer lo que el resto de los mortales de menos categoría no pueden hacer!

Más bien, el reconocimiento Bíblico es simplemente la confirmación externa efectuada por la iglesia de los que ya han sido comisionados por el Espíritu para una tarea específica. Sirve como un testimonio visible de reconocimiento público.

En las modernas iglesias por las casas, el reconocimiento público a menudo es una especie de caballo de Troya. Algunos hombres simplemente no pueden manejar este reconocimiento. Les infla el ego. El título les provoca un viaje de poder. Peor aún, los transforma en monstruos de poder.

Debemos recordar que en el primer siglo había obreros itinerantes que reconocían públicamente a los sobreveedores (Hech. 14:23; Tito 1:5). Por consiguiente, corresponde a los obreros extra locales discernir el tiempo y el método de cómo los sobreveedores deben de ser reconocidos. (¡Iglesias modernas por las casas, lean esta oración una vez más!).

5[6] Acerca de este verbo comenta A.T. Robertson: *Jeirotonéo* (de *jeirotonos*, extender la mano: *jeir*, mano *teino*, extender) es un antiguo verbo que originalmente significaba votar a mano alzada, finalmente designar con la aprobación de una asamblea que elige como en 2 Cor. 8.19 (A. T. Robertson, *Imágenes Verbales del Nuevo Testamento*, Editorial CLIE, Barcelona, 1989, Tomo 3, p. 233). [N. del Trad.]

No debe imponerse el reconocimiento de los sobreveedores –cuando ellos emergen- convirtiéndose así en un molde rígido. Algunos de los que plantan iglesias reconocen directamente a los sobreveedores. Otros lo hacen tácitamente. (En este respecto, no hay respaldo Bíblico para ancianos auto designados o designados por la congregación).

La realidad es que cuando atribuimos el reconocimiento de los ancianos a ciertas ceremonias, licencias, títulos de seminario, elección por votación, etcétera, estamos hablando donde la Biblia guarda silencio.

Hacemos bien en tener presente que en el NT, existe el principio de reconocimiento de ancianos, pero el método está abierto. Siempre tiene el sentido de *reconocer* una función dinámica en vez de *instalar* un oficio estático.

Además, si los ancianos son reconocidos por obreros extra locales que conocen bien a la iglesia, estamos en terreno Escritural seguro. Esto salvaguarda a la iglesia de ser controlada y manipulada por un liderazgo auto impuesto. Nombrar ancianos de otra manera es ir a la deriva, fuera de los límites que la Biblia nos señala.

(7) ¿Acaso no emplea Pablo la palabra “apóstol” como un título oficial cuando se refiere a sí mismo?

En contra de lo que actualmente se cree, en la mayor parte de su correspondencia, Pablo afirma implícitamente que *no* es un apóstol de oficio. Admito que Pablo da a conocer su función especial en la salutación de sus epístolas (p. ej. “Pablo, un apóstol de Cristo Jesús”), pero nunca se identifica a así mismo como “el apóstol Pablo”.

Esta es una distinción significativa. La primera es la descripción de una función especial basada en una comisión Divina, mientras que la última es un título oficial.

De hecho, en ninguna parte del NT encontramos que los ministerios o funciones en el Cuerpo se utilizan como títulos de honor para los siervos de Dios. ¡Los cristianos que sienten afición por los títulos necesitan reflexionar seriamente sobre esto!

(8) ¿No es así que Efesios 4:11 parece mostrar a un cuerpo de clérigos? Porque dice, “Él mismo dio: unos apóstoles; otros, profetas; otros, evangelistas; y otros, pastores y maestros. . .

De ninguna manera. Efesios 4 tiene a la vista aquellos dones que equipan a la iglesia para la diversidad del servicio (vv. 12-16). Los dones enumerados en este texto son en realidad *personas* dotadas para capacitar a la iglesia (vv. 8,11). Éstos no son los dones que el Espíritu Santo reparte a cada *individuo* como Él quiere (1 Cor. 12:11).

Dicho de otro modo, Efesios 4 no trata de los dones que son dados a hombres y mujeres. Trata de hombres y mujeres provistos de dones que son dados a la iglesia. Apóstoles, profetas, evangelistas y pastores/maestros son personas que el Señor ascendido otorga a la iglesia para su formación, coordinación y edificación.

Su tarea principal es nutrir a la comunidad de creyentes para que participen responsablemente de acuerdo a sus roles. El éxito de esta tarea se funda en la habilidad que poseen para capacitar y movilizar a los santos para la obra del ministerio. De esta manera, los dones de Efesios 4 equipan (del Griego: *katartízo* = completar, preparar; y *katartismós* = capacitación, perfeccionamiento) al Cuerpo de Cristo para que éste lleve a cabo el propósito eterno de Dios.

Estos dones de la ascensión no son oficios ni posiciones formales. Estos términos Griegos carecen de artículo. Se trata de hermanos con dones “habilitadores” peculiares que han sido puestos para cultivar los ministerios de sus hermanos.

Los apóstoles capacitan a la iglesia desde su nacimiento, ayudándola hasta que puede caminar por su propio pie (discutiremos la función apostólica con más detalle en el cap. 5).

Los profetas adiestran a la iglesia hablándole la palabra presente del Señor, confirmando los dones de cada miembro, preparándola para las pruebas futuras.

Los evangelistas habilitan a la iglesia modelando la predicación de las buenas nuevas a los perdidos. Los pastores/maestros instruyen a la iglesia cultivando su vida espiritual por medio de la exposición de la Escritura.

Entre paréntesis, algunos creen que los pastores y maestros son dos ministerios separados, mientras que otros los ven como dimensiones distintas del mismo ministerio. En este último concepto, pastorear es el lado *privado* de este ministerio, mientras que enseñar se refiere al lado *público*.

Los ministerios de Efesios 4 (a menudo llamados “el quíntuple ministerio”) no equivalen a los líderes de la iglesia. Los apóstoles, profetas, evangelistas y pastores/maestros pueden ser ancianos o no serlo.

En suma, Efesios 4:11 no contempla a un clero asalariado, un ministerio profesional o algún tipo de sacerdocio fabricado. Tampoco se refiere a una clase diferente de cristianos. Al igual que el catálogo de dones que presenta Pablo en 1 Corintios 12.28, Efesios 4 tiene a la vista funciones especiales en vez de posiciones formales.

(9) ¿La mención de “gobiernos” en 1 Corintios 12:28 acaso no muestra que la iglesia primitiva poseía oficiales eclesiásticos?

El vocablo Griego traducido “gobiernos” en diversas versiones castellanas (Bover-Cantera, Nacar Colunga, La Biblia [ed. Herder], BJ, VM, RV-1977) es *kubérnesis*. De acuerdo con el erudito del NT Gordon Fee, “esta misma palabra aparece tres veces en la LXX [el Antiguo Testamento Griego], llevando consigo la idea verbal de dar ‘guía/orientación’ a alguien.

Dice Fee que la palabra puede traducirse mejor como “acciones de guía/orientación”. Muy probablemente se refiere al acto de dar consejo sabio a la comunidad entera y no simplemente a los individuos (*Primera Epístola a los Corintios*, Ed. Nueva Creación, Buenos Aires, 1994, p. 704).

Por lo tanto, tratar de ver en esta palabra una forma de política eclesiástica es injustificable e insostenible. ¡El único “gobierno” que conoce la *ekklesia* es el gobierno absoluto de Jesucristo (Isa. 9:6)! Si bien los supervisores proveen de supervisión a la iglesia, no la “dirigen” ni la “gobiernan”. El término “gobierno”, por lo tanto, es un pobre vocablo para describir algún don espiritual en la iglesia.

(10) ¿No dice la Biblia que Timoteo fue el “primer obispo ordenado de la iglesia de Efeso” y que Tito fue ordenado como “el primer obispo de la iglesia Cretense?

A algunas ediciones de la KJV se han anexo notas al final de las así llamadas “Epístolas Pastorales”, pero éstas no aparecen en el texto Griego. Fueron insertadas por los traductores de la KJV.

Como hemos visto ya, Timoteo y Tito no fueron “obispos”. Ni siquiera pastores. Eran los colaboradores de Pablo –plantadores de iglesias, si así se les quiere ver (Rom. 16:21; 1 Cor. 16:10; 2 Cor. 8:23; 1 Tes. 1:1; 2:6; 3:2; 2 Tim. 2:15; 4:10).

Es digno de notarse que el episcopado monárquico (el sistema de obispos) se desarrolló mucho tiempo después de que se completó el NT. ¡La evidencia histórica que sugiere que Timoteo y Tito fueron los “primeros obispos” de estas iglesias es tan escasa como la de que Pedro fue “el primer obispo” de Roma! Todas estas suposiciones están en conflicto con el relato del NT. Son invenciones humanas que no tienen base en la Biblia.

(11) Hechos 15:22 menciona a “varones prominentes entre los hermanos” ¿No implica esto la existencia de una autoridad jerárquica en la iglesia primitiva?

La RV-1960 traduce este texto usando los términos “varones principales”, lo que le da un sabor jerárquico. Sin embargo, la palabra Griega es *hegéomai* que significa simplemente “conducir” o “guiar” (consulte la NVI).

Este texto subraya el hecho de que Judas y Silas estaban entre los hombres respetados de la iglesia de Jerusalén. Eran hombres *responsables*, -probablemente ancianos. Por esta razón la iglesia de Jerusalén los seleccionó como mensajeros temporales a Antioquia (compare con Prov. 10:26; 25:19). Una exégesis que entiende este versículo de manera jerárquica es arbitraria.

(12) La metáfora de Pablo del Cuerpo de Cristo ¿no demuestra que la autoridad funciona de manera jerárquica? Es decir, cuando la Cabeza envía una señal a la mano, debe primero enviarla al brazo. De modo que la mano necesita someterse al brazo para que pueda obedecer a la Cabeza.

Cualquiera que esté familiarizado con la anatomía humana sabe que la descripción anterior refleja un conocimiento incorrecto del funcionamiento del cuerpo físico.

El cerebro envía señales *directas* a aquellas partes del cuerpo que desea controlar, a través del sistema nervioso periférico. De este modo, la cabeza controla a todas las partes del cuerpo *de manera inmediata y directa*. No hace pasar sus impulsos a través de un esquema de cadena de mando recurriendo a otras partes del cuerpo.

La cabeza no ordena a la mano que le diga al pie qué debe hacer. En cambio, la cabeza está conectada a cada parte del cuerpo. Por esta razón, la aplicación adecuada de la metáfora del Cuerpo preserva la verdad sencilla

de que hay solamente una Autoridad en la iglesia –Jesucristo. Todos los miembros están bajo Su control directo e inmediato.

A este respecto, la Biblia es clara como el cristal cuando enseña que Jesucristo es el *único* mediador entre Dios y los hombres (1 Tim. 2:5). Si bien la antigua economía tenía mediadores humanos, el Nuevo Pacto ya no los tiene. Como participantes del Nuevo Pacto, no necesitamos de un mediador que nos diga cómo conocer al Señor. Todos los que están bajo este pacto lo conocen directamente -“desde el menor hasta el mayor” (Heb. 8:6-11).

Es la sujeción mutua, y no la sumisión jerárquica la que produce la coordinación adecuada del Cuerpo de Cristo. (Este tema se tratará de manera más completa en un capítulo posterior).

(13) Todo cuerpo físico tiene una cabeza. Por consiguiente, cada cuerpo de creyentes local necesita una cabeza. Si no tiene una, habrá caos. Los pastores son las cabezas de las iglesias locales. Son cabezas pequeñas bajo la Jefatura de Cristo.

Esta idea es un producto de la imaginación del hombre caído. No hay ni una pizca de apoyo Bíblico para esta idea. ¡Es pura fantasía! La Biblia *jamás* se refiere a un ser humano como “cabeza” de alguna iglesia. Este título pertenece exclusivamente a Jesucristo. Él es la *única* Cabeza de cada asamblea local. Por consiguiente, ¡los que afirman ser cabezas de las iglesias suplantando la Jefatura ejecutiva de Jesucristo!

Objeciones de Otros Documentos del NT

(1) ¿No nos manda Hebreos 13:17 que obedezcamos y nos sometamos a nuestros líderes, implicando así que los líderes en la iglesia poseen autoridad oficial?

Una vez más, consultar el texto Griego resulta de la mayor utilidad. La palabra que se traduce como “obedecer” en Hebreos 13:17 no es la palabra Griega (*hupakoúo*) muy usada en el NT para referirse a la obediencia, sino el vocablo *peítho* que significa persuadir y conseguir. Debido a que esta palabra aparece en la voz media/pasiva en este texto, debe traducirse así: “dejaos persuadir por los que os dirigen”⁶ [7] .

⁶[7] La única versión en Castellano del NT que hace plena justicia al texto Griego de Hebreos 13:17 es la Biblia Textual Reina Valera [B T]. Para mayores informes, consúltese: www.labiblia.org. [N del T]

Esta es una exhortación que da peso a la instrucción de los obreros (y posiblemente sobreveedores locales). No es una exhortación para que se les obedezca ciegamente. Esto implica poder persuasivo para convencer y conseguir, sin que para ello se coaccione, fuerce, intimide o se obligue a la sumisión. En las palabras del especialista del Griego W. E. Vine, “la obediencia sugerida [en Hebreos 13:17] no es la de la sumisión a la autoridad, sino que resulta de la persuasión” (W. E. Vine, *Diccionario Expositivo*, Caribe, 1999, p. 594).

Asimismo, el verbo traducido “someter” en este pasaje es la palabra *hupeiko*. Ésta conlleva la idea de ceder, retirarse, como rendirse después de una batalla. Los que se ocupan de la supervisión espiritual no demandan sumisión. Debemos estar de acuerdo en reconocerles.

Se nos anima también a que nos predispongamos a favor de lo que ellos dicen. No a causa de un oficio externo que ocupan, sino por su carácter piadoso, madurez espiritual y servicio sacrificado a favor de los santos.

Para decirlo con las palabras de Hebreos 13:7, debemos “imitar su fe” al considerar “cuál haya sido el resultado de su conducta”. Si hacemos así, podrán realizar más fácilmente la tarea de supervisión espiritual a la que Dios los ha llamado (v. 17).

(2) La Biblia enseña que los que velan por las almas de la iglesia tendrán que dar cuenta a Dios. ¿No significa esto que estas personas tienen autoridad sobre los demás?

Hebreos 13:17 dice que los que proveen supervisión son responsables de su tarea para con Dios. A causa la avanzada madurez y dotación espiritual que poseen, Dios les tiene por responsables de cuidar de sus hermanos. ¡Pero no hay nada en el texto que estipule que ellos poseen alguna autoridad especial sobre otros Cristianos! (Vea el punto anterior).

Ser responsable no equivale a tener autoridad. *Todos* los creyentes son responsables ante Dios (Mat. 12:36; 18:23; Lucas 16:2; Rom. 3:19; 14:12; Heb. 4:13; 13:17; 1 Ped. 4:5). Esto no significa que tienen alguna autoridad especial sobre los demás.

(3) ¿No es verdad que Jesús respalda la autoridad oficial cuando mandó a Sus discípulos a que obedecieran a los escribas y Fariseos porque se sentaban en ‘la cátedra de Moisés’?

De ninguna manera. Jesús reprocha a los escribas y Fariseos por asumir una autoridad institucional cuando no poseían ninguna. Mateo 23:2 dice, “En la cátedra de Moisés *se sentaron* los escribas y los fariseos”.

Nuestro Señor estaba exponiendo solamente el hecho de que los escribas y los Fariseos eran maestros auto nombrados que estaban usurpando autoridad y se habían colocado por encima del pueblo (Mat. 23:5-7; Luc. 20:46). Su declaración era una observación, y no un respaldo.

El Señor dejó inequívocamente claro que a pesar de su pretensión ante los hombres, los escribas y los Fariseos no tenían ninguna autoridad en absoluto (Mat. 23:11-33). De hecho, enseñaban la Ley de Moisés, pero no la obedecían (vv. 3b, 23:23).

Visto en esta luz, el versículo que sigue que dice: “Haced y guardad, pues, *todo* cuanto os digan...” (v.3) no puede entenderse como un endoso en blanco a la enseñanza Farisaica. Esta interpretación contradice por completo al versículo que sigue (v.4). También contradice a otros muchos pasajes donde encontramos a Jesús quebrantando resueltamente la enseñanza Farisaica -¡y mandando a sus discípulos a que hicieran lo mismo (Mat. 5: 33-37; 12:1-4; 15: 1-20; 16:6-12; 12:1-4; 19: 3-9; etcétera!

Más bien, esta frase (en el v. 3) debe interpretarse teniendo en mente la referencia del Señor a la “cátedra de Moisés”. La “cátedra de Moisés” es una referencia literal a una silla especial que se ponía aparte en cada sinagoga desde la que se leían al pueblo las Escrituras del Antiguo Testamento (E. L. Sukenik, *Ancient Synagogues in Palestine and Greece*, British Academy).

Cada vez que los escribas y los Fariseos se sentaban en la “silla de Moisés”, leían abiertamente de la Escritura. Puesto que la Escritura posee autoridad, lo que leían desde esa silla era obligatorio (a pesar de la hipocresía de los que leían). Esta es la esencia de la declaración de Jesús. La lección es que si aun un maestro supuesto e hipócrita lee la Biblia, lo que dice *de ella* tiene autoridad.

Afirmar que a partir de las palabras de Mat. 23:2-3, el Salvador otorga Su aprobación a la autoridad oficial, es un ejemplo de cómo Jesús puede ser reemplazado por el Papismo Romano. Esta falsa interpretación no puede seguir el mismo ritmo que el contexto del pasaje, y no refleja nada de los Evangelios.

(4) ¿El NT Griego no apoya la idea de que la iglesia incluye clérigos y laicos?

La dicotomía clero/laicos es un trágico error que corre a través de toda la historia de la cristiandad. Sin embargo, a pesar del hecho de que multitudes han tomado el camino espacioso del dogmatismo para defenderlo, esta dicotomía carece de sustento Bíblico.

La palabra “laicos” se deriva de la palabra Griega *laós*, que significa “pueblo”. *Laós* incluye a *todos* los Cristianos. El vocablo aparece tres veces en 1 Ped. 2:9-10 donde Pedro se refiere al “pueblo (*laós*) de Dios”. El término *laós* nunca se refiere en el NT a una porción de la asamblea solamente. No fue sino hasta el siglo tercero que se le dio otro significado.

El término “clero” tiene sus raíces en la palabra Griega *kléros* que significa “porción o herencia”. La palabra se emplea en 1 Ped. 5:3 donde Pedro instruye a los ancianos a que no se enseñoreen de las heredades (*kléros*) de Dios. Es sorprendente que la palabra nunca se utiliza para referirse a los líderes de la iglesia. Como ocurre con *laós*, *kléros* se refiere también al pueblo de Dios, porque éste es Su herencia.

De acuerdo al NT, entonces, todos los Cristianos son “clero” (*kléros*) y todos son “laicos” (*laós*). Somos la herencia del Señor y el pueblo de Dios. Para decirlo de otro modo, el NT no dispone de clérigos; ¡hace a *todos* los creyentes clérigos!

En resumen, no hay un solo indicio del esquema clero/laicos y ministro/laico en la historia, enseñanza o vocabulario del NT. Este esquema constituye una falsa dicotomía. Es un artefacto religioso que se deriva de la ruptura posbíblica entre lo secular y lo espiritual.

En la dicotomía secular/espiritual, la fe, la oración y el ministerio se consideran como la propiedad exclusiva de un mundo interno y sacrosanto. Un mundo que está separado por completo del tejido de la vida. Pero esta separación es completamente ajena al carácter distintivo del NT donde se dice que todas las cosas glorifican a Dios, incluyendo las cosas de nuestro diario vivir (1 Cor. 10:31).

(5) Los siete ángeles de las siete iglesias del libro del Apocalipsis ¿no validan la presencia de un solo pastor en una iglesia local?

Los primeros tres capítulos del Apocalipsis constituyen una base frágil sobre la cual se pueda construir la doctrina de un “solo pastor”. En primer lugar, la referencia a los ángeles de estas iglesias es críptica. Juan no ofrece clave alguna en cuanto a su identidad. Los eruditos no están seguros de qué simbolizan. (Algunos creen que el pasaje se refiere a ángeles literales. Otros opinan que son mensajeros humanos).

En segundo lugar, en ninguna parte del NT hay nada que se asemeje a la idea de “un solo pastor”, ni hay texto alguno que vincule a los pastores con los ángeles.

En tercer lugar, la idea de que los siete ángeles son “los pastores” de las siete iglesias está en abierto conflicto con otros textos del NT. Por ejemplo, Hech. 20:17 y 20-28 nos dice que en la iglesia de Efeso había muchos que apacentaban la iglesia de Dios, y no sólo uno. Lo mismo ocurría en todas las iglesias del primer siglo. Cada iglesia tenía varios ancianos (vea *Repensando los Odres*).

Por consiguiente, hacer depender la doctrina de “un solo pastor” de un oscuro pasaje del Apocalipsis es recurrir a una exégesis torpe y descuidada. Una vez más, no hay apoyo para el sistema moderno del pastor en el Apocalipsis ni en algún otro documento del NT.

Objeciones del Antiguo Testamento

(1) En Éxodo 18, Moisés establece una jerarquía de gobernantes bajo su autoridad para ayudar a guiar al pueblo de Dios. ¿No constituye esto un modelo Bíblico para el liderazgo jerárquico?

Si leemos cuidadosamente el relato, descubrimos que fue Jetro, el suegro *pagano* de Moisés, quien concibió esta idea (Éxo. 18:14-27). No hay evidencia Bíblica que sugiera que Dios la respaldó. De hecho, Jetro mismo admitió que no estaba seguro de si Dios apoyaría su idea (Éxo. 18:23).

Posteriormente, en los viajes de Israel, Dios dirigió a Moisés para que tomara un rumbo diferente con respecto al problema de la supervisión. El Señor le mandó que comisionara ancianos para que le ayudaran a llevar el peso de la responsabilidad (Núm. 11:16).

Esta estrategia era orgánica y funcional, marcadamente diferente de la noción de Jetro de una jerarquía compuesta de muchos estratos de dirigentes.

(2) ¿No es verdad que Moisés, Josué, David, Salomón, etcétera, muestran que la perfecta voluntad de Dios de tener un solo líder sobre Su pueblo?

De ninguna manera. Moisés y cualquier otro líder del AT, fueron sombras del Señor Jesucristo. No eran tipos del pastor único de los tiempos modernos que se inventó durante la Reforma.

Para ser más específico, el rol del episcopado monárquico se remonta al Catolicismo naciente y tiene sus raíces en las enseñanzas de Ignacio de Antioquia y Cipriano de Cartago. Pero no llegó a ser aceptado ampliamente sino hasta los siglos III y IV. Durante la Reforma, los roles del obispo y del sacerdote se transformaron en el pastor Protestante.

Por el contrario, la idea de Dios había sido siempre infundir una teocracia en Israel. Una teocracia es un gobierno donde Dios es el único Rey. Si bien Dios accedió al deseo carnal del pueblo de tener un rey terrenal, ésta no fue nunca Su perfecta voluntad (1 Sam. 8:5-9).

No obstante, el Señor siguió obrando a favor de Su pueblo bajo el reinado humano, si bien padecieron terribles consecuencias como resultado.

De la misma manera, en nuestros días Dios todavía obra por medio de sistemas imperfectos, pero éstos limitan siempre Su plena operación.

El deseo eterno del Señor para con Israel era que viviera y sirviera bajo Su dominio directo (Éxo. 15:18; Núm. 23:21; Deut. 33:5; 1 Sam. 8:7); que fuera un reino de sacerdotes (Éxo. 19:6), y que en tiempos de crisis estuviera sujeto a hombres más sabios y de más edad (ancianos) (Deut. 22:15-18; 25:7-9).

Pero lo que Israel perdió por su desobediencia, la iglesia lo ganó (1 Ped. 2:5,9; Ap. 1:6). Sin embargo, trágicamente, muchos Cristianos han optado por regresar al sistema de gobierno religioso del antiguo pacto -aun cuando Dios lo desmanteló hace mucho tiempo.

La única manera posible en que se puede realizar en nuestros días la idea de Dios del liderazgo y la autoridad es a través de la presencia del Señor en el interior de los Suyos. Ya que la habitación del Espíritu no fue experimentada durante los días del Antiguo Testamento, Dios condescendió con las limitaciones de Su pueblo.

Es por esta razón que vemos a Israel abrazando a menudo modelos jerárquicos de liderazgo. Mas cuando llegamos a la era del NT, aprendemos que el Cristo que vive en el interior es la porción de todos los hijos de Dios. Es precisamente esta porción la que hace que la iglesia se eleve al nivel sobrenatural del “sacerdocio de todos los creyentes”. En este

nivel, los estilos de liderazgo jerárquico, titular y oficial se vuelven obsoletos y contraproducentes.

(3) En el Salmo 105:15, el Señor dice “No toquen a mis ungidos; no hagan daño a mis profetas” ¿No enseña este versículo que algunos Cristianos (p. ej. los profetas) poseen una autoridad indiscutible?

Bajo el Antiguo Pacto, Dios ungió especialmente a los profetas para que fueran los portadores de Sus oráculos. Hablar contra ellos era hablar contra el Señor. Pero en el Nuevo Pacto, el Espíritu es derramado sobre *todo* el pueblo de Dios. Todos los que han recibido a Cristo (el Ungido) están ungidos por el Espíritu Santo (1 Jn. 2:27) -y todos pueden profetizar (Hech. 2:17-18; 1 Cor. 14:31).

De esta manera, la oración de Moisés de que todo el pueblo de Dios recibiría el Espíritu y profetizaría se ha cumplido desde Pentecostés (Núm. 11:29; Hech. 2:16-18). Lamentablemente, líderes clericales y “profetas” auto proclamados han abusado y usado indebidamente el Salmo 105:15 para controlar al pueblo de Dios y desviar las críticas.

Pero esta es la verdad: Ya que todos los Cristianos han sido ungidos con el Espíritu, todos pueden profetizar (Hech. 2:17-18; 1 Cor. 14.31). Bajo el Nuevo Pacto, “No toquen a mis ungidos” equivale a “someteos *unos a otros* en el temor de Cristo” (Efe. 5:21), porque la unción del Espíritu ha venido sobre todos los que creen en el Mesías.

Por consiguiente, “no tocar al ungido de Dios” ¡se aplica hoy a *cada* cristiano! Negar esto es negar que todos los Cristianos tienen la unción (1 Juan 2:20,27).

El Problema de Una Mala Traducción

Considerando los puntos anteriormente mencionados, algunos podrán preguntarse por qué la Versión Autorizada inglesa (KJV) oscurece tantos textos que tienen que ver con el ministerio y la supervisión. Es decir, ¿por qué la KJV repetidamente inserta términos jerárquicos/institucionales (como “oficio”) que no están presentes en los documentos originales?

La respuesta se deriva del hecho de que la iglesia Anglicana del siglo XVII publicó la KJV. Esta iglesia vinculó rígidamente a la Iglesia con el Estado y fusionó burocracia con Cristianismo.

Esta es la historia. El Rey Jaime VI de Escocia había ordenado la traducción que lleva su nombre (la Versión del Rey Jaime). Procedió así

en su papel de cabeza de la iglesia Anglicana –la iglesia estado de Inglaterra. Ordenó a los cincuenta y cuatro eruditos que realizaron la traducción que durante todo el proyecto no se apartaran de la “terminología tradicional”. (*The Christian Baptist 1*, Nashville: The Gospel Advocate Co., 1955, pp. 319-324).

Por esta razón, la KJV refleja naturalmente las presuposiciones jerárquico/institucionales del Anglicanismo. Palabras tales como *ekklesía*, *epískopos* y *diákonos* no fueron traducidas fielmente del Griego. Más bien, se tradujeron empleando la jerga eclesiástica Anglicana de aquellos días: *Ekklesía* = iglesia. *Epískopos* = obispo. *Diákonos* = ministro. *Praxis* = oficio. *Proístemi* = gobernar. Aunque la KJV original de 1611 pasó por varias revisiones hasta 1769, estos errores nunca fueron corregidos.

Gracias a Dios, algunas traducciones modernas han procurado corregir este problema. Han quitado lo Anglicano a muchos de los términos eclesiásticos que se hayan en la KJV y han traducido fielmente las palabras Griegas que están detrás de ellos, de acuerdo a sus significados originales: *Ekklesía* = asamblea, *Epískopos* = sobreveedor o vigilante. *Diákonos* = servidor. *Praxis* = función. *Proístemi* = cuidar.

Desafortunadamente, muchas traducciones todavía conservan el sabor oficial aún presente en la KJV. Es por esta razón que he escrito este capítulo.

CAPÍTULO 3

AUTORIDAD Y SUMISIÓN

Hemos visto que no hay respaldo Bíblico para la enseñanza moderna de la “cobertura”. Sin embargo, la Escritura tiene algo que decir acerca de la autoridad y la sumisión. Debe notarse, sin embargo, que la Biblia gasta mucha más tinta en decirnos cómo amarnos unos a otros que en enseñarnos acerca del liderazgo y la autoridad.

La experiencia me ha mostrado que cuando los aspectos fundamentales del amor y el servicio se practican plenamente en una iglesia, los asuntos de la autoridad y la sumisión se expresan por sí mismos. (A este respecto, los que enfatizan indebidamente estos temas ¡están significativamente más interesados en hacerse *a sí mismos* una figura de autoridad que en servir a sus hermanos!).

Aunque la Biblia no dice mucho acerca de la autoridad y la sumisión, los temas están presentes. Están relacionados con llevar el ministerio, ejercerlo y agradecer a Cristo –la cabeza de toda autoridad.

Cuando discutimos estos temas haremos bien en emplear el vocabulario de la Escritura. Usar términos no bíblicos como el de “cobertura” solamente oscurece el asunto. Hace que nuestra conversación sea vaga –y nuestros pensamientos confusos. Si utilizamos el vocabulario del NT, seremos en verdad capaces de atravesar la jungla enredada de la tradición humana que ha envuelto en una nube los temas de la autoridad y la sumisión.

El Rastro Trágico de los Movimientos Anteriores

Voy a decirlo sin rodeos, ¡lo que algunos llaman hoy “autoridad espiritual” es en su mayor parte un verdadero disparate! El movimiento discipulado/pastoreo de los años setenta es un ejemplo clásico de las tragedias indecibles que pueden ocurrir cuando se hacen aplicaciones falaces e insensatas de la autoridad. Este movimiento estaba corrompido con toda clase de mezcla espiritual, y se degradó en formas extremas de control y manipulación.

El error más grande de este movimiento estaba basado en la falsa pretensión de que sumisión equivale a obediencia incondicional. Igualmente errónea era la enseñanza de que Dios reviste a ciertas personas de una autoridad incuestionable sobre los demás.

Sin duda, los líderes que dieron origen a este movimiento eran hombres talentosos que tenían nobles motivos. No imaginaron la dirección que éste tomaría en el futuro, y la mayoría de ellos se han disculpado desde entonces por haber participado en él. Aun así, incontables vidas fueron destruidas como resultado.

En muchos sectores del movimiento, el abuso espiritual se racionalizó con el cliché tan a menudo repetido de que Dios obra para bien a pesar de los actores en el reparto. Se creía que Dios haría responsables a cada uno de los “pastores” por las decisiones equivocadas. Las “ovejas” no tenían responsabilidad en tanto que obedecieran (ciegamente) a sus pastores.

Trágicamente, el movimiento elaboró nuevos yugos de control que fueron tallados y se les dio forma para adaptarse a la casta clerical. Estos nuevos yugos sofocaron el sacerdocio de los creyentes y mostraron la misma forma de dominio de las almas que caracteriza a las sectas. Los así llamados “pastores” se transformaron en sustitutos de Dios para otros

Cristianos, tomando control sobre los detalles más íntimos de sus vidas. Todo esto se hizo en nombre de la “responsabilidad Bíblica de dar cuentas”.

En el período subsiguiente, el movimiento dejó una estela de Cristianos abatidos y devastados. Estos creyentes continúan desconfiando hasta hoy de cualquier apariencia de liderazgo. (Algunos sufrieron destinos más crueles). Como resultado, los que fueron azotados por los clérigos del movimiento desarrollaron una aversión hacia palabras tales como “autoridad”, “sumisión” y la “responsabilidad de dar cuentas”. Todavía siguen luchando por desechar las imágenes distorsionadas de Dios que fueron grabadas en sus mentes después de haber pasado por esta experiencia “pastoral”.

El tema de la autoridad, por consiguiente, representa para muchos una historia muy sensible con una enorme carga. Tanto es así que cuando apenas se menciona terminología de liderazgo, se encienden luces de alerta y se iza la bandera roja de la persecución.

Treinta años después, el tema de la autoridad espiritual continúa siendo inflamable y emocionalmente insufrible. A pesar de la manera tan divergente en que abordamos el tema en este capítulo, estamos pisando los bordes de un peligroso campo minado.

Hay que tener presente que las enseñanzas erróneas nunca brotan del simple uso de palabras Bíblicas. Más bien, provienen de la poca consideración que por lo general se tiene por lo que éstas significaron para sus oyentes originales. Palabras como “autoridad” y “sujeción” han sido ya por tanto tiempo degradadas que es necesario que se las “redima” de las falsas connotaciones que se les han agregado.

La salvaguarda contra la falsa enseñanza no consiste en desechar estos términos Bíblicos, sino en sobreponerse al combate y rehabilitarlos de acuerdo a su significado original. Para decirlo de otro modo, debemos aprender no solamente a hablar *donde* la Biblia habla, sino hablar *como* la Biblia habla.

La Noción de Sujeción del NT

La palabra Griega que se traduce más a menudo como “someter” en el NT es el vocablo *Hupotáso*. Una mejor traducción de este término es “sujeción”. De acuerdo al uso más común del NT, la sujeción es una actitud voluntaria de ceder, cooperar y permitir que otros nos amonesten y aconsejen.

La sujeción Bíblica no tiene nada que ver con control o poder jerárquico. Es simplemente una actitud de apertura, como la que manifiestan los niños, dando nuestro consentimiento a los demás en la medida en que ellos reflejan la mente de Cristo.

La sujeción Bíblica existe y es preciosa. Pero debe comenzar con lo que Dios desea y con lo que el NT asume: Es decir, que nosotros, individual y corporativamente, estamos sujetos a Cristo Jesús; que nos sujetamos unos a otros, en el lugar donde nos reunimos; y que nos sujetamos a aquellos obreros probados y dignos de confianza que sirven al Cuerpo de Cristo de una manera sacrificada.

Quiero acentuar “probados y dignos de confianza” porque abundan los falsos apóstoles y profetas. Es responsabilidad de la hermandad local examinar a los que afirman ser obreros de Dios (1 Tes. 1:5; 2 Tes. 3:10; Ap. 2:2).

Por esta razón, la Biblia nos exhorta a sujetarnos a los líderes espirituales a causa de su noble carácter y servicio espiritual (1 Cor. 16:10-11, 15-18; Fil. 2:29-30; 1 Tes. 5:12-13; 1 Tim. 5:17; Heb. 13:17).

Quizás el texto más luminoso que debemos considerar en toda esta discusión es Efesios 5:21, que dice,

Someteos UNOS A OTROS en el temor de Cristo.

El apóstol Pedro se hace eco del mismo pensamiento, cuando dice:

Y todos, revestíos de humildad LOS UNOS PARA CON LOS OTROS; porque: Dios resiste a los arrogantes y da gracia a los humildes. (1 Ped. 5:5)

La Biblia no enseña una “cobertura protectora”. Más bien, enseña la *sujeción mutua*. La sujeción mutua se basa en la noción del NT de que a todos los creyentes les han sido dados dones. Como tales, todos ellos pueden expresar a Cristo. Por lo tanto, debemos estar sujetos *unos a otros*.

La sujeción mutua está cimentada de igual forma en la revelación del Cuerpo de Cristo. Es decir, la autoridad Divina ha sido conferida *a todo* el Cuerpo y no sólo a una sección particular de él. (Mat. 18:15-20; 16:16-19; Efe. 1:19-23). En la eclesiología de Dios, la *ekklesía* es una sociedad teocrática y participativa en la que la autoridad Divina está diseminada entre todos los que poseen el Espíritu.

Dios no ha delegado Su autoridad a algún individuo o segmento de la iglesia. Por el contrario, Su autoridad reside en toda la comunidad. Cuando los miembros de la comunidad creyente desempeñan sus ministerios, la autoridad espiritual se dispensa a través de los dones que han recibido del Espíritu.

En el fondo, la sujeción mutua demanda que nos demos cuenta de que somos miembros de algo más grande que nosotros mismos –un Cuerpo. También exige que reconozcamos que somos inadecuados en nosotros mismos para cumplir el propósito más alto de Dios.

La sujeción mutua descansa en la afirmación humilde, y sin embargo realista, de que necesitamos la aportación de los demás hermanos. Admite que no podemos ser buenos Cristianos por nosotros mismos. De esta manera, la sujeción mutua es indispensable para estructurar una vida Cristiana normal.

Entender la sujeción mutua significa lo siguiente: Quiere decir que estás abierto al Señor para que te corrija por medio de cualquier creyente, que estás abierto para ser reprendido y castigado (por el Señor) sin que importe quién lleve el látigo. Expresa que permites a los demás que hablen a tu vida.

La Idea de Autoridad de Dios

La otra cara de la moneda de la sujeción es la autoridad. La autoridad es el privilegio dado por Dios para realizar una acción particular. La palabra del NT que está más cerca de nuestra palabra “autoridad” es *exousía*. *Exousía* se deriva de la palabra *éxestin*, que significa una acción posible y legítima que puede ser llevada a cabo sin obstáculo.

La autoridad (*exousía*) tiene que ver con la interpretación y comunicación del poder. Más específicamente, la autoridad es el derecho de realizar una acción particular. La Escritura enseña que Dios es la fuente

única de toda autoridad (Rom. 13.1), y esta autoridad ha sido conferida a Su Hijo (Mat. 28:18; Juan 3:30-36; 17:2).

Sólo Jesucristo tiene autoridad. El Señor Jesús claramente dijo, “*Toda* autoridad me ha sido dada en el cielo y sobre la tierra”. Al mismo tiempo, Dios ha delegado Su autoridad a los hombres y mujeres de este mundo para propósitos específicos.

Por ejemplo, en el orden natural, Dios ha instituido diversas esferas en las que Su autoridad debe ejercerse (Efe. 5:22-6:18; Col. 3:18-25). Ha establecido ciertas “autoridades oficiales” con el propósito de que guarden el orden bajo el sol. A los oficiales gubernamentales, como a los reyes, magistrados y jueces, se les ha dado esta autoridad (Juan 19:10,11; Rom. 13:1 ss.; 1 Tim. 2:2; 1 Ped. 2:13-14).

La autoridad oficial es autoridad conferida a un oficio estático. Funciona sin que para ello importen las acciones de la persona que lo ocupa. La autoridad oficial es autoridad posicional y fija. Mientras la persona ocupa el cargo, tiene autoridad.

Cuando alguien ejerce las funciones de la autoridad, el recipiente llega a ser “una autoridad” por su propio derecho. Es por esta razón que se exhorta a los Cristianos a que se sujeten a los líderes gubernamentales –sin que para ello cuente su carácter (Rom. 13:1ss.; 1 Ped. 2:13-19).

Nuestro Señor Jesús, así como Pablo, mostraron espíritu de sujeción cuando comparecieron ante la autoridad oficial (Mat. 26:63-64; Hech. 23:2-5). De manera similar, nosotros debemos sujetarnos siempre a esta autoridad. La anarquía y el desprecio por la autoridad son signos de la naturaleza pecadora (2 Ped. 2:10; Judas 8). Al mismo tiempo, la sujeción y la obediencia son dos cosas muy diferentes, y es un error fatal confundirlas.

Sujeción Contra Obediencia

¿En qué difiere la sujeción de la obediencia? La sujeción es una actitud. La obediencia es una acción. La sujeción es absoluta. La obediencia es relativa. La sujeción es incondicional. La obediencia es condicional. La sujeción es un asunto interior. La obediencia es un asunto exterior.

Dios nos convoca a tener un espíritu de humilde sujeción hacia los que ha colocado en autoridad sobre nosotros en el orden natural. Sin embargo, no podemos obedecerles si nos mandan hacer lo que viola Su voluntad, porque la autoridad de Dios es más alta que cualquiera autoridad terrenal.

No obstante, uno puede desobedecer al tiempo que se somete. Se puede desobedecer a una autoridad terrenal y mantener un espíritu de humilde sujeción. Se puede desobedecer al tiempo que se mantiene una actitud de respeto y reverencia, distinto al espíritu de rebelión, injuria y subversión (1 Tim. 2:1-2; 2 Ped. 2:10; Judas 8).

La desobediencia de las parteras Hebreas (Éxo. 1:17), los tres jóvenes Hebreos (Dan. 3:17-18), Daniel (Dan. 6:8-10), y los apóstoles (Hech. 4:18-20; 5:27-29) ejemplifican el principio de estar sujeto a una autoridad oficial al tiempo que se le desobedece cuando ésta choca con la voluntad de Dios.

Es cierto que que Dios ha dado autoridad (*exousía*) a los creyentes para ejercer ciertos derechos. Entre ellos está la autoridad de ser hechos hijos de Dios (Jn. 1:12), poseer propiedades (Hech. 5:4), decidir casarse o permanecer célibes (1 Cor. 7:37), decidir qué comer o beber (1 Cor. 8:9), sanar las enfermedades (Mar. 3:15), expulsar demonios (Mat. 10:1; Mar. 6:7; Luc. 9:1; 10:19), edificar a la iglesia (2 Cor. 10:8; 13:10), recibir bendiciones especiales asociadas con ciertos ministerios (1 Cor. 9:4-18; 2 Tes. 3:8-9), gobernar naciones y comer del árbol de la vida en el reino futuro (Ap. 2:26; 22:14).

¡Pero en ninguna parte la Biblia enseña que Dios ha dado autoridad (*exousía*) a los creyentes sobre otros creyentes!

Recordemos la palabra de nuestro Señor en Mateo 20:25-26 y Lucas 22:25-26 donde condenó las formas de autoridad tipo *exousía* entre Sus seguidores. Este hecho debe darnos pausa para una seria reflexión.

Por lo tanto, sugerir que los líderes en la iglesia deben ejercer la misma clase de autoridad que los dignatarios representa lógicamente un salto y una generalización excesiva. Una vez más, el NT nunca vincula la *exousía* a los líderes de la iglesia, ni establece que algunos creyentes tienen *exousía* sobre otros creyentes.

Sin duda, el AT describe a los profetas, sacerdotes, reyes y jueces como autoridades oficiales. Esto se debe a que estos “oficios” eran sombras de los ministerios autoritativos de Jesucristo mismo. Cristo es el verdadero Profeta, Sacerdote, Rey y Juez. Pero en el NT nunca encontramos que se describa o represente a algún líder como una autoridad oficial. Esto incluye a los sobrevedores locales, así como a los obreros extra locales.

Para ser franco, la noción de que los Cristianos tienen autoridad sobre otros Cristianos es un ejemplo de exégesis forzada y, como tal, es Bíblicamente insostenible. Cuando los líderes de la iglesia ejercen el

mismo tipo de autoridad que desempeñan los oficiales gubernamentales, ¡se vuelven usurpadores!

Cierto es que la autoridad funciona en la iglesia, pero la autoridad que opera en la *ekklesia* es notablemente diferente de la que se ejerce en el orden natural. Esto tiene sentido ya que la iglesia no es una organización humana, sino un organismo espiritual. La autoridad que opera en la iglesia no es *oficial*. Es autoridad *orgánica*.

Autoridad Divina Contra Autoridad Oficial

¿Qué es la autoridad orgánica? Es la autoridad que está basada en la vida espiritual. La autoridad orgánica es autoridad *comunicada*. Es decir, cuando una persona comunica la vida de Dios a través de palabra u obra, tiene la ayuda y el respaldo del Señor mismo.

Todos los Cristianos, en virtud del hecho de que poseen la vida del Espíritu, poseen una medida de autoridad orgánica. Es por esta razón que el NT nos ordena que nos sometamos *unos a otros* en el temor de Cristo. Pero los que han madurado más en la vida espiritual tienden a expresar el pensamiento de Dios de una manera más firme que los carnales y los inmaduros (Heb. 5:14).

La autoridad orgánica tiene su fuente en la dirección *inmediata* de Cristo y no en un oficio estático. La autoridad orgánica no es intrínseca a una persona o a una posición. No reside en el hombre mismo o en el cargo que ocupa (como ocurre con la autoridad oficial).

En cambio, la autoridad orgánica reside fuera del individuo. Esto es así porque ésta pertenece a Cristo. Solamente cuando Cristo dirige a una persona a la palabra o a la acción, esa persona ejerce autoridad. Para decirlo de otro modo, una persona tiene el derecho a ser oída y obedecida sólo cuando refleja la mente del Señor. La autoridad orgánica, por consiguiente, es comunicada y derivada.

La naturaleza comunicativa de la autoridad orgánica puede entenderse en el marco de la metáfora del Cuerpo que Pablo traza para la iglesia. Cuando la Cabeza (que es la fuente de toda autoridad) le indica a la mano que se mueva, la mano posee la autoridad de la Cabeza. La mano, no obstante, no tiene autoridad de sí misma. Deriva su autoridad sólo cuando actúa de acuerdo con la comunicación de la Cabeza. En la medida en que la mano representa la voluntad de la Cabeza, en esa medida la mano es una autoridad.

Nótese que el movimiento de la cabeza física en relación al cuerpo físico, es orgánico. Está basado en lo humano como un organismo viviente que posee vida natural. El mismo principio es verdadero con respecto a la Cabeza espiritual y al Cuerpo espiritual. Los creyentes ejercen autoridad espiritual solamente cuando en sus palabras y hechos representan a Cristo.

Por consiguiente, la autoridad orgánica es flexible y fluida y no estática. La autoridad orgánica es transmitida y está fundada en la madurez espiritual y el servicio. Por lo tanto, no es una posesión irrevocable.

Esto explica por qué Pedro y Jacobo, así como Pablo y Bernabé, fluctuaban con respecto a la medida de influencia espiritual que ejercían (Hech. 1:15; 2:14; 12:17,25; 13:2,7, 13ss.; 15:2,7,13,22). Ya que la autoridad Divina no es oficial, sino derivada, los creyentes no asumen, heredan, confieren ni sustituyen la autoridad de Dios. Únicamente la representan. Esta es una distinción categórica. El no poder (o no querer) entenderla ha conducido a una confusión y abuso indecibles entre el pueblo de Dios.

Cuando discutimos la autoridad espiritual, el énfasis siempre debe de estar en la *función* y el *servicio* y no en una noción mística de “espiritualidad”.

Demandar autoridad basándose en la propia espiritualidad es prácticamente lo mismo que hacerse a sí mismo una autoridad oficial, porque el *reclamo* de “espiritualidad” constituye un oficio velado.

Si alguien es verdaderamente espiritual, su espiritualidad se manifestará en la manera en que vive, sirve y escucha al Señor. La espiritualidad puede discernirse sólo a partir de esto último y no por los reclamos promocionales de la persona que la asume. De esta manera, mantener el enfoque en el servicio y la función ayuda a proteger a las iglesias que siguen el modelo del NT para que no recaigan en el culto a la personalidad.

Una Comparación Provechosa

Separemos algunas de las distinciones entre autoridad oficial y autoridad orgánica.

1. Las autoridades oficiales deben ser obedecidas siempre y cuando lo que declaren no viole la voluntad de una autoridad más alta. (Hech. 5:29). El NT aconseja a los hijos que obedezcan a sus padres (Efe. 6:11; Col. 3:20), a los ciudadanos que obedezcan a las autoridades gubernamentales (Tito

3:1), y a los empleados que obedezcan a quienes los emplearon. (Efe. 6:5; Col. 3:22).

Por contraste, los que ejercen autoridad orgánica nunca demandan que se les obedezca. Antes bien, buscarán *persuadir* a los demás a que obedezcan la voluntad de Dios. Por esta razón Hebreos 13:17 nos convoca a que permitamos que nuestros líderes nos persuadan (*peitho*).

Las cartas de Pablo arrojan más luz sobre este tema. Todas ellas resuenan con súplicas y peticiones y están llenas del lenguaje de la persuasión. (Sobre esto abundaremos más adelante).

2. Las autoridades oficiales son totalmente responsables si conducen a los que están bajo su mando a prácticas erróneas. En Números 18 aprendemos que el peso de la iniquidad cayó sobre los hombros de los sacerdotes. Ellos eran las autoridades oficiales en Israel.

Por el contrario, la autoridad orgánica nunca anula la responsabilidad de los demás. En la iglesia, los creyentes son totalmente responsables de sus propias acciones -aun cuando decidan obedecer el consejo de otro.

Es por esta razón que la Escritura manda repetidamente que se pruebe el fruto de los demás. Asimismo, enseña que el engaño trae el juicio Divino (Mat. 7:15-27; 16:11-12; 24:4-5; 1 Cor. 14:29; Gál. 1:6-9; 2:4; Fil. 3:2-19; 1 Tes. 5:21; 1 Tim. 2:14; 1 Jn. 3:4-10; 4:1-6). El NT nunca enseña que si un Cristiano obedece a otra persona, ya no es responsable de sus acciones.

3. Las autoridades oficiales pueden ser menos maduras, menos espirituales y menos justas que aquellos sobre los que tienen autoridad. La autoridad orgánica, sin embargo, está directamente vinculada a la madurez espiritual, y no puede separarse de ella.

A menudo decimos a nuestros niños, “obedezcan a sus ancianos” porque los que son más viejos (en la vida natural) tienden a ser más maduros en su consejo. Por esta razón, merecen nuestro respeto y sujeción (1 Ped. 5:5a). Sucede lo mismo en el reino espiritual.

Los que han crecido más en la vida espiritual poseen una medida mayor de autoridad orgánica. (Una persona no puede ejercer autoridad espiritual a menos que ella misma esté bajo la autoridad de Dios). Un espíritu de servicio y docilidad como de niño son signos seguros de una mayor

madurez espiritual. Consideremos los siguientes textos que nos exhortan a que tengamos en estima a los que muestran ambas características:

Os exhorto hermanos (ya conocéis a los de la casa de Estéfanos, que fueron los primeros convertidos de Acaya, y que se han dedicado al servicio de los santos), que también VOSOTROS ESTÉIS EN SUJECIÓN A LOS QUE SON COMO ELLOS, Y A TODO EL QUE AYUDA EN LA OBRA Y TRABAJA. Y me regocijo por la venida de Estéfanos, de Fortunato y de Acaico, pues ellos han suplido lo que faltaba de vuestra parte. Porque ellos han recreado mi espíritu y el vuestro. POR LO TANTO, RECONOCED A TALES PERSONAS. (1 Cor. 16:15-18 BA)

Recibidlo, pues [a Epafrodito] en el Señor con todo gozo, Y TENED EN ALTA ESTIMA A LOS QUE SON COMO ÉL; PORQUE ESTUVO AL BORDE DE LA MUERTE POR LA OBRA DE CRISTO, ARRIESGANDO SU VIDA... (Fil. 2:29-30ª BA).

Y os instamos, hermanos, a que RESPETÉIS A LOS QUE TRABAJAN ENTRE VOSOTROS EN EL SEÑOR Y OS AMONESTAN; Y QUE LOS TENGÁIS SOBREABUNDANTEMENTE EN AMOROSA ESTIMA A CAUSA DE SU OBRA. . . (1 Tes. 5:12-13)

Los ancianos que dirigen bien SEAN TENIDOS POR DIGNOS DE DOBLE HONOR, ESPECIALMENTE LOS QUE TRABAJAN ARDUAMENTE EN LA PALABRA Y EN LA ENSEÑANZA... No admitas acusación contra un anciano a no ser que haya dos o tres testigos. (1 Tim. 5:17, 19 RVA)

Acordaos de los que os dirigen, QUIENES OS HABLARON LA PALABRA DE DIOS; CONSIDERAD CUÁL HAYA SIDO EL RESULTADO DE SU CONDUCTA, E IMITAD SU FE. (Heb. 13:7)

Dejaos persuadir por los que os dirigen, Y SOMETEOS A ELLOS; PORQUE ELLOS VELAN POR VUESTRAS ALMAS, COMO QUIENES HAN DE DAR CUENTA. para que hagan esto con gozo, y no quejándose; porque esto no os es provechoso (Heb. 13:17)

Igualmente, jóvenes, ESTAD SUJETOS A LOS ANCIANOS. . . (1 Ped. 5:5)

Resulta claro que el NT exhorta a la iglesia a que de la debida importancia a los que trabajan incansablemente en el servicio espiritual. Tal estima es espontánea e instintiva. Jamás se debe absolutizar o formalizar.

El criterio del NT para el modelo de los roles siempre es funcional, y no formal. Aunque debemos valorar el servicio de los que ponen sus vidas por nosotros, es un grave error diferenciarlos formalmente del resto de la comunidad de los creyentes. (¡Es aquí donde falla la enseñanza de la “cobertura”!)

En efecto, el honor que un creyente recibe de la iglesia siempre es merecido; nunca se demanda o se hace valer. Los que son verdaderamente espirituales no reclaman tener autoridad espiritual sobre los demás, ni se jactan de su labor espiritual y madurez. De hecho, la gente que hace tales reclamos revela su *inmadurez*. La persona que declara que es “el hombre que Dios ha ungido con fuerza y poder para la hora presente” –o elogios similares- prueba una cosa: ¡que no tiene autoridad!

Por el contrario, los que reciben estima en la iglesia son los que han *probado* que son siervos dignos de confianza –no en mera retórica, sino en realidad (2 Cor. 8:22; 1 Tes. 1:5; 2 Tes. 3:10). El reconocimiento ganado y la confianza que el Cuerpo les tiene es la única señal segura de la propia autoridad espiritual.

4. Las autoridades oficiales poseen autoridad hasta que son removidas de su oficio delegado. Mientras están en el cargo, su autoridad funciona, sin que para ello importe si han tomado decisiones sabias o injustas. Por ejemplo, mientras el rey Saúl se sentó en el trono de Israel, retuvo su autoridad, ¡aun después de que el Espíritu de Dios se había apartado de él (1 Sam. 16:14;24:4-6)!

La autoridad orgánica, por otra parte, opera solamente cuando Cristo está siendo expresado. De este modo, si un creyente exhorta a la iglesia para que ésta haga algo que no refleja la autoridad de la Cabeza (aún si viola o no una ley prescrita por Dios), no hay autoridad que lo respalde. Sólo Jesucristo tiene autoridad, y solamente lo que fluye de Su vida tiene autoridad.

5. Las autoridades oficiales siempre están establecidas en forma de jerarquía. La autoridad orgánica nunca está relacionada con la jerarquía (Mat. 20:25-28; Luc. 22:25-27). De hecho, siempre se distorsiona y se

termina abusando de la autoridad orgánica cuando se la asocia con algún tipo de jerarquía. Como hemos visto, la imaginaria jerarquía está ausente de la Escritura, porque virtualmente siempre hace daño al pueblo de Dios.

En resumen, la autoridad orgánica no fluye de arriba hacia abajo. Tampoco funciona de manera jerárquica como una cadena de mando. Al mismo tiempo, la autoridad orgánica tampoco funciona de abajo hacia arriba. Es decir, no fluye de la iglesia a la persona. Si aún una iglesia decide dar autoridad a una persona para una tarea específica, la tal persona no tendrá autoridad si no refleja la mente de Cristo.

La autoridad orgánica funciona *de adentro hacia fuera*. Cuando el Cristo que habita en el creyente dirige a alguien en particular o a una iglesia a hablar o actuar, ¡están respaldados por la autoridad de la Cabeza! Ésta es la única autoridad que existe en el universo. Jesucristo, representado por el Espíritu que mora en el interior de los Suyos, es el manantial exclusivo, fundamento y fuente de toda autoridad. ¡Y no hay cobertura sobre Su Cabeza!

El resultado final es que los problemas de liderazgo en la iglesia moderna se derivan de una aplicación vergonzosamente superficial de las estructuras de autoridad oficial a las relaciones espirituales. Esta aplicación errónea está basada en una mentalidad de autoridad al estilo “una-talla-para-todos”. Pero es un error atroz trasplantar el modelo de la autoridad oficial a la asamblea Cristiana –o a cualquiera otra esfera de relación orgánica (como el matrimonio)

La Sujeción Mutua Siempre Está Enmarcada en el Amor

Cada vez que un creyente expresa autoridad orgánica en la iglesia, haremos bien en reconocerla. Rebelarse contra esta autoridad es rebelarse contra Cristo, porque no hay autoridad sin Jesucristo como Su autor. Por consiguiente, rechazar las palabras de alguien cuando éstas expresan el pensamiento de Dios es rechazar Su autoridad.

La sujeción que está cimentada en nuestra sumisión a Dios, también está enmarcada en el amor. El amor siempre está abierto para aprender y escuchar lo que los demás tienen que decir. Al mismo tiempo, el amor está dispuesto a amonestar a los que flaquean.

El amor rechaza la espiritualidad autónoma del tipo “estrella solitaria” o “hazlo por ti mismo”, pero valora la interdependencia del Cuerpo. El amor reconoce que por ser miembros los unos de los otros y porque poseemos el mismo linaje, nuestras acciones tienen un profundo efecto sobre los demás.

El amor reprueba el Cristianismo individualista y privatizado, pero afirma la necesidad que tiene de los otros miembros de Cristo.

El amor es a veces dulce, amable y agradable. Sin embargo, cuando enfrenta los horrores del pecado, puede ser penetrante, combativo e inflexible. El amor es paciente, respetuoso y gentil. Nunca es estridente, degradante o dictatorial. El amor repudia los reclamos ostentosos y engreídos de autoridad. En cambio, está marcado profundamente con humildad y mansedumbre.

El amor no es flácido o sentimental, sino profundamente perceptivo y perspicaz. El amor siempre ofrece sus recursos para ayudar a los demás, nunca manipula o impone su propia voluntad. El amor nunca fuerza, demanda u obliga.

El amor nos impele a aceptar la responsabilidad de ser los “guardas de nuestro hermano”, pero nos prohíbe que nos convirtamos en entrometidos impertinentes en sus vidas. En efecto, somos llamados a *representar* la voluntad del Espíritu Santo los unos a los otros. Sin embargo, ¡nunca somos llamados a *sustituir* Su Persona o *reemplazar* Su obra!

La sujeción mutua no es una licencia para investigar los asuntos íntimos de nuestros hermanos ¡para “asegurarse” de que están caminando rectamente! La Biblia jamás nos da libertad para examinar a nuestros hermanos acerca de sus inversiones financieras, cómo hacen el amor a su pareja, u otras áreas de intimidad.

Esta clase de investigación innecesaria -que se practica a guisa de la “responsabilidad que tenemos de dar cuentas”- forma parte de las cosas de que están hechas las sectas autoritarias. Esta manera de pensar finalmente convertirá a cualquier comunidad de creyentes en una olla de presión de inconformidad. (Por supuesto, si un creyente *desea voluntariamente* confiar a alguien más estos asuntos personales, eso ya es otra cosa. Pero se trata de una decisión, y no de una obligación).

Nunca debemos perder de vista el hecho de que la Biblia concede un alto valor a la libertad Cristiana individual, y a la privacidad (Rom. 14:1-12; Gál. 5:1; Col. 2:16; Stg. 4:11-12). Por consiguiente, el respeto por estas virtudes debe ser alto entre los creyentes. A menos que exista una buena razón para sospechar que un hermano o hermana está en pecado serio, es profundamente anticristiano husmear y entrometerse en sus asuntos familiares.

El NT nos advierte que no debemos “entrometernos en todo”. . . “hablando las cosas que no se deben” (1 Tim. 5:13; 1 Ped. 4:15). Por la misma razón, si un creyente está espiritualmente en aprietos -luchando con algún “pecado grave”, el amor demanda que busque y reciba ayuda de la iglesia.

En resumen, ya que la sujeción mutua siempre se expresa en amor, ésta genera una cultura de seguridad y salvaguarda espiritual. La sujeción mutua no es control, sino ayuda. Nunca debe congelarse en un sistema estático o formal. No es oficial, legal o mecánica. Más bien es funcional, espontánea y orgánica. Cada vez que se la transforma en una institución humana surge amenazador el peligro -¡no importa el nombre que se le ponga! Como cristianos, tenemos un instinto espiritual que nos permite someternos a la autoridad espiritual. Cuando nos sujetamos a ella, la iglesia siempre se beneficia.

Cada vez que invitamos a que otros entren a nuestra vida, dejamos abierta la puerta para que el Señor nos anime, motive y proteja. Es por esta razón que el libro de los Proverbios repetidamente acentúa que en “*la multitud de consejeros* hay seguridad” (Prov. 11:14; 15:22; 24:6). El amor, pues, es el paraguas Divino que nos proporciona protección espiritual. Gracias a Dios que no es tan estrecha como los corazones de algunos que están a su alcance. A fin de cuentas, solamente el amor tiene una “cobertura” de poder (Prov. 10:12; 17:9; 1 Ped. 4:8).

El Costo de la Sujeción Mutua

La sujeción mutua es radicalmente diferente de la subordinación unilateral a las estructuras autoritarias. Al mismo tiempo, ésta no debe confundirse con el igualitarismo altamente individualista, moralmente relativo y tolerante que distingue al pensamiento postmoderno.

La sujeción mutua es costosa. Enfrentémoslo. ¡A nuestros egos no les gusta sujetarse a nadie! Como criaturas caídas, queremos hacer lo que a *nuestros propios* ojos es correcto -sin la interferencia de los demás.

La inclinación a rechazar la autoridad orgánica está profundamente arraigada en nuestra naturaleza Adámica (Rom. 3:10-18). Recibir corrección, admonición y censura de otros mortales constituye una cruz difícil de llevar (Prov. 15:10; 17: 10; 27:5-6; 28:23). Es por esta razón que

la sumisión mutua sirve como antídoto a nuestra carne rebelde y a nuestra anárquica cultura.

Ejercer autoridad espiritual es igualmente doloroso. A menos que uno sea un “monstruo controlador”, la tarea de amonestar a los demás es difícil y riesgosa. La Escritura nos dice que un hermano que se ofende ¡es más difícil de ganar que una ciudad amurallada (Prov. 18:19)! De aquí que la dificultad de corregir a los demás, junto con el temor a la confrontación, hace muy penoso para nuestra carne obedecer al Señor en áreas donde debemos expresar Su autoridad.

Es mucho más fácil dejar pasar las cosas. Es mucho más sencillo orar por nuestros hermanos equivocados. Es mucho más difícil confrontarlos amorosamente.

Todo esto subraya el hecho asombroso de que el amor debe gobernar nuestra relación con los demás, porque que si amamos a los hermanos, nos sujetaremos a su consejo y amonestación. Asimismo, el amor nos constriñe a acercarnos a nuestros hermanos débiles en un espíritu de mansedumbre cuando necesitan nuestra ayuda (Gál. 6:1; Stg. 5:19-20). En el fondo, el camino del amor es siempre el camino de la cruz.

La Importancia de Conocer a Dios Como Comunidad

Ya que la sujeción mutua está enmarcada en el amor, tiene sus raíces en la misma naturaleza de la Deidad. Por naturaleza, Dios es Comunidad. El Dios único está hecho de una Comunidad de tres Personas que eternamente comparten sus vidas una con la otra. (A esta verdad se la conoce históricamente como *la Trinidad*).

Dentro de la Deidad, el Padre se derrama a Sí mismo en el Hijo. A su vez, el Hijo se da a Sí mismo sin reservas al Padre. El Espíritu, como Mediador, derrama uno en otro su mutuo amor. Dentro de esta danza Divina de amor, no existe jerarquía. Hay solamente comunión, sujeción y amor mutuos. (Juan 14:28 y 1 Cor. 11:3 no contradicen este principio, porque tienen a la vista la sujeción voluntaria del Hijo al Padre como la parte que le corresponde en esta relación de mutua sujeción).

El mutuo compartir que ocurre constantemente en la Deidad es la piedra angular del amor. De hecho, es la razón misma por la que Juan pudo decir que “Dios es amor” (1 Jn. 4:8). Si Dios no fuera Comunidad, no podría haber habido nadie a quien Él amara antes de la creación, porque el hecho de que amar requiere la presencia de dos o más personas.

La iglesia, es la comunidad del Rey. Como tal, está llamada a reflejar la relación recíproca de amor que se produce dentro de la Deidad. No hay jerarquía en la Deidad. Tampoco la hay en la *ekklesía*. Dentro de sus muros solamente hay sujeción mutua gobernada por un mutuo amor. Esto es así porque la iglesia vive por la vida Divina –la misma vida que existe en la Deidad (Juan 6:57; 17: 20-26; 2 Pe. 1:4).

El NT es muy explícito cuando usa el tema de la familia para aplicarlo a la iglesia. La iglesia es una amplia familia. Una comunidad que cara a cara comparte sus cargas uno con el otro, confiesa mutuamente sus pecados y conversa uno a otro sobre sus decisiones pendientes. Dentro del entorno familiar de la iglesia, la sujeción mutua crea unidad. Construye el amor. Provee estabilidad. Fomenta el crecimiento y da un significado más rico a la vida Cristiana.

Para decirlo de otro modo, la vida Cristiana nunca significó otra cosa que una relación permanente vivida cara a cara en comunidad. Ni puede ser vivida como es debido en cualquier otro ambiente. La *ekklesía* –la comunidad del Rey –es el hábitat natural del Cristiano.

Por contraste, en las jerarquías, la sujeción y la responsabilidad de dar cuentas son punitivas y legalistas. Éstas producen temor, dominación y control –todo esto era ajeno a la iglesia primitiva.

De esta manera, la sujeción mutua es un antiséptico contra el Nicolaismo (clericalismo) de mano dura. La sujeción mutua enfatiza poder *a favor de* y poder *entre*, en vez del poder *sobre*. Estimula la conciencia de que a todos se ha asignado poder, en vez de a unos pocos. Pone el acento en el valor de las relaciones en vez de los programas, la vinculación en vez de la separación, la conexión en vez de aislamiento, el organismo en vez de la organización, la participación en vez de la pasividad, la integración en vez de la fragmentación, la solidaridad en vez del individualismo, el espíritu de servicio en vez de la dominación, la interdependencia en vez de la independencia, y la riqueza interior en vez de la inseguridad.

Nuestra cultura estimula la confianza en uno mismo, el individualismo y la independencia, pero estas cosas son incompatibles con la ecología de la iglesia del NT. Ya que Dios es Comunidad, Sus hijos fueron diseñados para ser comunidad. Nuestra nueva naturaleza (por medio de la regeneración) nos llama a esto.

Nosotros los cristianos no somos seres aislados. Como el Dios Triuno, nosotros fuimos creados como una especie comunitaria (Ef. 4:24; Col. 3:10). Desarrollamos relaciones significativas con los demás. La doctrina

moderna de la “cobertura” oscurece esta luminosa visión, pero el principio de la sujeción mutua la pone en un marcado relieve.

En palabras sencillas, la naturaleza Trinitaria de Dios es fuente y modelo para toda comunidad humana. Y es dentro de la relación amorosa de la Deidad que el principio de la sujeción mutua encuentra su verdadero valor.

La sujeción mutua, por consiguiente, no es un concepto humano. Surge de la naturaleza comunitaria e interactiva del Dios eterno. Y es esta misma naturaleza que la *ekklesia* es llamada a llevar. De esta manera, la sujeción mutua nos capacita para contemplar el rostro de Cristo en la misma trama y urdimbre de la vida de la iglesia.

Tomando prestadas las palabras de John Howard Yoder, el concepto de autoridad y sumisión presentado en este capítulo puede resumirse de esta manera: “Otorga más autoridad a la iglesia que la que Roma da, confía más al Espíritu Santo que el Pentecostalismo, tiene más respeto por el individuo que el Humanismo, hace de los estándares morales algo más obligatorio que el Puritanismo, y está más abierta a cualquier situación dada que la ‘Nueva Moralidad’”.

CAPÍTULO 4

COBERTURA DENOMINACIONAL

El moderno sistema denominacional ha hecho que la división en el Cuerpo de Cristo sea algo aceptable. Muchos Cristianos creen que la denominaciones nos protegen del error. Pero esto es una ilusión.

“La “cobertura denominacional” está edificada sobre la idea supersticiosa de que si yo pertenezco a una denominación Cristiana, estoy de alguna manera “cubierto” o “protegido” mágicamente del error. Sin embargo, el hecho de que la gente en el sistema denominacional rutinariamente se extravía, es prueba de que esta idea es una farsa. La

noción de que “estoy cubierto” porque doy cuentas a un individuo o a alguna remota organización (como la iglesia Católica Romana da cuentas al Papa) es pura ficción.

La única protección del error está en someternos al Espíritu de la verdad en el Cuerpo de Cristo (1 Jn. 2:20,27). La idea de Dios con respecto a la responsabilidad de dar cuentas funciona de la persona al grupo de creyentes, ¡no de *persona* a persona! La protección espiritual viene de nuestra relación con el Espíritu y la conexión con otros Cristianos. Aquí radica el genio de la comunidad Cristiana.

Por contraste, el complicado y reglamentado sistema denominacional de dar cuentas al estilo arriba/abajo es un sustituto de la sujeción mutua. Para decirlo sin rodeos, el denominacionalismo oscurece la sujeción mutua en la neblina del clericalismo moderno y al calor de los debates entre facciones.

La Tiranía del Status Quo

Si usted duda de que el sistema denominacional está construido sobre la base de un control de dirección jerárquico, trate de cuestionarlo. Si lo hace, prepárese, porque pondrá en marcha los motores de la retórica clerical. Verá volar chispas.

La espantosa verdad es que los que cuestionan la autoridad eclesiástica hacen estremecer al sistema religioso. El resultado es que a menudo se les denigra y difama.

Si usted es uno de ellos, prepárese para que se le tilde de “hereje”, “agitador”, “perturbador”, “entremetido no autorizado” y “rebelde insumiso”. Semejante invocación de la retórica religiosa está planeada para sofocar la reflexión. Su propósito es quitar del camino a los que discrepan honestamente con el status quo.

Por consiguiente, la casa de Dios todavía sufre por causa de los que alimentan un espíritu de censura. Padece a manos de los que expulsan de la sinagoga del Señor a los que son preciosos a Sus ojos. Es atribulada por los que cierran la puerta de la casa a los miembros de la familia (3 Jn. 9-10).

Los que usurpan la autoridad se deshacen en elogios elocuentes ponderando cómo ellos salvaguardan a las ovejas de Dios de los peligros del aislamiento. Es cierto que las sectas se multiplican interminablemente

porque algunos se aíslan del Cuerpo de Cristo. Pero aquí está la ironía: ¡Las denominaciones hacen exactamente lo mismo!

La “cobertura denominacional” se parece muchísimo a la noción torcida de liderazgo amo/esclavo que distingue a las sectas modernas. En las denominaciones, los miembros siguen sin reservas a un solo líder u organización. Por el contrario, el principio Bíblico de la sujeción mutua enfatiza la sumisión de *los unos a los otros* de manera opuesta a la obediencia indisputable a un líder humano u organización jerárquica.

Para poner de relieve un punto aún más fino de este tema, la enseñanza de la “cobertura” se usa a menudo como un garrote para desechar a aquellos Cristianos que no se reúnen bajo una bandera denominacional. La “cobertura” constituye una arma en manos de grupos religiosos partidistas para asegurar el terreno teológico. Esta arma ha sido utilizada por la intolerancia y el fanatismo sectarios y ha provocado la fractura de la comunión del pueblo de Dios -cortando en pedazos al Cuerpo de Cristo- y reduciendo a astillas a la iglesia.

En una palabra, el moderno pantano denominacional ha contaminado el paisaje Cristiano, convirtiendo al “un Cuerpo” en una entidad trágicamente dividida con una tradición que lo estrangula. Los defensores del denominacionalismo creen que este sistema es útil. En su opinión, las diferentes denominaciones representan las distintas partes del Cuerpo de Cristo.

Pero el sistema denominacional es ajeno al NT e incompatible con la unidad Cristiana. Está basado en divisiones que son Bíblicamente injustificables (1 Cor. 1-3).

En efecto, el denominacionalismo se deriva de una visión fracturada del Cuerpo de Cristo. (Vea mi libro, *Repensando los Odres*, para mayores detalles).

El Gobierno de la “Iglesia Madre”

Cada iglesia nacida en los primeros diecisiete años a partir de Pentecostés fue engendrada de la iglesia de Jerusalén. Pero estas nuevas iglesias no tenían una relación formal ni subordinada con Jerusalén. En este respecto, el NT *siempre* describe iglesias autónomas (independientes) pero fraternalmente relacionadas.

Esto significa que en la mente de Dios, cada iglesia, es una en vida con todas las demás iglesias. Pero cada iglesia es independiente, se gobierna a

sí misma, y es responsable solamente ante Dios con respecto a sus decisiones. Por lo tanto, el concepto de una “iglesia madre” que gobierna o de una sede denominacional está basado en una interpretación acartonada de la Escritura. ¡Es burdamente partidista!

Nuestro Señor nunca quiso que las iglesias locales se agregaran a una sede denominacional, a una super federación o a una asociación diocesana. El principio Escritural afirma que cada iglesia es independiente en su supervisión y cuando toma decisiones. (Considere las palabras de nuestro Señor a las siete iglesias de Asia. Él trató a cada asamblea de acuerdo con sus problemas peculiares –Ap. 1-3).

Este principio también se subraya en las epístolas de Pablo. En ellas, el apóstol trata a cada iglesia como un organismo autónomo que se gobierna a sí mismo. De acuerdo a Pablo, cada iglesia es directamente responsable para con Dios y rinde cuentas directamente a Él (Efe. 5:24; Col. 1:9-10).

Por lo tanto, es un craso error tejer iglesias locales con el hilo del federalismo religioso. Lo cierto es que cada iglesia está bajo la misma Cabeza. Todas ellas son una en vida. Por esta razón, cada iglesia debe cooperar con las demás, aprender de ellas y ayudarse una a otra (Hech. 11:28-30; Rom. 15:25-29; 2 Cor. 8:1-14; 1 Tes. 2:14). Ésta era la práctica de las iglesias primitivas (Rom. 16:1; 1 Cor. 16:19; 2 Cor. 13:13; Fil. 4:22).

Al mismo tiempo, cada iglesia está obligada a abrazar la tradición que los apóstoles establecieron para “cada iglesia” (1 Cor. 4:16-17; 7:17; 11:16; 14:33; 16:1; 1 Tes. 2:14). Si una iglesia trabaja por su propia cuenta en una línea *meramente* individualista en lo que respecta a sus prácticas eclesíásticas, esto significará que se ha apartado del principio Divino.

De acuerdo al principio Divino, cada iglesia debe desarrollar su propia supervisión, ministerio y testimonio único. Por otra parte, debe haber relación espiritual y ayuda entre las iglesias.

Cada iglesia es responsable directamente a su Cabeza (Cristo) y está bajo Su control inmediato. Cada una mantiene una fuerte independencia local en sus asuntos. Esto significa, entre otras cosas, que es antibíblico que una iglesia dirija o discipline a otra iglesia. Asimismo, cada iglesia debe recibir ayuda y estímulo de otras iglesias.

En la mente de Dios, una iglesia no tiene derecho a regular, controlar o entrometerse en los asuntos, enseñanzas o prácticas de otra asamblea. El sistema denominacional viola todos estos principios.

La unidad y relación de las iglesias preserva el testimonio de que *el Cuerpo* es uno. La independencia y autonomía de las iglesias preserva el testimonio de que *la Cabeza* es soberana.

La Cuestión de Hechos 15

Como contra argumento, algunos han tratado de sacar de Hechos 15 el precedente Bíblico de una “iglesia madre” que gobierna. Pero un análisis cuidadoso de este texto muestra decisivamente que ésta es una aplicación injustificada que notoriamente no encaja con el resto del NT. En apariencia, podría parecer que Pablo y Bernabé fueron a la iglesia de Jerusalén porque ésta tenía una autoridad unilateral sobre cualquiera otra iglesia. Sin embargo, esta noción se viene abajo cuando el capítulo se lee en su conjunto.

Ésta es la historia. Algunos de la iglesia de Jerusalén llevaron una enseñanza errónea a la iglesia de Antioquia. Pablo y Bernabé fueron impulsados a visitar Jerusalén para arreglar el asunto. ¿Por qué? Porque la enseñanza se había originado en Jerusalén (Hech. 15:1-2,24).

Si la falsa enseñanza hubiera salido de la iglesia de Antioquia, Pablo y Bernabé habrían tratado el asunto allí. Pero, ya que la doctrina había salido de la iglesia de Jerusalén, los dos hombres fueron a Jerusalén a determinar quién había introducido la falsa enseñanza. También querían asegurarse de que los ancianos y los doce apóstoles no la avalaron.

A su llegada, aquellos miembros de la iglesia que habían enseñado la doctrina fueron identificados (15:4-5). Esto llevó a la iglesia a un concilio. El resultado fue que los santos de Jerusalén repudiaron públicamente la doctrina (15:6ss.).

La decisión alcanzada por el concilio, que incluyó la aprobación de los doce apóstoles, los ancianos y toda la iglesia, se hizo circular en las iglesias Gentiles. Esto se hizo por si algún día otras iglesias llegaran a enfrentar el mismo asunto perturbador. Esta decisión tenía la autoridad de Dios porque el Espíritu Santo la inspiró (15:28), y porque la iglesia la avaló (15:23,28,31).

Tratar de ver algo más en este relato evidencia el error de no tomar en cuenta seriamente los aspectos históricos específicos que están detrás de la narración. Es un ejemplo de cómo se pueden introducir los propios prejuicios en el texto en vez de adquirir sentido y dirección de él. Por consiguiente, la idea de una “iglesia madre” autoritativa carece de fondo Escritural, y el relato del primer siglo no la sustenta.

Sin duda, la iglesia de Jerusalén fue amada, apreciada y ayudada por las demás iglesias (Rom. 15:26-27; 2 Cor. 9:11-13). Pero no hay nada en el NT que nos lleve a creer que ésta poseía autoridad suprema, ni que todas las demás iglesias estaban subordinadas a ella. Por el contrario, cada iglesia era autónoma y directamente responsable a Dios. Ninguna iglesia estaba subordinada a otra.

El sistema denominacional es una mala copia del ejemplo Escritural y viola el principio espiritual. El denominacionalismo ha fragmentado el Cuerpo de Cristo a causa de su partidismo religioso. Ha alienado a la familia de Dios. Ha desintegrado la estructura de nuestra hermandad espiritual convirtiéndola en un interminable embrollo de partidos religiosos. Y ha engendrado en la familia de Cristo miles de clanes enfrentados uno contra otro.

El Denominacionalismo es Contraproducente

Otro problema que presenta el sistema denominacional moderno es que destroza lo que afirma proteger y preservar. ¡*Derriba* eficazmente lo que pretende *edificar*! El denominacionalismo Protestante, al igual que el celo sectario mal orientado que impulsa al Catolicismo Romano, se han deteriorado hasta convertirse en una institución humana que chasquea el látigo del despotismo ante sus disidentes. Defiende solícitamente a sus adeptos, y condena a otros por supuestas violaciones doctrinales.

Es por esta razón que Pablo se enciende contra los Cristianos de Corinto cuando se asignaban a sí mismos algún nombre y se deslindaban unos de otros en campos separados (1 Cor. 1:11-13; 3:3-4). Hoy en día no es menos escandaloso que violentamente se imponga a la familia de Dios la camisa de fuerza del partidismo denominacionalista.

Incidentalmente, muchas de las iglesias llamadas no-denominacionales, inter-denominacionales y post-denominacionales son tan jerárquicas y sectarias como las grandes y antiguas denominaciones. Éstas también pertenecen al “*sistema* denominacional”.

Es en verdad sorprendente que el sistema denominacional realmente perpetúe la herejía –la misma cosa que afirma refrenar. Vale la pena pensar en esto. Si se preservara la naturaleza autónoma de cada iglesia, la propagación del error sería casi siempre localizable. Pero cuando una sede denominacional se infecta de una falsa enseñanza, cada iglesia conectada con ella abraza la misma falsedad. ¡Es así como la herejía se difunde!

Cuando cada iglesia es autónoma, es difícil que algún falso maestro ambicioso surja y tome el control de un grupo de iglesias. También es virtualmente imposible que emerja la “figura de un Papa”. Pero no ocurre así en una denominación, donde todas las iglesias relacionadas están en pie o caen.

Puede demostrarse muy sólidamente que formar una denominación es cometer una herejía. El pecado de herejía [Griego: *haíresis*] consiste en seguir los propios dogmas. De este modo, una persona puede ser un hereje con respecto a la verdad si la usa para fracturar el Cuerpo de Cristo. Las denominaciones se forman cuando algunos se separan del Cuerpo de Cristo para seguir sus doctrinas o prácticas favoritas.

Mientras que la iglesia institucional puede jactarse de estar “cubierta” por una denominación, en realidad en ella se permite menos “dar cuentas” cara a cara que en las modernas iglesias moldeadas según el patrón del primer siglo. En la típica iglesia evangélica, se dice que el pastor “cubre” a la congregación. Pero en la mayoría de las iglesias de esta clase, ¡el grueso de la congregación apenas si conoce al pastor! (¡Y mucho menos se conocen unos a otros!).

No es raro que los “cristianos practicantes” apenas se dirijan tres frases en un típico servicio de Domingo por la mañana. Por el contrario, en una iglesia que sigue el modelo del NT, todos los hermanos se conocen íntimamente unos a otros, y esto incluye a los obreros extra locales que ayudan a la iglesia (1 Tes. 5:12a).

En resumen, la “cobertura denominacional” es artificial, y está confinada a los límites seguros de su propia inherente superficialidad. Por el contrario, el deseo de Dios es que Su pueblo encarne los valores de la vida y enseñanza de Su Hijo en una comunidad en la que pueden estar cara a cara íntimamente. De hecho, este deseo constituye lo más preciado de Su propósito eterno (Efe. 2:18-3:11).

En una palabra, la sujeción mutua preserva a la iglesia como una comunidad estrechamente unida. ¡La “cobertura” denominacional la convierte en una sociedad jerárquica!

Una Palabra Acerca de la Ortodoxia Cristiana

Es muy claro que el mero empleo de estructuras eclesiásticas tradicionales como el sistema del pastor del Protestantismo, el sistema sacerdotal del Catolicismo Romano y el sistema denominacional de la Cristiandad, jamás podrán salvaguardar al pueblo de Dios del error

doctrinal. Poniendo entre paréntesis el gran número de iglesias independientes que se han apartado de la ortodoxia Cristiana, muchas denominaciones guiadas por clérigos han seguido el mismo camino. Ejemplos de esto son la Sociedad de la Torre del Vigía [“Testigos de Jehová”], el Camino Internacional, La iglesia de la Unificación y los Santos de los Últimos Días [“Mormones”].

Además de la sujeción mutua, la enseñanza Cristiana histórica con respecto a las doctrinas esenciales de la fe juega un papel crucial guardando a la asamblea local en el sendero Escritural. A través de los siglos, los Cristianos han preservado las creencias medulares de nuestra fe. Estas creencias se han estructurado en forma de credos, en medio de una plétora de herejías doctrinales.

Credos como el de Nicea, el Credo de los Apóstoles y otros más, representan la voz unificada de la iglesia histórica con respecto a los elementos esenciales de nuestra fe. Dan testimonio de las verdades fundamentales del Cristianismo. Por ejemplo, que Jesucristo es Dios y hombre, que nació de una virgen, que fue crucificado por nuestros pecados, y que resucitó en forma corporal.

Estos credos no pertenecen a alguna denominación o tradición eclesiástica. Más bien, son la herencia de todos los creyentes genuinos. Reflejan adecuadamente la voz de la iglesia a lo largo de su historia. Sin duda, el lenguaje utilizado en estos credos es arcaico, pero su *significado* evidencia una sana enseñanza Bíblica.

Para decirlo de otro modo, los Credos Ecuménicos encarnan lo que C. S. Lewis llamaba *Cristianismo y nada más*, -“la creencia que ha sido común a casi todos los Cristianos en todos los tiempos”. (Una versión más antigua de la misma idea fue expresada por Vicent de Lérins con estas palabras:

“El Cristianismo es lo que ha sido conservado siempre, en todas partes y por todos”).

Mientras que los credos por sí mismos no son un disuasivo suficiente para no caer en el error doctrinal, sirven como signos que nos alertan si nos estamos desviando de la enseñanza Cristiana.

Aunque los credos no deben verse como declaraciones teológicas perfectas, funcionan como directrices históricamente probadas que orientan nuestra fe común. Los credos no sustituyen a la Escritura, ni están más allá de ser ampliados o mejorados. Pero cuando se los maneja adecuadamente, ayudan a salvaguardar la ortodoxia.

Por consiguiente, los credos históricos son instrumentos útiles que nos legaron nuestros antepasados espirituales en su búsqueda por seguir fielmente a Cristo. Es un grave error despreciar indiscriminadamente su contribución simplemente porque algunos de ellos formaron parte de la “iglesia organizada” de sus días.

No olvidemos que el mismo canon de la Escritura que todos tenemos en tan alta estima fue defendido y formalmente compilado por aquellos que estaban dentro de las estructuras eclesiásticas institucionales. Esto no les impidió unir sus voces a la voz de los apóstoles con respecto a los sagrados oráculos de Dios. Recordemos que el Cuerpo de Cristo incluye a *todos* los Cristianos de cualquier época -sin importar las estructuras eclesiásticas a las que hayan pertenecido.

El llamado a recobrar la ecología de la iglesia del NT no incluye una convocatoria a reinventar la rueda religiosa en cada tema teológico. Tampoco incluye un rechazo a todo lo que nos ha sido transmitido por nuestros antepasados espirituales.

Más bien, toma partido por toda voz del pasado que ha permanecido fiel a la revelación apostólica -no importa a qué segmento de la iglesia histórica pudo haber pertenecido. La iglesia primitiva estaba enraizada en el fértil suelo de la verdad Cristiana. Permanecer en ese suelo requiere que estemos sobre los hombros de los que han estado antes de nosotros.

CAPÍTULO 5

LA AUTORIDAD APOSTÓLICA

Si bien una discusión completa del ministerio del apóstol está más allá del alcance de este libro, el tratamiento que doy al tema de la anatomía de la autoridad apostólica me lleva a afirmar que los apóstoles todavía existen hoy en día. Sin duda, los doce apóstoles tienen un lugar único en la economía de Dios. (Luc. 22:30; Ap. 21:14). (Los doce incluyen a Matías, que reemplazó a Judas Iscariote –Hech. 1:26).

Sin embargo, la Escritura menciona a otros apóstoles aparte de los doce. Pablo y Bernabé (Hech. 14:4,14; 1 Cor. 9:1-6), Jacobo, el hermano del Señor (Gál. 1:19), Timoteo y Silas (1 Tes. 1:1; 2:6) son solamente algunos de los apóstoles que aparecen en las páginas del NT.

El ministerio apostólico, por lo tanto, continuó después de la muerte de los doce apóstoles originales. Este ministerio no desapareció después del primer siglo, ni fue transmitido formalmente a través de una jerarquía institucional.

Mientras que los apóstoles contemporáneos no están produciendo Escritura, todavía están comisionados Divinamente para edificar el Cuerpo de Cristo (1 Cor. 12:28-29; Efe. 4:11). La obra principal de un apóstol es levantar iglesias. Esto no significa que una iglesia no puede nacer sin la mano de un apóstol. Las iglesias de Antioquia de Siria, Cesárea, Tiro y Tolemaida no parecen haber sido fundadas por alguno.

Pero todas estas iglesias recibieron ayuda de un obrero apostólico después de su nacimiento. De hecho, *cada* iglesia que se menciona en el NT fue plantada o grandemente ayudada por un obrero apostólico.

Los obreros apostólicos no establecen misiones, denominaciones, grupos célula, organizaciones paraeclesiasísticas o “iglesias” institucionales. Ellos plantan solamente *ekklesías* que están cimentadas y sostenidas por Jesucristo -el Arquitecto Principal de la iglesia (1 Cor. 3:6-15).

Los obreros apostólicos son hermanos que poseen dones y que están comisionados especialmente por Dios para realizar este trabajo (Rom. 1:1; 1 Tim. 2:7; 2 Tim. 1:11). Éstos son aprobados y enviados a la obra por los creyentes, quienes les conocen íntimamente.

Considere Hech. 13:1-4:

Había en la iglesia que está en Antioquia, PROFETAS Y MAESTROS: Bernabé, Simón (el llamado Negro), Lucio (el cireneo), Manaén (colactáneo de Herodes el tetrarca), y Saulo. Estando éstos ministrando al Señor y ayunando, dijo el Espíritu Santo: APARTADME a Bernabé y a Saulo para LA OBRA a la que los he llamado. Entonces, habiendo ayunado y orado, les impusieron las manos y LOS DEJARON MARCHAR. Así que ellos, ENVIADOS POR EL SANTO ESPÍRITU, bajaron a Seleucia, y de allí navegaron a Chipre.

La comisión de un obrero apostólico es *personal*, pero el ser enviado es *corporativo*. Un obrero apostólico es, por lo general, un maestro, profeta o evangelista que ha sido llamado directamente por Dios a una obra regional. También es enviado públicamente por un grupo de creyentes locales.

Es esta comisión interna y separación externa lo que constituye a un obrero apostólico. Los obreros también pueden ser enviados por un obrero de más edad que los aconseja –1 Cor. 4:17; 2 Cor. 8:16-23; 12:18; Efe. 6:21-22; Col. 4:7-8; 1 Tes. 3:1-2; 2 Tim. 4:12; Tito 3:12-13).

De modo significativo, la palabra griega *apóstolos*, que se traduce “apóstol”, literalmente significa uno que es enviado. Por consiguiente, el NT no dice absolutamente nada acerca de un apóstol que se auto nombra o se envía a sí mismo.

Los obreros apostólicos, en el sentido Neotestamentario, son los que son *enviados*. Constituyen un grupo de gente itinerante y móvil, que evalúan la cultura, proclaman el evangelio, plantan y nutren *ekklesías*. Cómo realizan estas tareas y cuánta autoridad poseen son temas que consideraremos en este capítulo.

La Cuestión de la Cobertura Apostólica

La noción de la “cobertura apostólica” es semejante a la de “cobertura denominacional”, pero con un matiz propio. Dicha enseñanza sostiene que una iglesia está protegida del error doctrinal si se somete a un apóstol contemporáneo (= uno que planta iglesias). Esto se basa en la idea de que los obreros apostólicos tienen autoridad oficial para controlar y dirigir los asuntos de una iglesia.

La Biblia, sin embargo, se opone a esta idea. En ninguna parte del NT encontramos que un apóstol haya asumido la plena responsabilidad de una iglesia local, una vez que el fundamento ha sido puesto completamente. Antes bien, los apóstoles del NT reconocían y respetaban la autonomía espiritual de cada iglesia una vez que estaban establecidas.

Es cierto que la iglesia estaba en las manos del obrero durante el tiempo en que ponía el fundamento, pero la responsabilidad quedaba en las manos de la iglesia cuando éste se marchaba. ¡Y *siempre* se marchaba!

Al principio de la vida de una iglesia, la carga de la supervisión pertenece al obrero apostólico. Ésta pasa después a los ancianos, una vez

que ellos emergen. Los obreros apostólicos son responsables de sus propios ministerios regionales. La iglesia es responsable de sus propios asuntos locales.

Una vez más, cuando un obrero apostólico da nacimiento a una iglesia, ésta está en sus manos. Este período se asemeja a una fase de incubación. El obrero pasa algún tiempo ministrando a Cristo a los santos y equipándoles para el ministerio. Es por esta razón que Pablo alquiló una casa para realizar reuniones apostólicas junto con las reuniones de la iglesia (Hech. 28:30-31).

Hizo algo similar cuando estuvo en Efeso. Llevaba a cabo reuniones apostólicas en la escuela de Tirano mientras los creyentes locales se reunían en las casas (Hech. 19:9; 20:20; 1Cor. 16:19). Éstas reuniones apostólicas eran reuniones de *la obra*. Estaban planeadas para equipar a los santos para que funcionaran en la *iglesia*.

Pero una vez que el obrero ponía el fundamento y dejaba a los santos por su cuenta, delegaba toda la supervisión y la responsabilidad a los creyentes locales. De esta manera, los apóstoles del primer siglo nunca se establecían en una iglesia para controlar sus asuntos. Siempre se marchaban.

Aunque Pablo algunas veces pasaba un largo periodo de tiempo plantando una iglesia (en Corinto 18 meses y en Efeso 3 años), una vez que el fundamento estaba establecido, siempre dejaba a estas iglesias por su cuenta. Después de su partida, no se entrometía en los asuntos de la iglesia.

De la misma manera, Antioquia sirvió a Pablo como base de operaciones para sus dos primeros viajes apostólicos. Sin embargo, no ejerció ningún dominio sobre los asuntos de esta iglesia mientras estuvo allí. En Antioquia, Pablo era simplemente un hermano respetado. No era un apóstol para esa iglesia.

Esto explica por qué el NT menciona a los ancianos de Efeso, los ancianos de Jerusalén, los supervisores de Filipo, etcétera, pero nunca menciona a los apóstoles de esos lugares. Aunque los doce residían en Jerusalén como base de operaciones para su ministerio durante las épocas iniciales de la existencia de la iglesia, el NT jamás los llama “los apóstoles de Jerusalén”. Sin embargo, el ministerio de los obreros apostólicos complementa el ministerio de las iglesias.

El ministerio apostólico, o “la obra” (*érgon*) como la Biblia lo llama (Hech. 13:2; 14:26; 15:38), existe como una entidad separada de las

iglesias. La obra es regional. Las iglesias son locales. La obra era transitoria. Las iglesias están establecidas. La obra es una *asociación* itinerante. Las iglesias son *comunidades* residentes. Los obreros apostólicos son viajeros y no colonizadores. Son pioneros, gente que siempre está en movimiento.

Un estudio cuidadoso de los viajes apostólicos de Pablo revela el hecho sorprendente de que, por lo general, pasaba muy poco tiempo con las iglesias que plantaba. Como era su costumbre, Pablo pasaba varios meses estableciendo la planta baja de una comunidad de creyentes, sólo para dejarla por su cuenta por largos períodos de tiempo. Siempre estaba dispuesto a darles consejo (1 Cor. 7:1). También les visitaba periódicamente para comprobar su progreso y fortalecerlas (Hech. 15:36; 18:23; 2 Cor. 12:14; 13:1), pero no se hacía cargo de sus asuntos.

La práctica de dejar a las iglesias en su infancia nos deja ver el hecho sobrecogedor de que Pablo creía que la iglesia era un organismo viviente capaz de desarrollarse por sí mismo, por el poder de la vida de Dios. Sabía que cuando dejaba una iglesia, el Espíritu se quedaba con ella.

Al mismo tiempo, las iglesias que Pablo plantaba recibían ayuda de otras iglesias (Hch. 16:2; 1 Tes. 1:7-8). También estaban en contacto constante con él. De hecho, aún después de doce años, la iglesia en Filipo todavía necesitaba el ministerio espiritual de su apóstol fundador (Fil. 1:23-27).

Es absolutamente esencial que las modernas iglesias que se reúnen por las casas reciban el ministerio de los obreros apostólicos para que les ayuden. Cuando una iglesia no abre sus puertas para obtener ayuda exterior y se juzga a sí misma “autosuficiente” *por completo*, sufrirá una tremenda pérdida.

Las iglesias por las casas no deben aislarse y convertirse en isletas que viven para sí mismas. Hacer esto es cometer un suicidio espiritual (vea mi libro *Así que, ¿Quieres Comenzar una Iglesia Por las Casas?* para mayores detalles).

La obra existe a favor de las iglesias -no para su propio beneficio. De hecho, la obra produce iglesias. Al mismo tiempo, las iglesias producen obreros. (En el siglo I, cada apóstol, *en primer lugar*, era un hermano digno de confianza y bien conocido en la iglesia, antes de ser enviado). La obra nunca debe rivalizar, sustituir o eclipsar a la iglesia, porque la meta de la obra es establecer y fortalecer a las iglesias.

En una palabra, los apóstoles son responsables de plantar y nutrir a las iglesias en muchos lugares diferentes. Los apóstoles genuinos nunca se establecen permanentemente en las iglesias que plantan, ni asumen autoridad exclusiva sobre ellas. A este respecto, el rol pastoral moderno es una versión deformada de un apóstol *estacionario*. Semejante criatura es una contradicción Bíblica.

¿Plantadores de Iglesias o Suplantadores de Iglesias

Aunque los apóstoles eran siervos valiosos para las primeras iglesias, éstos no eran usurpadores (1 Cor. 4:1). No se conducían como presidentes ejecutivos o jefes distantes por encima de las asambleas.

Dicho de otra manera, los apóstoles del siglo primero eran *plantadores* - no *suplantadores* de iglesias. Eran asistentes, y no aristócratas espirituales. Eran siervos, no déspotas eclesiásticos. Eran instaladores de cimientos, no celebridades de altos vuelos. Los apóstoles del primer siglo instruían y persuadían a las iglesias, jamás las controlaban.

Mientras que hoy en día algunos han rodeado de glamour a la vocación apostólica, Pablo consideraba que los apóstoles eran “*necios. . débiles. . sin honor. . escoria del mundo. . desperdicio de todos*” (1 Cor. 4:9-13). Los verdaderos obreros, por lo tanto, no buscan la gloria. No tratan de impresionar a la gente (2 Cor. 11:5-6; 1 Tes. 2:5-6). No buscan ganancias financieras (2 Cor. 2:17; 11:9), ni dominar las vidas de los demás (2 Cor. 1:24).

Los verdaderos obreros no ostentan credenciales impresionantes (2 Cor. 3:1-3). No afirman poseer una herencia superior (2 Cor. 11:21-22), ni se jactan de experiencias espirituales extraordinarias (2 Cor. 10:12-15; 11:16-19; 12:1,12).

Para Pablo, los obreros apostólicos no son elitistas espirituales que se autoproclaman o promueven a sí mismos. Por el contrario, ¡son los que quitan con pala el estiércol después que termina el desfile! Son los que derraman su sangre por las iglesias. Como todo líder verdadero, a los obreros apostólicos siempre se les encuentra sirviendo discretamente a cualquiera y a todos que están en necesidad.

Adueñarse del poder y ejercer la propia autoridad sobre los demás no es apostolado. Es nada más un refrito rancio de otra versión de opresión. Los verdaderos obreros son ante todo siervos.

El sello de un verdadero obrero apostólico es sencillamente éste: planta *ekklesías* según el NT que sobreviven en su ausencia (1 Cor. 9:2; 2 Cor. 3:1-2). Todo esto coincide con la práctica de Pablo -cuyo ministerio apostólico recibe enorme atención en el NT.

En vez de utilizar metáforas imperiales, Pablo toma metáforas de la familia para describir la relación que tenía con las iglesias a las que servía. Para las iglesias, Pablo no es un señor, amo o rey. Él es como un padre, una madre y una nodriza (1 Cor. 3:2; 4:14-15; 2 Cor. 12:14; Gál. 4:19; 1 Tes. 2:7,11).

Asimismo, las alusiones persuasivas que impregnan sus cartas, muestran que trataba a las iglesias como un padre lo haría con sus hijos *adultos*, y no como a niños pequeños. Como padre, daba su opinión acerca de los asuntos de la iglesia, pero no emitía decretos unilaterales.

La carta de 1 Corintios es un claro ejemplo de esta orientación. Alcanza su punto crítico cuando Pablo ofrece su consejo con respecto a cómo tratar a un hermano que había cometido incesto. Convoca a toda la iglesia para que lo discipline (1 Cor. 5:1-13).

En efecto, las iglesias que plantó, progresivamente dejaron de depender de él y crecieron en su dependencia de Cristo (1 Cor. 2:1-5). Pablo les exhortaba a andar por este camino (1 Cor. 14:20; Efe. 4:14).

El Método Paulino de Plantar y Nutrir Iglesias

Una de las características más dinámicas del método de plantar iglesias de Pablo era su constante sujeción a los demás Cristianos. Desde el comienzo de su conversión aprendió a depender de la provisión espiritual de sus hermanos. Su primera lección de sujeción al Cuerpo, vino de Ananías. Ananías fue el hermano de cuyas manos recibió el Espíritu y una confirmación de su llamado (Hech. 9:17-19; 22:12-16).

Posteriormente, fue enviado por los creyentes de Berea (Hech. 17:14). Fue fortalecido por sus colaboradores en Corinto (Hech. 18:5), refrenado por los santos de Efeso (Hech. 19:30), y también fue aconsejado por los hermanos de Jerusalén (Hech. 21:23). En una palabra, Pablo sabía cómo enriquecer su espíritu y recibir ayuda de los demás (Rom. 15:32; 1 Cor. 16:18; Fil. 2:19; 2 Tim. 1:16).

Aunque estaba provisto ciertamente de una madura historia espiritual y muchos dones poderosos, Pablo entendía su autoridad como funcional y relacional -no oficial o sacralizada. Para el apóstol, la autoridad espiritual

estaba cimentada en la aprobación del Señor, y no en algún oficio formal (2 Cor. 10:18).

Esto explica por qué Pablo siempre buscaba *persuadir* a las iglesias con respecto a la mente de Dios, en vez de promulgar mandamientos imperiales. De hecho, las dos palabras favoritas de Pablo para dirigirse a los santos son *parakaleín* y *erotáo*. *Parakaleín* denota una súplica. *Erotáo* significa una petición hecha entre iguales.

En el mismo sentido, Pablo se abstenía de usar el muy fuerte vocablo *epitagí* (= mandamiento) para ordenar que se le obedeciera. Consideremos los textos siguientes:

Esto lo digo como concesión, NO COMO MANDATO. (1 Cor. 7:6)

Acerca de las doncellas, NO TENGO MANDAMIENTO DEL SEÑOR, PERO DOY MI OPINIÓN como quien ha alcanzado misericordia del Señor para ser fiel. (1 Cor. 7:25)

NO LO DIGO COMO MANDAMIENTO, sino para probar también, por medio de la solicitud de otros, vuestro amor genuino. (2 Cor. 8:8)

Por lo cual, aunque tengo mucha franqueza en Cristo para mandarte lo que es apropiado, MÁS BIEN TE RUEGO A CAUSA DEL AMOR. (Film. 8-9)

Cuando Pablo llamó a los creyentes a la acción o a que tuvieran la actitud adecuada, le hayamos “rogando”, “suplicando”, “rogando con insistencia”, “implorando” y “pidiendo” en vez de promulgando decretos autoritarios. Las epístolas de Pablo están salpicadas de esta clase de tono cooperativo (vea Rom. 12:1; 15:30; 16:1-2,17; 1 Cor. 1:10; 4:16; 16:12,15; 2 Cor. 2:8; 5:20; 6:1; 8:6; 9:5; 10:1-2; 12:18; Gál. 4:12; Efe. 3:13; 4:1; Fil. 4:2-3; 1 Tes. 2:3,12; 4:1,10; 5:12,14; 2 Tes. 2:1; 3:14-15; 1 Tim. 1:3; 2:1; Film. 9-10, 14).

Para Pablo, el consentimiento voluntario de su audiencia y la internalización de la verdad era mucho más deseable que una obediencia nominal a las cosas que escribió. A veces, cuando su tono era necesariamente severo, exhortaba y recomendaba que los santos obedecieran a Cristo, y no a él (Rom. 1:5; 16:19,26; 2 Cor. 2:9; Fil. 2:12).

En raras ocasiones mandaba (*paraggéllo*) que se obedeciera a las cosas que había escrito (1 Tes. 4:11; 2 Tes. 3:4,6,10,14). Pero el objeto de la

obediencia no era Pablo como persona, sino Cristo, cuyo pensamiento estaba expresando en ese momento.

Dicho de otra manera, cada vez que Pablo manifestaba la mente de Cristo, sus palabras eran *autoritativas*, si bien él nunca se mostró *autoritario*. Considere los siguientes textos:

Yo sé, y he sido persuadido POR EL SEÑOR JESÚS, de que nada es inmundo en sí mismo. . (Rom. 14:14)

Y a los que se han casado, ordeno, NO YO, SINO EL SEÑOR. . . . (1 Cor. 7:10)

Si alguno supone que es profeta o espiritual, reconozca lo que escribo, PORQUE ES MANDAMIENTO DEL SEÑOR. (1 Cor. 14:37)

Porque no somos como muchos que negocian por lucro con la Palabra de Dios, sino con sinceridad, más bien COMO DE PARTE DE DIOS, EN PRESENCIA DE DIOS, HABLAMOS EN CRISTO. (2 Cor. 2:17)

PORQUE NO NOS PREDICAMOS A NOSOTROS MISMOS, SINO A JESUCRISTO COMO SEÑOR; y a nosotros mismos como siervos vuestros por causa de Jesús. (2 Cor. 4:5)

Todo este tiempo habréis estado pensando que hacemos nuestra defensa ante vosotros. DELANTE DE DIOS ESTAMOS HABLANDO EN CRISTO; Y TODO, AMADOS, PARA VUESTRA EDIFICACIÓN. (2 Cor. 12:19)

Puesto que buscáis UNA EVIDENCIA DEL QUE HABLA POR MÍ, DE CRISTO, el cual no es débil con respecto a vosotros, sino poderoso en vosotros; y ciertamente fue crucificado por causa de debilidad, pero vive por el poder de Dios. En verdad, también nosotros somos débiles en Él, mas VIVIREMOS CON ÉL POR EL PODER DE DIOS PARA CON VOSOTROS (2 Cor. 13:3-4)

Y por esto, también nosotros damos gracias a Dios siempre, de que habiendo recibido la palabra de la predicación de Dios, la acogisteis NO COMO PALABRA DE HOMBRES, SINO TAL COMO ES EN VERDAD, PALABRA DE DIOS. . . . (1 Tes. 2:13)

Porque sabéis qué mandatos os dimos EN NOMBRE DEL SEÑOR JESÚS. (1 Tes. 4:2)

Porque esto os decimos POR PALABRA DEL SEÑOR. . . . (1 Tes. 4:15)

A los tales, ahora ordenamos y exhortamos EN EL SEÑOR JESUCRISTO . . . (2 Tes. 3.12)

Así que Pablo no era una personalidad autoritaria, ni trabajaba por su cuenta. De su propia boca dejó en claro que no consideraba su llamado apostólico como una licencia para ejercer dominio sobre los asuntos de las iglesias. Nunca sacó ventaja de su derecho como apóstol obteniendo ayuda económica de los que servía (1 Cor. 9:1-19).

De hecho, su principio inalterable era no aceptar dinero de las iglesias que auxiliaba. Solamente aceptaba ayuda financiera de creyentes de otras localidades, para no ser una carga a los que eran los recipientes de su ayuda inmediata (2 Cor. 11:7-9).

En efecto, todo el panorama de la autoridad apostólica de Pablo se cristaliza en esta máxima, *“No es que pretendamos dominar sobre vuestra fe, sino que contribuimos a vuestro gozo... (2 Cor. 1:24 BJ). Eugene Peterson parafrasea este pasaje de la siguiente manera: No estamos a cargo de supervisar cómo viven ustedes la fe, vigilando por encima de sus hombros, recelosamente críticos. Somos compañeros suyos que trabajamos a su lado en gozosa expectativa. Yo sé que ustedes están sostenidos por su propia fe, no por la nuestra.*

En este sentido, Pablo difería inmensamente de sus adversarios (2 Cor. 11:19-21).

La Fuente de la Autoridad de Pablo

La autoridad que Pablo tenía estaba ligada a su capacidad para hablar la palabra del Señor a las comunidades que fundaba; era una autoridad dada “para edificación y no para destrucción” (2 Cor. 10:8; 13:10).

Por tanto, siempre ejercía autoridad con el único propósito para el que le fue dada - para edificar a los santos. Nunca abusó de ella para obtener un lugar prominente, poder terrenal o ventaja material.

Pablo reconocía que la fuente de su autoridad era Cristo mismo, tal y como está encarnado en el evangelio. Esto explica por qué invitaba con firmeza a los santos a que juzgaran lo que decía (1 Cor. 10:15; 11:13; 1 Tes. 5:21) y les apremiaba a que rechazaran su mensaje si no estaba de acuerdo con el evangelio (Gál. 1:8-9).

De la misma manera, todos los autores del NT exhortan firmemente a las iglesias a que obedezcan la verdad viva del evangelio tal y como se encuentra en Jesucristo. No debemos obedecer a pie juntillas las palabras de simples hombres (Rom. 6:17; 10:16; Gál. 3:1; 5:7; Tito 1:14).

Pablo esperaba que las iglesias le escucharan en la medida en que sus palabras reflejaran el evangelio de Cristo (Gál. 1:9) y estuvieran en armonía con el Espíritu (1 Cor. 7:40). Sin duda, Pablo se vio obligado a censurar a las iglesias de vez en cuando. Pero siempre encontraba difícil tomar esta acción.

Su reticencia a reconvenirles se deja ver en su correspondencia a los Corintios. Allí descubrimos que prefería ir a ellos con un espíritu apacible que con una palabra de reprensión (1 Cor. 4:21b). Sin embargo, cuando tenía que dirigirse severamente a ellos, lo hacía con mucha angustia de corazón (2 Cor. 2:4). (A propósito, la “vara” de Pablo en 1 Cor. 4:21 es una metáfora de reproche y no un signo de subordinación forzada o de autoridad unilateral –2 Cor. 10:3-6).

El amor que Pablo tenía por los Corintios rebosaba de tal compasión paternal que después de escribirles, temía que sus palabras fueran demasiado fuertes para ser soportadas (2 Cor. 7:8). La motivación arrolladora que llevaba a Pablo a trabajar incansablemente y a sufrir por las iglesias era el amor incomparable que tenía por sus almas (2 Cor. 12:15; Fil. 2:17-21; Col. 1:24; 1 Tes. 2:8).

Ya que Pablo hablaba constantemente la palabra del Señor, podía decir que los que rechazaban sus palabras no le rechazaban a él, sino a Cristo (1 Tes. 4:8), porque para el apóstol, “Dios os da su Espíritu Santo” (1 Tes. 4:8b). Sin embargo, aun en aquellos días en que la palabra del Señor estaba en su boca, deseaba que los creyentes reconocieran que lo que les comunicaba era el pensamiento del Señor y no el suyo propio (1 Cor. 14:37-38).

No cabe la menor duda que Pablo apelaba a su servicio fiel como una base para la confianza de los santos (1 Cor. 4:1-5; 7:25; 15:10; 2 Cor. 1:12; 4:1-2). Aún así, Pablo parecía estar más interesado en hacer que sus conversos imitaran su caminar en vez de que obedecieran sus palabras (1 Cor. 4:16; Gál. 4:12; Fil. 3:17; 4:9; 2 Tes. 3:7). La razón por la que podía presentarse como modelo para que los demás lo siguieran era que su vida era un reflejo de la de su Señor (Hech. 20:34-35; 1 Cor. 11:1).

Todos estos hechos nos permiten afirmar que la *fuentes* de la autoridad espiritual es Cristo. El *medio* de la autoridad espiritual es la palabra de

Dios. El *ejercicio* de la autoridad espiritual es el quebrantamiento y el servicio, y la *meta* de la autoridad espiritual es la edificación espiritual.

En la mente de Dios, la autoridad y el espíritu de la cruz van mano con mano, y este principio es evidente en todo el ministerio apostólico de Pablo.

Debe entenderse que los documentos canónicos (Bíblicos) que Pablo y los demás apóstoles escribieron son inspirados y autoritativos por derecho propio. Éstos encarnan la voz de Dios en santa Escritura. Sin embargo, en este capítulo, hemos estado examinando sus escritos con un ojo puesto en la relación que hay entre obrero e iglesia. Cuando consideramos las cartas de Pablo a través de estos lentes, descubrimos que él no fue autoritario.

Los Demás Apóstoles No Fueron Autoritarios

Consideremos ahora cómo otros apóstoles del siglo primero vieron la autoridad espiritual. Timoteo, al igual que Pablo, no fue autoritario. Pablo nunca autorizó a su joven colaborador Timoteo para que ejerciera poder formal sobre los santos. Más bien lo animó a que “exhortara” a los santos con mansedumbre. También lo instruyó para que cultivara relaciones de tipo familiar con la iglesia (1 Tim 5:1-2; 2 Tim.2:24-25; 4:2).

En cierto lugar, Pablo lo adiestra con estas palabras: “Estas cosas tienes que mandar (*paraggéllo*) y enseñar” (1 Tim. 4:11 VP). Pero las *cosas* que Pablo exhorta a Timoteo a que “mande” son las palabras del Espíritu (4:1) que están informadas de la sana doctrina (4:6). Como Pablo, Timoteo trabajó *con* la gente, no *sobre* ella.

El consejo que Pablo le da a Tito es similar. En Tito 2:15 el encargo de Pablo para que “enseñara, exhortara y reprendiera *estas cosas* con toda autoridad (*epitagi*)” debe entenderse en el telón de fondo de su mandato anterior. Ese mandato era: “Pero tú habla lo que conviene a la sana doctrina” (Tito 2:1).

En otras palabras, Tito era libre de hablar autoritativamente, reprender y exhortar con respecto a aquellas cosas que reflejan la sana enseñanza de Jesucristo. (Porque la autoridad está investida de ésta última).

Las cartas de Juan respiran el mismo aire no autoritario. Del mismo modo que Pablo, Juan no se entrometió en los asuntos de la iglesia, ni reclamó algún derecho para gobernar a los santos. Cuando Diótrefes usurpaba la autoridad en una iglesia, Juan no lo obligó a salir de ella. Más

bien, animó a los santos a que no fueran tras los que hacen el mal (3 Jn. 9-11).

Juan reconoce que no tiene mandamiento nuevo que dar (1 Jn. 2:7; 2 Jn. 5-6). En cambio, señala al nuevo mandamiento de Cristo –que es el amor. En todo esto vemos que la perspectiva de Juan acerca de la autoridad es muy Paulina.

Una vez más, la inevitable conclusión de todo esto es que los obreros apostólicos no tienen autoridad oficial sobre las iglesias. No asumen posesión formal de las iglesias, ni las convierten en franquicias (o denominaciones virtuales) de sus propios ministerios especiales.

Los obreros apostólicos, si son auténticos, utilizan sus ministerios para servir a las iglesias. ¡No usan a las iglesias para construir sus ministerios!

El ministerio del apóstol del primer siglo, entonces, era un servicio y no una expresión de dominio. Es por esta razón que Pablo se refiere a las iglesias que plantaba en términos explícitamente no jerárquicos. Les llamaba “hermanos” y “partícipes” en el ministerio (2 Cor.5:20-6:1; 7:3; Fil. 1:5,7; 2:17). Cuando se dirigía a ellos, no les hablaba como si estuviera por encima de ellos -sino como a un igual. (1 Cor. 5:2-3; Col. 2:5).

De este modo, los apóstoles del NT no controlaban a las iglesias, ni las iglesias controlaban a los apóstoles. Las palabras de Pablo en Gálatas 4:12 captan el espíritu de su mentalidad cooperativa y relacional: “*Haceos como yo, pues yo también me he hecho como vosotros*” (BA).

La Confianza de Pablo en las Iglesias

A diferencia del clero moderno, Pablo tenía gran confianza en las iglesias que plantaba. Estaba seguro de que las comunidades de fe obedecerían a Dios. También tenía confianza en que funcionarían adecuadamente en su ausencia. Considere los siguientes textos:

Yo tengo CONFIANZA RESPECTO A VOSOTROS EN EL SEÑOR de que no optaréis por otro punto de vista. (Gál. 5:10, BA)

ESTAMOS CONFIADOS EN EL SEÑOR ACERCA DE VOSOTROS, de que hacéis y haréis lo que mandamos. (2 Tes. 3:4)

ESTANDO CONFIADO EN TODOS VOSOTROS de que mi gozo es el de todos vosotros. (2 Cor. 2:3)

Me regocijo DE QUE EN TODO PUEDO CONFIAR EN VOSOTROS. (2 Cor. 7:16)

Y enviamos con ellos a nuestro hermano, al cual muchas veces hemos probado en muchas cosas, que es diligente; pero ahora mucho más diligente que nunca, POR LA MUCHA CONFIANZA EN VOSOTROS. (2 Cor. 8:22)

Pero, hermanos míos, AUN YO MISMO HE SIDO PERSUADIDO ACERCA DE VOSOTROS, DE QUE TAMBIÉN VOSOTROS mismos estáis llenos de bondad, llenos de todo conocimiento, siendo también capaces de amonestaros los unos a los otros. (Rom. 15:14)

PERSUADIDO DE TU OBEDIENCIA te escribí, sabiendo que también harás más de lo que digo. (Film. 21)

ESTANDO PERSUADIDO DE ESTO: el que comenzó en vosotros la buena obra, la llevará a cabo hasta el día de Cristo Jesús. (Fil. 1:6)

Pero EN CUANTO A VOSOTROS, amados, aunque hablamos así, HEMOS SIDO PERSUADIDOS DE COSAS MEJORES, y que tienen salvación. (Heb. 6:9)

Aun en medio de las reuniones caóticas en Corinto, Pablo ni una sola vez trató de estrangular las reuniones abiertas y participativas de la iglesia, ni prohibió a los hermanos que ejercitaran sus dones. Por el contrario, les dio amplias directrices para facilitar el orden en sus reuniones, y confiaba en que ellos se adherirían a ellas (1 Cor. 14:1ss.).

A diferencia de los modernos líderes clericales que creen que no pueden “permitir” que los hermanos (en sus congregaciones) funcionen libremente en la medida de sus dones para que no “se salgan de control”, el pensamiento de Pablo discurre en una dirección radicalmente diferente.

Primero, Pablo no se ve a sí mismo con el derecho de “prohibir” o “permitir” que el pueblo de Dios funcione en la iglesia. ¡Ningún hombre tiene este derecho!

Segundo, Pablo tenía una confianza total en su ministerio. Tan grande era que confiaba en que las iglesias podían tener reuniones participativas abiertas sin *ninguna* actividad humana de carácter oficial, ¡incluyendo la

suya! Pablo edificó bien. Trabajó equipando a los santos para que funcionaran en su ausencia.

En marcado contraste, cuando los modernos líderes clericales expresan su falta de confianza en el pueblo de Dios para ministrar eficazmente en una reunión abierta de la iglesia, ¿están reprobando sus propios ministerios! Porque nada puede probar mejor la calidad del equipamiento de los santos, que cuando tienen que ministrarse unos a otros en una reunión participativa abierta.

Cuando vemos el panorama Cristiano desde esta perspectiva, está por demás decir que los creyentes jamás podrán estar verdaderamente equipados ¡predicándoles sermones de 45 minutos cada Domingo! Escuchar sermones mientras se está congelado en las bancas, lejos de generar desarrollo espiritual, da lugar a un sacerdocio apagado y silente. (Para mayores detalles acerca de la reunión de una iglesia en el primer siglo, vea *Repensando los Odres*).

La Relación de Pablo Con Sus Colaboradores

Pasemos ahora a considerar la relación que Pablo tenía con sus colaboradores. ¿Cómo trataba Pablo a los hermanos que eran parte de su equipo apostólico?

La autoridad Divina se expresaba dentro de la esfera de la obra apostólica y Pablo era indudablemente el centro de su grupo. (Note que Pablo y los otros obreros no andaban cada uno por su cuenta. Siempre se movían en asociación con un círculo de colaboradores. Esto jamás ocurre con los “apóstoles” auto designados de nuestros días).

Es evidente que Pablo asumió la responsabilidad de la dirección de la obra y no tenía problemas para administrar los movimientos de sus colaboradores (Hech. 16:1-4, 9-10; 17:15; 19:21-22; 20:3-5,13-15; 1 Cor. 4:17; 2 Cor. 8:18-23; Fil. 2:19,23,25,28; Efe. 6:21-22; Fil. 2:19,23,25,28; Col. 4:8-9; 2 Tim. 4:9-13, 20-22; Tito 1:5; 3:12-13). Sin embargo, entre sus compañeros no operaba un sistema jerárquico fijo. ¡Pablo no era presidente ni director en jefe de la obra!

Por esta razón, nunca vemos a Pablo demandar obediencia ciega de sus colaboradores. Como ocurría con las iglesias, buscaba el consentimiento voluntario de sus colegas siempre que solicitaba algo de ellos (1 Cor. 16:10-12; 2 Cor. 8:6,16-18; 9:5; 12:18; Fil. 2:22-23).

A veces, Pablo mismo se sujetaba a los deseos de sus compañeros obreros (1 Cor. 16:12), y les permitía disentir de él (Hech. 15:36-41). El envío de Tito que se menciona en 2 Corintios 8:17 subraya la relación participativa que Pablo tenía con sus colaboradores: “*De hecho, cuando accedió [Tito] a nuestra petición de ir a verlos, lo hizo con mucho entusiasmo y por su propia voluntad*”.

Pablo tomó la dirección en la esfera de su obra apostólica no porque tenía una posición más alta en la pirámide eclesiástica, sino por la sencilla razón de que era espiritualmente más maduro que sus colaboradores. No fue autoritarismo, sino cooperación lo que caracterizó el trato de Pablo con ellos.

Ya que Pablo ejercía autoridad espiritual en la obra, la sujeción en su círculo era voluntaria y personal, nunca formal u oficial. Es sorprendente que Pablo no consideraba que los doce apóstoles originales tenían alguna clase de autoridad jerárquica sobre él. Tampoco mostró alguna deferencia hacia el status “apostólico” (Gál. 2:6-9). Recordemos que en una ocasión reprendió en público a uno de los apóstoles más prominentes cuando una verdad esencial estaba en juego (Gál. 2:11-21).

Los Apóstoles Dependían del Cuerpo

La noción que sostiene que los obreros apostólicos tenían autoridad de gobierno sobre las iglesias locales es inadmisibles. Lo mismo ocurre con la idea de que algunos obreros tenían autoridad oficial sobre otros obreros. Estas ideas son una invención de la mente natural y están en desacuerdo con la práctica concreta de Pablo.

Los obreros apostólicos, así como los otros ministerios en el Cuerpo de Cristo, dependen *del Cuerpo* para que reciban la plenitud de Cristo. Esto es evidente a partir de las palabras de apertura de la carta a los Romanos. Pablo afirma allí que estaba deseoso no sólo de bendecirles por medio de los dones que tenía (1:11), sino de recibir ayuda de ellos a través de los dones que poseían (1:12; 15:32).

Haremos bien en recordar que Dios siempre ha condenado la independencia y el individualismo. La dependencia en Dios no nos hace independientes a unos de otros.

El Señor nunca ha permitido a Su pueblo que “cada uno haga lo que mejor le parece” (Deut. 12:8), porque “el que vive apartado *busca su capricho*; se enfada por cualquier consejo” (Prov. 18:1 BJ).

Dios, por lo tanto, no ha confinado a ninguno de nosotros, incluyendo a los obreros, en el pequeño cubículo de nuestra propia existencia en donde podemos escoger nuestro propio camino. Los que imaginan que su relación con el Señor es completamente vertical (“yo y Jesús nada más”) están engañados y cumplen las palabras de la Escritura: *“El camino del necio es derecho en su opinión; mas el que obedece al consejo es sabio”* (Prov. 12:15 RVR-1960).

No importa qué tan espiritual sea un creyente, no está exento de la necesidad del suministro de sus hermanos y hermanas en Cristo. Aún el poderoso Moisés necesitó de la ayuda de Aarón y de Hur para fortalecer sus brazos en el día malo (Éxo. 17:10-13).

Todo lo que hemos dicho aquí no equivale a negar el hecho de que los obreros apostólicos poseen autoridad espiritual, porque la tienen. Pero una vez más, la autoridad espiritual es algo muy diferente a la autoridad posicional/jerárquica.

En el Señor hay autoridad, pero ésta está vinculada a la función, y no al oficio. Hay una tremenda diferencia entre reaccionar a la función y reaccionar al oficio. El oficio separa a los hermanos. Pero la función conferida por el Espíritu, los edifica y los une.

Como hemos visto, las cartas de Pablo muestran una mentalidad no autoritaria, y están saturadas de un tono cooperativo. Con todo, ya que muchos Cristianos modernos vienen al NT con la idea preconcebida de que los apóstoles tienen una tremenda autoridad delegada, pasan por alto el sentido no autoritario que fluye libremente de la pluma de Pablo. Por esta razón, la noción popular de nuestros días acerca de la autoridad apostólica, indiscutiblemente no es Paulina.

El Ministerio Apostólico Hoy

No escasean los “apóstoles” post-Paulinos auto llamados y autoproclamados que corren de un lado a otro en la iglesia de hoy. Éstos promulgan decretos autoritarios, reclaman seguidores y construyen imperios Cristianos. Como resultado, muchos Cristianos perspicaces han concluido que los apóstoles ya no existen más.

Sea notorio, sin embargo, que Dios *ha levantado* genuinos obreros apostólicos en este siglo. Éstos son los que han caminado -y *están caminando*- en el espíritu de Pablo. Como sucede con Pablo, estos obreros no están interesados en construir imperios Cristianos ni en iniciar

movimientos. Tampoco ambicionan alcanzar un status de celebridad (1 Cor. 1:13; 3:7,21).

¿A qué se parece, pues, un obrero apostólico contemporáneo? Si tú formas parte de la escena de la iglesia institucional, probablemente nunca has visto uno. Sí, sin duda has visto a los que afirman ser apóstoles. Por lo menos, has oído de hombres a los que otros adornan con la palabra “apóstol”. Sin embargo, éstos a menudo carecen de la competencia de un verdadero obrero.

A modo de contraste, los verdaderos obreros son los que se *ocultan* a sí mismos y no los que *se meten a empujones*. Su obra en gran parte no se ve. Su servicio pasa frecuentemente desapercibido. ¡Los obreros verdaderos no edifican denominaciones, programas, misiones, edificios u organizaciones paraeclesiales! ¡Ellos edifican exclusivamente la *ekklesia* de Jesucristo! (Note que Dios usa al humilde de corazón para construir Su casa –Isa. 66:1-2).

Y lo que es más, ¡no andan anunciando que son apóstoles! De hecho, es muy probable que ni siquiera les guste este término. Y ya que no forman parte de las últimas novedades espirituales, no los encontrarás figurando en alguna iglesia organizada o movimiento. Tampoco los verás (normalmente) en los tabloides Cristianos.

Mientras que éstos son menores en número que los extravagantes y llamativos “super apóstoles” de nuestro tiempo, los verdaderos obreros incursionan cada vez más profundamente en el eterno propósito de Dios en Cristo. Esto se debe a que están edificando *Su iglesia a Su manera*.

Todo esto se traduce en la siguiente fórmula sencilla: Los Cristianos modernos deben ser *sabedores* de su necesidad del ministerio apostólico, *generosos* en el sostén de los obreros apostólicos y, sin embargo, *cautos* con respecto a los que reclaman poseer status apostólico.

CAPÍTULO 6

RESUMEN Y CONCLUSIÓN

Cuando nuestro Señor estaba en la tierra, los líderes religiosos de Su día lo acosaron con la polémica pregunta: “¿Con qué clase de autoridad haces estas cosas? ¿Y quién te dio esta autoridad?” (Mat. 21:23).

Irónicamente, no pocos de la clase dirigente religiosa de nuestros días están haciendo la misma pregunta a los sencillos grupos que se reúnen en torno a Cristo nada más -sin control clerical o partidismo denominacional.

¿”Quién es tu cobertura?” es esencialmente la misma pregunta que “¿Con qué autoridad haces esto?”.

Como he mostrado, esta pregunta tiene su origen en una falsa interpretación de la Escritura. En el fondo, la noción moderna de “cobertura” eclesiástica es un eufemismo apenas disimulado de “control”. Por esta razón, es una pobre representación de la idea de Dios de la sujeción mutua. Representa, además, una enorme desviación del principio del NT.

Mientras que los que siguen el ejemplo de la iglesia institucional insisten en ella a voz en grito, todos los Cristianos del primer siglo, sin duda, repudiarían la “cobertura”.

Las divisiones ideológicas, herejías doctrinales, independencia anárquica y el subjetivismo individualista son problemas severos que atormentan al Cuerpo de Cristo en nuestros días. Pero la “cobertura” denominacional/clerical es una mala medicina para purgar la patología de estos males.

La enseñanza de la “cobertura” es en realidad un síntoma del mismo problema, disfrazado de solución. Como tal, agrava los problemas de individualismo e independencia tenaces, desdibujando la distinción entre autoridad oficial y orgánica. Crea una falsa sensación de seguridad entre los creyentes e introduce más divisiones en el Cuerpo de Cristo.

Esto es tan grave que la enseñanza de la “cobertura” inculca al sacerdocio de los creyentes, impidiéndole que asuma la responsabilidad ordenada por Dios para funcionar en asuntos espirituales.

Deliberadamente o no, la “cobertura” llena de temor los corazones de multitudes de cristianos. Ésta afirma que si tú asumes tu responsabilidad en las cosas espirituales sin la aprobación de un clérigo “ordenado”, ¡serás presa fácil del enemigo!

Los clérigos de hoy día pasa mucho tiempo tratando de vender la idea de qué necesarios son para tu bienestar espiritual. Aseguran que son esenciales para proveer dirección y estabilidad en la iglesia. Se trata del viejo sermón de “sin visión el pueblo perece”. ¡Pero es habitualmente la visión aislada del *clérigo*, sin la cual, pereces irremisiblemente!

De este modo, la enseñanza de la cobertura contiene una amenaza implícita de que los “destapados” serán culpados de todas las cosas horribles que les ocurrirán. Pocas cosas paralizan tanto el ministerio del Cuerpo que la doctrina de la “cobertura”.

Consecuentemente, si tratamos de sortear los males de la iglesia empleando una técnica de “cobertura”, terminaremos con un padecimiento peor que las enfermedades que se pretendía curar.

Para decirlo escuetamente, la enseñanza de la cobertura trae consigo tonos, texturas y resonancias muy específicas que poco tienen que ver con Jesús, Pablo o cualquier otro apóstol. Aunque permite rascar una comezón peculiarmente moderna, es ajena al método elegido por el que Dios muestra Su autoridad.

El antídoto espiritual para los males de la herejía, independencia e individualismo no es la “cobertura”, sino la sujeción mutua al Espíritu de Dios y de los unos a los otros por reverencia a Cristo. Nada menos que esto puede proteger al Cuerpo de Cristo. Ninguna otra cosa podrá sanar sus llagas abiertas.

La Sujeción Mutua es Natural a la Vida Cristiana

No nos equivoquemos. Si estás funcionando de acuerdo al deseo de Dios, estarás mutuamente sujeto a los hermanos con quienes te reúnes. Y con mucho gusto recibirás ayuda y consejo de los hermanos que te llevan la delantera en el Señor.

Bien entendida, la sujeción mutua no es idealista. Es práctica y vital. Existe cuando una piedra viviente de la casa del Señor recibe humildemente, de una manera viva, ayuda y consejo de otras piedras vivientes. Se deriva de la conciencia sobria de que a causa de que estás conectado con tus hermanos y hermanas en Cristo, tus acciones y actitudes afectan profundamente a las suyas.

De este modo, la sujeción mutua crea una cultura que tiene en estima el liderazgo espiritual sin absolutizarlo. Reacciona a la autoridad espiritual sin convertirla en un instrumento de control.

Cuando las “relaciones de consejo” y las “sociedades donde hay que dar cuentas” son gobernadas por la sujeción mutua, se vuelven espiritualmente sanas y mutuamente enriquecedoras. No tienen parecido alguno con la práctica moderna de la “cobertura” jerárquica.

Un Testimonio Personal

Como uno que desde 1980 se ha reunido con varias iglesias al estilo de las del siglo primero, he experimentado el inmenso beneficio de la sujeción mutua. En particular, he descubierto la seguridad que resulta cuando someto asuntos cruciales de mi vida y ministerio ante la opinión de la iglesia. He experimentado también la sabiduría de esperar en el consenso antes de seguir adelante.

Además, he sido ayudado tremendamente por aquellos probados obreros Cristianos en otros lugares con quienes he forjado relaciones. Si bien no hay ni el más leve indicio de relación oficial o formal entre nosotros, gozosa y abiertamente recibo consejo de ellos siempre que me enfrento con un asunto difícil -porque he madurado para confiar en su discernimiento.

Muchas veces sus consejos confirmaron lo que el Señor me había revelado personalmente. En otras ocasiones, cuando descubría algún flanco débil en mi vida, Dios les usaba para poner en orden mis pensamientos. Ciertamente es que de no haber atendido a sus consejos en aquellas ocasiones, habría naufragado en aguas tormentosas.

Por la misma razón, estos hermanos han sido suficientemente humildes para recibir mi ayuda. Esto confirma que la sujeción espiritual siempre es *mutua*. Estas relaciones son maravillosamente refrescantes, espontáneas por naturaleza e increíblemente informales. Pero son vitalmente necesarias para mantener y profundizar el desarrollo espiritual.

Las relaciones de esta clase hacen que crezca nuestro amor por Cristo y por los demás. Nos salvaguardan del error. También mantienen un balance delicado entre la parafernalia de la separación exclusivista y la dependencia patológica hacia los demás.

Cuando las relaciones en las que un obrero experimentado instruye y aconseja a principiantes se deifican y convierten en relaciones estilo comando, éstas terminan desembocando casi siempre en idolatría. Al mismo tiempo, cuando están ausentes o se rompen, conducen a la alineación.

La sujeción mutua, pues, discrepa de aquellos sistemas que crean un contexto donde la gente termina obsesionándose con las relaciones y de los que promueven un aislamiento enfermizo del Cuerpo de Cristo.

El Punto Esencial de Este Asunto

Por último, deseo resaltar la razón del por qué esta discusión acerca de la “cobertura protectora” merece la atención que le he dedicado. Porque ésta suprime fundamentalmente la Jefatura ejecutiva del Señor Jesucristo. Porque las falsas interpretaciones y aplicaciones del liderazgo, la autoridad y la responsabilidad de dar cuentas ahogan finalmente el Señorío de Jesús en Su iglesia.

Esto explica por qué estos asuntos son tan delicados. El enemigo sabe que si puede engañar al pueblo de Dios en estos puntos, puede suplantar eficazmente el lugar legítimo de Jesús en la comunidad de los creyentes y así frustrar el pleno propósito de Dios. Sin mencionar el daño indecible que hace al pueblo de Dios.

Por consiguiente, la finalidad al examinar críticamente la enseñanza de la “cobertura” y todo lo que está estrechamente ligado con ella es más que un mero ejercicio teológico. Toca el mismo propósito de Dios. Un propósito que se ocupa por completo de la soberanía absoluta y supremacía de Jesucristo.

La sujeción mutua ayuda a subrayar el motivo central de la Biblia: La preeminencia universal de Cristo (Efe. 1:9-10; Col. 1:15-20). Porque cuando la iglesia aprenda a sujetarse en todo a Jesucristo, se cumplirá el eterno propósito de Dios de hacer que todas las cosas estén sujetas en obediencia a Su Hijo (Col. 1:18).

Como los “primeros y mejores frutos de la creación” (Stg. 1:18), nosotros los Cristianos debemos aprender primero a sujetarnos a la autoridad espiritual. A medida que lo hagamos, toda la creación seguirá el ejemplo. Esto es lo que hace que la sujeción a la autoridad de Dios sea preciosa y significativa.

Un Nuevo Avivamiento

Espero sinceramente que lo que he presentado en este libro ayudará a desmantelar las barreras sectarias que se derivan de la enseñanza moderna

de la “cobertura”. Por lo menos, confío en que serás provocado a reconsiderar tus nociones acerca del liderazgo y la autoridad.

Si has entendido adecuadamente mi mensaje y lo has recibido, sucederá lo siguiente: Te darás cuenta que corres graves riesgos al actuar condenatoria y petulantemente hacia las iglesias y ministerios que han escogido no plegarse a una denominación o a una institución religiosa. Cesarás de repetir clichés como el de “no cobertura” y elogiar irreflexivamente ciertas expresiones populares como “responsabilidad de dar cuentas”.

Asimismo, aprenderás a reconocer la unción del Señor sobre las congregaciones más sencillas –ya no más las descartarás porque no encajan en los estilos de liderazgo que han inventado. También tendrás un poco más de cuidado cuando juzgues la legitimidad de una iglesia o ministerio. Por último, cesarás de hacer declaraciones indiscriminadas acerca de la “cobertura” y “la responsabilidad de dar cuentas” –declaraciones que están basadas en un mal uso del NT.

A partir de 1970 el Señor levantó muchas iglesias por las casas, según el modelo del NT, en virtualmente cada parte de la Unión Americana. Sin embargo, una mala enseñanza acerca de la autoridad espiritual causó prácticamente la desaparición de todas ellas. ¡Trágicamente, éstas experimentaron la “asfixia” que sigue a la “cobertura”!

Que no ocurra así en nuestros días.

Si bien estamos sujetos a las mismas debilidades de los que nos precedieron, no tenemos por qué sucumbir a sus errores. Si vamos a cometer errores, ¡cometamos otros nuevos!

Como sucedió en la década de los 70, el Señor ahora está reavivando a Su pueblo con el propósito consumidor de restaurar Su casa. A la luz de este avivamiento, quiera Dios que deseches los viejos odres rotos que han entorpecido Su fluir.

Quiera Dios que haya incontables grupos de Cristianos que se reúnan *solamente* en Su Hijo. Grupos que expresen Su Cuerpo en toda la plenitud. Grupos que no sean de miras estrechas, ni modelos de liderazgo autoritarios o estructuras denominacionales.

¡Quiera Dios, querido lector que seas añadido a su número!

Quizás una metáfora final nos ayudará a resumir lo que dicho en las páginas anteriores. Podemos comparar la sujeción mutua con la buena música. Cuando la sujeción mutua funciona en el contexto de una humildad inteligente y una profunda fidelidad a la Jefatura de Cristo, se produce una hermosa melodía que resuena con la dulce armonía del canto del NT. Pero cuando se la reemplaza por los sistemas jerárquicos que caracterizan al espíritu de los Gentiles, su sonido se desvirtúa y hace daño. Peor aún, cuando se le rechaza en favor de los pecados posmodernos del individualismo e independencia totales, su timbre y tono cesan por completo y la muerte helada del silencio aguarda en su amanecer.

BIBLIOGRAFÍA

La siguiente bibliografía comentada contiene material de lectura adicional relacionada con los temas tratados en este libro. (Vea también la bibliografía que aparece en el libro *Repensando los Odres*).

Allen, Roland. *Missionary Methods: St. Paul's or Ours?*, Eerdmans. Trata de manera excelente el método Paulino de la fundación de iglesias. Allen se adelantó con mucho a su tiempo.

Banks, Robert. "Church Order and Government". *Dictionary of Paul and His Letters: A Compendium of Contemporary Bible Scholarship*. Contiene una excelente discusión acerca del concepto Paulino de autoridad, orden en la iglesia y la obra apostólica.

-----, *Paul's Idea of Community*, Hendrickson. Uno de los libros teológicamente más sólidos que se pueden conseguir sobre el concepto de Pablo de autoridad, liderazgo y obra apostólica. Está escrito por un erudito de primer orden del NT.

Barrs, Jerram. *Shepherds and Sheep: A Biblical View of Leading and Following*, InterVarsity Press. Presenta una crítica aceptable al "movimiento del discipulado/pastoreo" de los años setentas. Si bien estoy en desacuerdo con la opinión de Barrs con respecto a que los apóstoles ya no existen más en la iglesia, el libro es, no obstante, valioso.

Best, Ernest. *Paul and His Converts*, T. & T. Clark. El libro es un estudio erudito que trata de las relaciones de Pablo con las iglesias que fundaba.

Bryson, George. “Excuse for Abuse: An Examination of Heavy-Handed Authority Doctrines”, *The Word for Today*. Buena discusión acerca del problema del abuso espiritual en la iglesia.

Burks, Ron and Viki. *Damaged Disciples: Casualties of Authoritarian Churches and the Shepherding Movement*, Zondervan. Es un estudio útil del “movimiento del discipulado/pastoreo” a través de los ojos de dos antiguos participantes.

Campbell, R.A. *The Elders: Seniority in Earliest Christuanity*, T. & T. Clark. Es la investigación más reciente y completa del tema de los ancianos entre los Cristianos y Judíos del primer siglo.

Campenhausen, Hans Von. *Ecclesiastical Authority and Spiritual Power in the Church of the First Three Centuries*, Stanford University Press. Aunque algunas de sus conclusiones adolecen de diversos defectos, su obra contiene numerosas ideas valiosas en los temas de la autoridad en la iglesia y el poder eclesiástico, desde una perspectiva histórica.

Coleman, Steve. “A Christian Look at the Shepherding Movement”, *Personal Freedom Outreach*, 3:2. Contiene una útil discusión acerca de este movimiento.

Dunn, James D.G. *New testament Theology in Dialogue*, Westminster Press. Contiene una magnífica discusión acerca del error del sistema “clero/laicos” y la idea moderna de la ordenación. Dunn es uno de los estudiosos del NT más connotados de nuestros días.

Edwards, Gene. *A Tale of Three Kings, The SeedSowers.* Este libro discute el problema del abuso autoritario extrayendo una serie de imágenes instructivas de la vida del Rey David. Si bien se centra en la manera en que Dios produce quebrantamiento en la vida de una persona por medio de personalidades autoritarias, el libro ha sido usado por algunos líderes para justificar el control clerical.

----- *Letters to a Devastated Christian, The SeedSowers.* Se trata de una serie de cartas personales planeadas para ayudar a sanar a Cristianos desilusionados que han sido heridos y amargados por grupos autoritarios.

----- *Revolution: The Story of the Early Church.* The SeedSowers. Ofrece una excelente perspectiva general que describe cómo la iglesia primitiva fue construida por medio del ministerio apostólico.

----- *Rethinking Elders.* SeedSowers. Un estudio único acerca de los ancianos del relato del NT.

Enroth, Roland. *Churches That Abuse, Zondervan.* Trata de las iglesias autoritarias y su efecto en los Cristianos.

Holmberg, Brent. *Paul and Power: The Structure of Authority in the Primitive Church as Reflected in the Pauline Epistles,* Fortress Press. Es un vistazo a la idea del poder y la autoridad de Pablo por un erudito del NT.

Ketcherside, W. Carl. *The Twisted Scriptures,* Diversity Press. Contiene una discusión franca y penetrante acerca de los peligros del faccionalismo y el partidismo en la iglesia.

Lang, G.H. *The Churches of God,* Schoettle Publishing. Esta obra contiene algunos valiosos capítulos acerca del denominacionalismo moderno y de la toma de decisiones Bíblica en la iglesia. Se puede obtener del editor escribiendo a P.O. Box 1246, Hayesville, NC 28904, USA.

Miller, Hal. “Leadership in the Church: Ten Propositions”, *Searching Together,* Vol. 1, No.3, Word of Life Church. Es uno de los mejores ensayos acerca del liderazgo del NT que pueden encontrarse.

----- . “Nuts and Bolts of Authority and leadership”, *Voices Newsletter*, No. 4. Es una exposición práctica y sugerente acerca de la esencia del liderazgo y la autoridad del NT.

Miller, Martín. “The recasting of Authority”. *Sojourners* (February 1979). Magnífica discusión del concepto de liderazgo y autoridad del NT.

Miller, Paul. *Leading the Family of God*, herald press. Contiene una discusión excelente y práctica de cómo debe hacerse la toma de decisiones en la iglesia.

Milner, Thomas. *The messiah’s Service*, editor desconocido. Se trata de una discusión erudita acerca del liderazgo en la iglesia. Esta obra es difícil de encontrar.

Nee, Watchman. *La Vida Cristiana Normal de la Iglesia*, Living Stream Ministry. Es una obra fundamental acerca de la iglesia del NT y la genuina obra apostólica. Explora a fondo la naturaleza del ministerio del apóstol así como el problema del denominacionalismo moderno. Su única debilidad está en el uso que hace del lenguaje “oficial”. Aunque Nee utiliza ocasionalmente etiquetas no Bíblicas, su comprensión de la autoridad es predominantemente funcional.

----- *La Autoridad Espiritual*, editorial Vida. Se trata de una de las piezas de literatura escritas en el siglo XX de las que más se ha abusado. Prácticamente todo movimiento autoritario reciente ha sacado provecho de este libro para respaldar el poder de un liderazgo de mano dura. Si bien el libro contiene algunas ideas preciosas, sus debilidades lo hacen peligroso si cae en las manos equivocadas. Lamentablemente, el libro de Nee hace borrosa la distinción que hay con respecto al concepto de autoridad entre el Antiguo y el Nuevo Testamentos y no es capaz de distinguir entre la manera en que ésta funciona entre dignatarios y con referencia a la iglesia. En defensa de Nee, diremos que este libro nunca se planeó para una audiencia general. Es meramente una transcripción de los mensajes que dio a sus colaboradores en China.

Quebedeaux, Richard. *By GAT Authority: The Rise of Personality Cults in American Christianity*, Harper & Row. Es un libro penetrante que trata del problema del culto a la personalidad y el abuso de autoridad.

Schütz, J.H. *Paul and the Anatomy of Apostolic Authority*, Cambridge University press. Es un estudio cuidadoso del concepto Paulino de la autoridad apostólica.

Smith, Christian. “Church Without Clergy”, *Voices in the Wilderness*, (Nov/Dec 1988). Profunda discusión tocante al peligro práctico del esquema “clero/laicos”.

-----, *Going to the Root*. Herald Press. Contiene varios capítulos de excepcional calidad acerca del liderazgo, la responsabilidad de dar cuentas y la toma de decisiones en la iglesia.

Stabbert, Bruce. *The Team Concept*, Hegg Brothers Printing. Es una discusión muy completa de la enseñanza del NT con respecto a los ancianos. Asegúrese de conseguir la edición original de 1982.

Viola, Frank. *Rethinking the Wineskin: The Practice of the New Testament Church (Third Edition)*. [*Repensando los Odres: La Práctica de la Iglesia del Nuevo Testamento*]. Este libro expone las bases del libro que ahora tienes en tus manos. Incluye una amplia discusión acerca de cómo la iglesia del NT practicaba el liderazgo, autoridad, unidad y la toma de decisiones, y explora estos temas desde una dimensión espiritual, práctica y teológica.

-----, at el. *The House Church Movement: Which Direction Will It Take?* SeedSowers. Aquí se discute cómo las iglesias modeladas según el NT son conducidas hoy.

Warkentin, Marjorie. *Ordination: A Biblical Historical View*, Eerdmans. Maravillosa exposición de los orígenes antibíblicos de la ordenación clerical

White, John and Blue, Ken. *Healing the Wounded: The Costly Love of Church Discipline*, InterVarsity. Es un estudio útil acerca del concepto Bíblico de la disciplina en la iglesia. Incluye el artículo de John H. Yoder, “Binding and Loosing” en el apéndice.

Yoder, John Howard. “Binding and Loosing”, *Concern*, No. 14 (February, 1967). Es una penetrante discusión acerca de la disciplina en una iglesia al estilo del NT.

----- . “The Fullness of Christ”, *Perspectives on Ministries in Renewal*. Es una descripción magistral y muy desarrollada del concepto de liderazgo y autoridad del NT.

Zens, Jon. “Building Up the Body: One Man or One Another?”, *Searching Together*, Vol. 10, No.2, Word of Life Church. Es un espléndido estudio acerca de cómo el Cuerpo de Cristo ha sido llamado a funcionar en el ministerio. (Vea también las siguientes ediciones de *ST* 11:3; 13:1; 13:3; 21:1-4; 23:4) [*ST* se puede obtener del editor escribiendo a P.O. Box 377, Taylors Falls, MN 55084, USA.]
